

EN ESTE NÚMERO SE INCLUYE:

I. ACTIVIDADES DE COMITÉS

- 1.01. Calendario programado para septiembre-octubre de 2009
- 1.02. Calendario 2010 y rocódromo
- 1.03. Goya en el Camino
- 1.04. Ascensión al Astazu Occidental
- 1.05. Prueba de esquí de fondo Marcialonga
- 1.06. Memoria de la reunión de Monitores
- 1.07. Patagonia 2009
- 1.08. *Stage* para jóvenes en los Alpes de la FEDME
- 1.09. Volcanes de Ecuador: Chimborazo y Cotopaxi
- 1.10. Ofrenda de Flores de las fiestas del Pilar
- 1.11. Shisha Pangma 2009

II. NOTICIAS DEL CLUB

- 2.01. Notas sociales y culturales
- 2.02. Nombres nuevos para calles viejas
- 2.03. Nuestro autor más prolífico
- 2.04. En el ojo del huracán
- 2.05. El refugio de Rabadá y Navarro
- 2.06. 60º aniversario de MAB
- 2.07. Tragedia en el Latok

III. SECCIONES CULTURALES

- 3.01. El Anexo de Russell y Montañeros
- 3.02. Nuestros autores y sus libros: *La viuda del Eiger*
- 3.03. Un texto para el cierre: *Sarrios y bucardos russellianos*

I. ACTIVIDADES DE COMITÉS

1.01. Calendario programado para septiembre-octubre de 2009

- 6 de septiembre: Anie, Parque Nacional Pirineos franceses.
- 12-13 de septiembre: Pico de Marboré, Ordesa.
- 13 de septiembre: Utebo-Monzalbarba.
- 19 de septiembre: Marcha Nórdica.
- 20 de septiembre: V marcha Goya en el Camino.
- 26-27 de septiembre: Vignemale, Gavarnie.
- 27 de septiembre: nacimiento del río Pitarque.

- 3 de octubre: pico de Astazu Occidental, Pineta.
- 4 de octubre: ascensión al Moncayo.
- 11 de octubre: Alto del Poyero, Madrid.
- 12 de octubre: Ofrenda de Flores y aperitivo en el Club.
- 17 de octubre: Marcha Nórdica.
- 17-18 de octubre: Perdiguero, Benasque.
- 18 de octubre: Chinebral de Gamuela, Ansó.
- 25 de octubre: Vuelta al Midi d'Ossau, Francia.
- 25 de octubre: Día del Senderista FAM.

1.02. Calendario 2010 y rocódromo

Desde estas páginas digitales, hacemos un llamamiento a todos los socios para que preparen sus sugerencias de excursiones y travesías para el año próximo. A la vuelta del verano, se recogerán en la Secretaría con objeto de confeccionar entre todos el Calendario de Actividades 2010 a lo largo del mes de septiembre. El objetivo es que antes de las fiestas del Pilar, el nuevo Calendario haya quedado cerrado con la participación de todos... ¡Animaos a presentarnos vuestras propuestas!

Además, la Junta desea realizar algún tipo de mejora en nuestro rocódromo, donde alguna de sus presas se ha ganado de forma holgada la jubilación. Así, solicitamos a los usuarios del *tablón* que, si tienen sugerencias razonables al respecto, las hagan llegar a la Secretaría...

1.03. Goya en el Camino

Montañeros de Aragón, el Ayuntamiento de Fuendetodos, la Comarca Campo de Belchite y el Ayuntamiento de Valmadrid organizan la *V Marcha Senderista Goya en el Camino* para el día 20 de septiembre de 2009. En esta marcha existen dos recorridos de distinta dificultad:

Recorrido 42 km, Zaragoza-Fuendetodos. Requiere un nivel físico alto, siendo la duración aproximada de ocho a nueve horas. Hora de salida: 06:00 h, desde la plaza de Aragón (Paraninfo).

Recorrido 20 km, Valmadrid-Fuendetodos. Requiere un nivel físico medio con una duración aproximada de cuatro horas. Hora de salida: 09:15 h, desde la plaza de Aragón (Paraninfo).

Regreso de autobuses: el primero saldrá a partir de las 16:30 h, una vez se hayan completado las plazas, y el último a las 18:00 h.

A cada senderista se le dará la acreditación que deberá llevar en sitio visible para optar a los avituallamientos, al obsequio de una camiseta y a la comida popular en Fuendetodos. Todo participante seguirá las indicaciones que sean dadas por la organización. Los participantes que no pudiesen finalizar la ruta deberán comunicarlo con el último control que pasen, para recogerlos con los vehículos de apoyo y llevarlos al destino. Es aconsejable llevar frontales o linternas para el recorrido de 42 km. Los participantes menores de edad deberán ir acompañados de sus padres o tutores. Es obligatorio el uso de

calzado y ropa adecuada para este tipo de travesías. Provisión de agua y algún alimento sólido. Aconsejable calzado de repuesto.

Y este año... Participa en el concurso de fotografía. Disfruta haciendo fotografías durante la marcha senderista y gana uno de los premios (los premios se entregarán en la VI edición). Consulta las bases del concurso en la página Web.

Precio: 11 € antes del 7 de septiembre; 14 € después de esta fecha. Fecha límite: 16 de septiembre. Participantes no federados: deberán pagar 1 € adicional para la contratación de un seguro individual que cubre esta actividad. Imprescindible la acreditación de disponer de la tarjeta federativa.

La organización no se hace responsable de los accidentes que se puedan producir durante la marcha o a consecuencia de la misma, asimismo, los participantes renuncian a cualquier indemnización. La organización se reserva el derecho de modificar cualquiera de las bases de la marcha, suspender o cambiar la fecha por causas de fuerza mayor. Todo participante, por el hecho de inscribirse, acepta esta normativa.

1.04. Ascensión al Astazu Occidental

Nuestro Club ha planeado conmemorar de un modo práctico el *Año de Russell 2009* mediante una ascensión *fuera de calendario* al Astazu Occidental del próximo mes de octubre, con lectura de textos del *Señor del Vignemale* sobre la cima... Un pequeño homenaje por parte de nuestro Club en un *tresmil* interesante y asequible, del que completó su *primera* conocida el buen Conde en el verano de 1879... Recordad: será en el día, el sábado 3 de octubre, y por la ruta del Balcón de Pineta. Para más datos, informaros en la Secretaría... Entre tanto, disfrutad del informe cimero que Russell redactó desde los *Souvenirs d'un montagnard* (1908):

"No tuve esta vez ninguna dificultad seria. Subiendo a la izquierda (al norte) del collado, un paseo de veinte minutos nos llevó hasta la cima del pico Occidental de Astazu (3.024 m), que por el sur tiene la modesta apariencia de una colina de piedras y nieve. Pero al norte, ¡qué abismos! ¡Qué lisos y formidables son siempre los precipicios calcáreos...! Es un rompecuellos. Las piedras que se desprenden allí, no solamente quedan pulverizadas en un instante, sino casi aniquiladas, y las rocas más grandes se convierten en nubes. Es en estado gaseoso como llegan a los glaciares de Pailla, que brillan al norte de los picos de Astazu, 800 m más abajo. Digo *picos*, porque en efecto hay dos. El que hemos ascendido, está dominado al este, por varios metros, el pico Oriental (3.080 m); pero es demasiado tarde para subir. Por lo demás, la vista debe ser la misma. Me asomé bastante, solamente para ver que la larga cresta que lo une es por todos los sitios practicable, y después me dediqué indolentemente a la contemplación del magnífico y luminoso panorama que me rodeaba. Al sur, se erguían las cúpulas, los precipicios de mármol, y las chispeantes terrazas del mundo nevado y azulado que, desde el Taillón (3.146 m) hasta el Monte Perdido, conserva una altitud media de más de 3.000 m. Entre él y yo, huía hacia el este el *mar de hielo* del Monte Perdido, como un

valle de Patagonia, iluminado por el resplandor inefable de los trópicos. Estaba deslumbrado y como alucinado por el brillo de la nieve y el esplendor inaudito del cielo. En segundo plano, en el fondo de las nieves, veía ondular los bosques aterciopelados y ardientes de Bielsa. Más lejos, alrededor del Cotiella, se desplegaban en el vapor los horizontes descoloridos de Aragón, desiertos montuosos y tan salvajes como las colinas polvorosas del Arabia Pétreo. Finalmente, en un horizonte lejano y todavía más ardiente, la vista ya no distinguía la tierra del cielo. Al nordeste, se veía Gavarnie. No hablo ni del norte ni del este, donde se elevaba un verdadero bosque de picos, casi todos nevados. Pero querría haber dicho lo suficiente como para persuadir a aquellos que van al Monte Perdido por el collado de Astazu, para pasar varios minutos sobre el pico de este nombre, pues merece seguramente la digresión de una hora”.

1.05. Prueba de esquí de fondo Marcialonga

A pesar de que estamos en pleno verano, el Comité de Esquí no se ha olvidado de cuanto atañe a sus especialidades: es tiempo de entrenar “sobre seco” y de alistar los proyectos para el invierno que viene... Así, José Luis Molina nos pasa una nota para que cuantos siguen las competiciones de esquí de fondo, vayan sacando punta a sus bastones:

“Quienes estén interesados en acudir a la prueba de esquí de fondo de la Marcialonga, en el valle de Fiemme e Fassa, en Italia, se pueden poner en contacto con el comité de esquí de fondo en el mes de septiembre. A la referida competición, también se puede ir de turista o a practicar fondo o alpino. El enlace para que puedan informarse: www.marcialonga.it/. Un saludo cordial a todos y a pasar un buen verano deportivo”.

José Luis Molina

1.06. Memoria de la reunión de Monitores

A las 21 horas del día 7 de Julio de 2009, se reúnen en la Sala de Juntas del Club los siguientes monitores: Miguel Ángel Lallana, José Luis Aragonés, Juan Antolín, Raúl Martínez, Blanca Latorre y Mario Orleáns, junto con el Vocal de Montaña, Luis Aliaga, y la Interventora, Isabel Ezquerro.

Orden del día:

Se comienza la reunión siguiendo los temas a tratar que obra en la convocatoria de la presente reunión. Sobre el primer tema, valoración de las excursiones realizadas en el año en curso, se comenta el mal año a consecuencia de la meteorología. Se pide revisar el calendario de forma exhaustiva antes de imprimir el calendario. Se recomienda tener en cuenta las excursiones de la FAM y las excursiones sociales para que no haya coincidencias. Se propone organizar las excursiones de Senderismo, Alta Montaña, etc., con los monitores que hagan ese tipo de actividades que exista

una coordinación entre las mismas. Se comenta la posibilidad de cambiar la parada del bus de salida de las excursiones, dado los problemas que surgen. Se estudiarán posibilidades.

Por el Vocal de Montaña se comunica la posibilidad de sacar excursiones con microbús de 28 plazas, cuando no se cubran los autobuses normales, dado que es mejor esta posibilidad que no suspender las excursiones.

José Luis Aragonés comunica que la FAM sugiere determinados *ratios* de personas a llevar excursiones por cada Monitor. Se acuerda que por el Club se pida información al respecto. Se sugiere también establecer un protocolo del Club a seguir en caso de algún accidente. Se comentará y propondrá en la próxima Junta Directiva. También se pedirá información a la FAM al respecto.

Asimismo, se habla de la Tarjeta Federativa, de la conveniencia de que por parte de socios y no socios se estuviera federado. De momento, lo que queda fuera de cobertura en cuanto a seguro son las excursiones de Montaña, Ascensiones y Travesías; las compañías de seguros no se hacen cargo de estas actividades. En Alta Montaña, se exige dicha tarjeta, y en senderismo y MDM se hace seguro de día. Se comenta que ya en algunas Comunidades Autónomas como Cataluña, se cobran los rescates; y en Asturias y Cantabria posiblemente también; así como en Francia que también cobran cualquier tipo de asistencia. En caso de hacer algún tipo de excursiones por dichas zonas, solo queda la opción de exigir estar Federado, o en su caso avisar a los participantes de dichas excursiones la conveniencia de la federación. En una próxima excursión de primeros de septiembre al Anie, en Francia, se informará en la Web sobre asunto.

Se sigue con el tema de Responsabilidad Civil y dados los últimos acontecimientos acaecidos en un club de montaña y de los accidentes de este año, se informa a los Monitores del acuerdo de la Junta Directiva de asumir por parte del club, el pago de la Tarjeta Federativa del próximo año 2010 a seis monitores, de momento, de los que hayan llevado y lleven más excursiones en dicho año. Una vez se seleccione, previa elaboración de lista y aprobación por la Junta Directiva, se comunicará sus nombres.

Se propone hacer modelo de Memoria para que todos los Monitores lo utilicen. Sobre las reseñas de las excursiones para dar una mayor difusión e información de las mismas, se decide colgar en la Web del Club, además de entregarla en Secretaría cuando se inscriban los participantes y repartirla en el autobús.

Se informa de la adquisición de un ordenador portátil por parte del club para su utilización en las proyecciones del club, y su utilización por parte de los Monitores en el Club para la elaboración de los mapas de excursiones, y su descarga en los GPS, etc., y de esa manera no interrumpir el trabajo en Secretaría. Está en marcha la creación de un Blog o página Web para su uso también por los Monitores, para intercambio de información relativa a las actividades del club. También se informa de la adquisición de dos walkies-talkies.

Se insta a los Monitores a continuar con los cursos monográficos después del verano. Se propone hacer cursos de Meteorología, Orientación, GPS, ello

por parte de los Monitores que voluntariamente se presten a ello.

Se participa a los Monitores que este año se celebrará la V Marcha de Goya en el Camino, y al ser el quinto aniversario se realizará de una forma especial, con entrega de premios, etc., para la cual se pide colaboración.

Ruegos, preguntas y sugerencias:

Se sugiere realizar alguna excursión de dos días, que parece que tienen bastante aceptación, teniendo en cuenta la posibilidad que hay de ir con autobuses de 28 plazas.

Se anuncia la próxima reunión de la Marcha de Goya en el Camino que se celebrará el próximo día 23 de Julio a las 20:40 h. Se convocará a los Monitores que quieran asistir. Se pedirán voluntarios.

La presente Memoria se trasladará a la Junta Directiva para que decida sobre las propuestas realizadas, así como a todos los Monitores para su información.

Isabel Ezquerro y Luis Aliaga

1.07. Patagonia 2009

Nuestro consocio, Manu Córdova Alegre, está planificando una expedición junto con Eduardo González Amandi. Partirán de Zaragoza sobre el 20 de septiembre, y tienen previsto regresar un mes más tarde. Desde Chaltén, prepararán un ataque sobre el Cerro Torre, y otro sobre el Fitz Roy. Éste es el dossier al respecto que han pasado a la Secretaría...

Introducción:

El Cerro Torre es una montaña ubicada en una zona no demarcada de la frontera entre la Argentina y Chile, por lo que ambos países lo consideran como parte de su territorio. Es el pico más alto de una cadena de cuatro picos: cerro Torre, Torre Egger, Punta Herron, y Cerro Standhart, con una altura de 3.050 m. Por mucho tiempo, fue considerada la montaña más difícil de escalar del mundo, principalmente porque no importa por dónde se la encare, habrá que subir por un paredón de al menos más de 800 m de granito. Y por las pésimas condiciones climáticas, y la variabilidad del clima hacen poco posible planificar un ascenso de muchos días. Luego de varios intentos por escalar hasta la cumbre y polémicas que duraron décadas, fue finalmente Casimiro Ferrari el que en 1974 y junto a otros escaladores, quien logró escalar hasta la cumbre real, incluyendo el mítico hongo somital, su punto de máxima altura. Werner Herzog hizo una película llamada "Grito de piedra" o Cerro Torre: Schrei aus Stein (1991) dedicada casi completamente a la montaña. El Cerro Torre está en el área determinada entre los paralelos de latitud Sur 49°10'00" y 49°47'30" y los meridianos de longitud Oeste 73°38'00" y 72°59'00", correspondiente a un territorio rectangular que va desde pocos kilómetros al sur de la cumbre del cerro Fitz Roy hasta el Cerro Murallón, se encuentra sin demarcar y fue determinada por el Acuerdo para precisar el recorrido del límite

desde el monte Fitz Roy hasta el Cerro Daudet, firmado en Buenos Aires el 16 de diciembre de 1998. El límite en la zona fue establecido por el tratado de 1881.

El monte Fitz Roy (también llamado Cerro Chaltén), es una montaña ubicada en el límite entre la Argentina y Chile, en la Patagonia. Pocos kilómetros al sur de esta montaña se inicia la última área fronteriza no definida entre ambos países, que llega hasta el cerro Murallón hacia el sur (véase: Litigio del Campo de Hielo Patagónico Sur). Se encuentra además entre el Parque Nacional Bernardo O'Higgins y el Parque Nacional Los Glaciares. El nombre *Chaltén* proviene del *ahónikenk* y significa "montaña humeante", debido a las nubes que casi constantemente coronan su cima, esto –y la denominación ancestral– muchas veces ha hecho creer erróneamente que se trata de un volcán. La montaña es considerada sagrada para las tribus locales. El doctor Francisco Moreno la bautizó como *Fitz Roy* en 1877 en honor al capitán del HMS Beagle, Robert Fitz Roy. Aunque la cartografía oficial argentina ha preferido denominarlo *Chaltén* en los últimos años en desmedro de *Fitz Roy*, utilizado durante gran parte del siglo XX, este último es más utilizado y aún se preserva por la cartografía oficial chilena. El primer ascenso fue en 1952 por la expedición francesa compuesta entre otros por Lionel Terray y Guido Magnone. A pesar de tener una altura promedio (sólo la mitad de la de los gigantes del Himalaya) la montaña tiene la reputación de ser de "dificultad extrema": presenta enormes extensiones de lajas casi verticales, pulidas y resbaladizas sobre las que baten constantemente vientos de enorme fuerza, requiriendo máxima pericia técnica por parte del escalador. Mientras que en estos tiempos el monte Everest es subido por cientos de personas por día, el Fitz Roy sólo es exitosamente escalado algunas veces al año, por dos rutas principales: la "de los Argentinos" y la "de los Franceses". De por sí, esta cumbre ofrece un espectáculo imponente al asomar sus crestas y aristas entre glaciares y nubes y en ciertos momentos del día tomar sorprendentes coloridos según la iluminación del sol. El monte Fitz Roy se encuentra al noroeste del gran lago Viedma.

Proyecto:

Nuestro objetivo principal es un ataque rápido, en estilo alpino al Cerro Torre, por la vía "Ragni", también llamada "Ferrari", cuando las condiciones meteorológicas sean las precisas. Este tipo de actividades consiste básicamente en salir caminando desde el Chaltén, lo tomaremos como campo base, hasta la base de la pared, escalar la pared y bajar, con el mínimo material posible, el cual nos permita desplazarnos con rapidez y soltura, lo que puede suponer jornadas de escalada de 20, 30, 40 h... Como actividades alternativas por la zona tenemos en la cabeza diferentes rutas como "la Supercanaleta" al Fitz Roy, la cual nos puede interesar en caso de periodos de buen tiempo de menor duración. Es un proyecto bastante interesante en cuanto que este tipo de actividades, y este estilo, está cada vez más en auge, ya que es la manera más pura de subir a las montañas, y cada vez más se está trasladando a montañas más altas, donde se encuentra el futuro... El

estilo en el que se sube a una montaña es muy personal, pero a día de hoy la vanguardia está en el estilo alpino.

Para la realización de este viaje, somos un equipo reducido, dos personas, por lo que como se puede suponer el tamaño de la expedición es mínimo.

Vía Ragni a la pared oeste del Cerro Torre, 1974:

Después de los intentos pared de 1958 y los 70, un tercer equipo de italianos, el grupo "*Las Arañas del Lecco*", liderados por Casimiro Ferrari, volvería a intentar la misma ruta en 1973 para celebrar el centenario de este grupo. Con doce escaladores: Casimiro Ferrari (jefe expedición), Gigi Alippi, Giuseppe Lanfranconi, Pierlorenzo Acquistapace, Angelo Zoia, Giuseppe Negri, Ernesto Panzeri, Claudio Corti, Mario Conti, Danielle Chiappa, Sandro Liati (doctor) y Mimmo Lanzetta (fotógrafo). Durante un mes, transportaron muchísimo material desde la estancia Río Túnel hasta el campamento base en el 'Filo Rojo' en el Hielo Continental. El 24 de diciembre, comienzan a escalar. Mientras un equipo lideraba, el resto colocaba cuerdas fijas, largas estacas de hielo y escaleras de aluminio en las partes más difíciles. Después de tres días de intensa labor, alcanzan 'El Elmo' (notoria formación gigante de hielo, a 450 m de la cumbre) donde establecen el campamento mas alto. Todo estaba listo para el asalto final, pero lo más importante, el buen clima, les era negado. En las siguientes tres semanas el tiempo fue malo y la moral caía como la nieve que sepultaba el campamento en la cima del Elmo. También las provisiones escaseaban por lo que varios escaladores debieron irse para dejar más alimento a los otros. El 6 de enero de 1974, una mañana calma les permitió alcanzar por primera vez la parte final de la pared y fijar cuerdas hasta 200 m de la cima. Hicieron buenos progresos ese día y lograron pasar el punto más alto alcanzado por la expedición del 70. Estaban muy cerca de la cima pero el clima empeoró de nuevo y los acorraló una semana más en 'El Elmo'. Cuando llegó el 12 de enero, sólo tenían provisiones para un día. El 13, el clima mejoró lo suficiente como para poder escalar, pero era ventoso y nubes tapaban al Cerro Torre, dejándoles apenas ver por donde seguirían. Por una chimenea helada superaron el 'gran diedro' de más de 100 m que los dejó en la base de las antecimas. Luego llegaron al pie del hongo somital: estaban a sólo 30 m de la cumbre, pero arriba de ellos el terreno era extraplomado. Entre canaletas y hongos de nieve, Casimiro Ferrari, Daniele Chiappa, Mario Conti y Guissepe Negri llegaron a la cumbre a las 5:45 h del 13 de enero. En la espaciosa área de nieve dejaron una bandera y un sweater con el emblema de las 'Arañas Del Lecco', relleno de clavos y estribos que no usarían. Comenzaron a rapelar justo al anochecer con el amenazante mal clima y algunos síntomas de congelamiento. En tres días llegaron al glaciar y se reunieron con el resto del grupo.

Muchos escaladores consideran ésta como la primera ascensión real del Cerro Torre. Dificultad: (1200 m, VI, A2, WI 6, 95°).

Manu Córdova y Eduardo González

1.08. Stage para jóvenes en los Alpes de la FEDME

Los cuatro socios de Montañeros de Aragón, Juan Corcuera, Jorge Duerto, Daniel Franco y José María Galve van a participar en el Stage para jóvenes en los Alpes organizado por la Federación Española de Deportes de Montaña, entre los días 26 de julio y 1 de agosto. Se trata de una actividad dirigida a jóvenes de todas las federaciones autonómicas entre los 18 y 29 años. Tendrá lugar en el macizo del Mont-Blanc, con base en el refugio de Les Cosmiques.

Los objetivos de la actividad se pueden organizar en diferentes ejes. En primer lugar al ser un Stage organizado por la FEDME, deberemos acogernos a las orientaciones y a todas las actividades previstas por los organizadores. Por otro lado, y en la medida de lo posible en cuanto a permisos y condiciones meteorológicas nos gustaría conseguir diferentes rutas de dificultad entre MD+ y ABO (Dam du lac, Contamine, Ma Dalton a l'Aiguille de Midi, Suizos, o Sole Mio al Capuccin, Pilar Gervasutti al Mont Blanc de Tacul...).

Éstos son los currículos deportivos de nuestros cuatro socios, entre un total de doce jóvenes alpinistas aceptados:

Juan Corcuera

Grado máximo escalado a vista 7a+. Grado máximo escalado a flash 7a+/b. Grado máximo escalado con ensayos 7c.

España: más de cien ascensiones a tresmiles pirenaicos por vías normales, crestas y vías de escalada.

Crestas: Cresta de Llosás, Cresta de Salenques integral, Cresta de Russell a Tempestades, Cresta de Costerillou (invernal), Cresta Perdiguero-Crabioules-Rabadá y Navarro (solo), Cresta del Medio, Cresta Posets-Espadas-Pavots, Cresta de Clarabides-Gourgs Blancs-Jean Arlaud.

Escaladas clásicas:

Aragón: Agüero (El Espolón del Viento) Riglos (Galletas+Puro+Serón Millán+Moskitos+L4 de Chooper en el día, Rabadá Navarro al Firé, Naturaleza salvaje, Fiesta del Bíceps, Chinatown, Zulu Demente, Guirles Campos, Carnavalada, Vía del Pájaro, Murciana, Directa as cimas, Chooper y chooperior, Ultravox, Espolón del Adamelo, Pany Haus), Cienfuens (Licantropunk), Ordesa (Edelweis, Heroína, Rabadá Navarro, Brujas Francoespañola) Masmut (Aquest any si, Libertad de expresión) Morata de Jalón (Creador de Sueños), Congosto de Ventamillo (Patxarán, Besa o muere, Rayo Gris, Sebas no puedo) Pico Renclusa (Espolón Picapiedra), Ampríu Torre de Marfil (Pasaba por aquí, Chapas rojas, Josetxu Taranco, No te tires que hay cristales, Chapas doradas), Ampriu Alucina (Estalentao, De punta a punta), Torre Cordier (Espolón NE), Maupas (Tábanos), Olvena (La Lección, Duquesa esmeralda, Frixis, Cresta del Santo Cristo).

Cataluña: Montrebei, pared de Cataluña (Tempesta nocturna, Latin Brother, Desequilibrio hormonal, Paul Lalueza, Gran Diedro Audoubert, Diedro gris, Delfos), Paredes d'Áger, cap del ras (Amor de Madre, Espolon de les colebres, Fanal nocturn) Cavallers (John Lee Hooker, Temps de Plaer) Escales (Sacamolla, Sobao Pasiego), Roca Regina (Promio Moreno, Pere Camins, Gali

Molero), Terradets (Mescalina, Vidal Farreny, Anglada Guillamón, Cade), Villanova de Meia (El señor de los bordillos, la chica del martini, El Clan de los chamanes, Tierra de nadie, Lleida, Necronomicón, Somni de Quinfer, Musical Express, Pornostar), Sant Llorenç de Montgay (Isaac Gabriel, Viatge Astral), Collegats (Pasagge pour l'impossible, Sang de Crak, Kollegats, Tánger, Cosmos, Discover, Performance), Montserrat (Paret Diables: Gam; Cavall Bernat: Punsola Reniu; Paret del aeri: Reencuentros; Serrat del Moro: Mas Brullet).

Asturias: Naranjo de Bulnes (cara E: Cepeda).

Madrid: Pedriza (Pájaro: Sur clásica; Yelmo: Ignatius, Calavera; Tortuga: Asa, Necesidades quimiológicas, Diedro JT; Peña Sirio: Espolón Oeste, Maldita Vecindad).

Ávila: Galayos (Sulayr a la Peña del Águila).

Andalucía: El Chorro (Tres Techos, Zeppelin).

Francia: ascensión al Mont Blanc por la vía normal.

Escaladas clásicas:

Pirineo francés: Midi d'Ossau (Ravier al Embarradère+Pilar Sur al Grand Pic en el día, Mailly+Directísima Sur, Espolón Este a la Jean Santé, Surploms), Grand Pic d'Espade (Noire Tango), Pointe Neouvelle (Obstination), Valle d'Aspe la Mature (Ferme la Nuit, Bouffée Delirante), Dent d'Orlu (Les enfants de les Dalles).

Suiza: Ascensión al Strahlhorn y Allalinhorn.

Marruecos: Ascensiones al Jebel Toubkal y Toubkal O por la cresta SO, Imouzzer, Ras E y O por el corredor E, Timesguidas, Akioud E por la arista NE y Akioud O por la arista SO.

Escaladas clásicas:

Todra: Pilar Couchant (Diedre Chibania); Aiguille de Güe, Pilar Guetter y Aiguille de Grabe (Voie Delfín); Sortie des Gorges (Soif d'Aujourd'hui).

Taghia: Jebel Oujdad (Baraka), Jebel Taoujdad (Au nom de la reforme), Jebel Timghazine-Sources (Belle et Bereber, Classe montagne Epinal).

Daniel Franco:

Pedriza: Sur Clásica al Pájaro, 6c.

Riglos: Zulú Demente, 7b. Fiesta de Bíceps, 7a. Carnavalada, 7a+. El Pájaro, 6c+. Naturaleza Salvaje, 7b+.

Ordesa: Heroína, 6b+. La Brujas, 6b+. Franco-Española, 6b.

Masmut: Aquest any si, 6c+.

Mont Rebei: Tempesta Nocturna, 7a. Desequilibrio Hormonal, 6b+/6c.

Collegats: Sang de Crac, 6b+.

Taghia: Baraka, 7b. Canyon Apache, 6c. Belle et Berebere, 6b+.

Roca Regina: Premio Moreno, 6b.

Cap del Ras: Amor de Madre, 7a. Espero de les culebres, 6b+.

Cienfuens: Licantropunk, 7b (6c+).

Midi d'Ossau: Sur-Este directa, 6c.

Petit Dru: Norte clásica de Alain-Leninger, V+.

Jorge Duerto:

Grado máximo escalado a vista 7^a. Grado máximo escalado a flash 7a+. Grado máximo escalado con ensayos 7b.

Alpes: Norte del Petit Dru: TD, 900 m (Massif du Mont-Blanc). Modica/Noury: 5+, 500 m (Mont-Blanc de Tacul).

Taghia: Baraka: 685m, 7b (Taghia, Marruecos).

España: Somontano: 380m, 7b (libro abierto, Ordesa). Sureste directa: 540m, 6c (Midi d'Ossau). Edelweiss: 400m, 6b+ (pared de la cascada, Ordesa). Rabadá-Navarro: 400m, 6b+ (Gallinero, Ordesa). Brujas-Francoespañola: 400m, 6c (Tozal de Mallo, Ordesa). Pilar Sur: 300m, 6c (Midi d'Ossau). La Fiesta del Paca: 415 m, A2+, 6b (Montrebei). Pere Camins: 450 m, 7^a+/Ae (Roca Regina). Edil: 550m, m5+, MD.

Riglos: Naturaleza Salvaje, Fiesta del bíceps, Zulú Demente, Escoria Oriental, El pájaro, Chinatown y otras vías de hasta 7b.

José María Galve:

Corredores de Hielo: Cara Norte del Aspe. 300m/ AD+. Cara Oeste del Taillón 350m/ D. Corredor Jean Arlaud Posets 250m/ AD+. Gran Diagonal Telera 650m/ AD+ D-. Cara Norte del Anayet 300m/ D. Corredor Norte Pico del Águila en solitario 200m/ D. Goulotte Chéré al Mont Blanc du Tacul 600m MD.

Actividades Alpinas: Cresta Espadas Posets en condiciones invernales AD+. Mont Blanc por Gouter sin uso de telecabinas.

Escalada Clásica: Borrachets en Masmut 6b+, V+/A1 120m. Fisura Carrasca en Masmut 6b, 120m. Arista del Gas en Masmut V. Tierra Iure en Tivissa V+ 120m. Mariano en Tivissa V 120m. Pilar de Primavera al Gallinero Ordesa 6a/ V, AO 250m. Arista Oeste Rigüelo IV+ 400m. Augerot-Ollivier (variante a la entrada de V+) 250m. Arista Piton von Martin al Palas V. Arista de los Murciélagos al Aspe IV+ 400m. Espolón Elegante al Puig Campana 6b+/ V AO 350m. Espolón Amarillo al Toix IV+ 200m. Espolón Limaban al Toix IV+ 200m. Fouquier al Midi Ossau D/ V 650m. Arista Peygeret al Midi Ossau III AD. Normal a la Peña Sola de Agüero V/ A1 200m. Cresta de en Medio II AD-. Cara Norte Clásica del Vignemale. MD-. Pany Haus 6a 300m. Yuma 6b 300m. Espolón Adamello V+ 300m. Normal al Puro 6b 180m. Espolón Prames Aguja Roja 6b 150m. Galletas al Firé 6b 300m. Oeste Clásica al Cored V+ 120m. Edil a la Aguja Roja V+ 120m. José Antonio Sanz al Melchor Frechín 6a 300m. Anorexia al Mallo Colorado V 120m. Ultravox al Mallo Colorado V+ 120m. Moskitos a la Visera 6b.

1.09. Volcanes de Ecuador: Chimborazo y Cotopaxi

A lo largo del próximo mes de octubre, cuatro socias de la *Montañeros de Aragón*, Beatriz Gracia Sanmartín, Blanca Latorre Vila, Carolina Chóliz del Junco y Teresa Gazo Albar, tenemos programado viajar hasta Ecuador para realizar distintas ascensiones en la Cordillera Andina...

La cordillera de los Andes en Ecuador presenta varias cimas de considerable altitud, accesibles a montañeros que quieren disfrutar de bellas

ascensiones y aunque técnicamente no son muy exigentes, sí requieren de conocimientos básicos en el uso de crampones y piolet además de una excelente forma física.

El Chimborazo es el volcán más alto de Ecuador. Está situado en los Andes centrales, a 150 km al sudoeste de Quito. Es además la montaña más alejada del centro de la Tierra debido a que el diámetro terrestre en la latitud ecuatorial es mayor que en la latitud del Everest (aproximadamente 28° al norte). La cima del Chimborazo está sólo un grado al sur del ecuador, por lo que a pesar de que su elevación sobre el nivel del mar, que es 2.547 m menor que el Everest, se encuentra a 6.384,4 km del centro del planeta, 2'1 km más alejado que la cima del coloso asiático. Hacia el comienzo del siglo XIX se consideraba al Chimborazo como la más alta montaña del planeta. Esta reputación llevó a muchos intentos por conquistar su cima, especialmente durante los siglos XVII y XVIII.

El Cotopaxi, situado a 50 km de la capital, es el segundo volcán más alto de Ecuador y uno de los volcanes activos más altos del mundo. La última erupción fue en 1804, y registró alguna actividad en 1942. El cráter tiene una circunferencia cercana a los 800 m. La primera ascensión se realizó en 1872 por Wilhelm Reiss. El nombre de Cotopaxi significa en lengua caribe "Rey de la Muerte". En Cayapa: "el cuello ardiente", "el trono" o "altar de la luna". En quichua: "masa de fuego".

De esta manera, aunque tanto el Chimborazo como el Cotopaxi no son técnicamente difíciles, sí son exigentes debido a su altitud y a su climatología bastante variable, con fuertes vientos y frío. Las ascensiones discurren por terreno glaciar con grietas y a menudo con nieve por la rodilla. Por ello requieren una buena condición física, experiencia en progresión por este tipo de terrenos, y buen manejo de piolet y crampones como ya hemos comentado anteriormente. Hemos preparado un programa de ascensión bien escalonado, que nos permitirá alcanzar en un tiempo razonable y bien aclimatadas nuestros objetivos, con ascensiones al Pasochoa (4.200 m), Pichinchas (4.794 m) e Illiniza Norte (5.126 m).

Expedición Volcanes de Ecuador

1.10. Ofrenda de Flores de las fiestas del Pilar

Con motivo de nuestra tradicional asistencia a la Ofrenda de Flores del Pilar, su responsable habitual, Clarisa García, nos la pasado el siguiente texto con su normativa, poco conocida en Zaragoza...

Participación:

Pueden participar en la Ofrenda cuantas personas lo deseen, siempre que se presenten vistiendo el traje característico de cualquier nación, región o provincia, y que se atengan al cumplimiento de estas normas y de las indicaciones que la Organización determine durante el desarrollo del acto el día

12 de octubre. Se podrán admitir trajes distintivos de entidades y corporaciones.

Inscripción de Grupos y Asociaciones:

Todos los grupos o colectivos deberán completar la ficha de inscripción Formato pdf con los datos del grupo y enviarla por correo o bien presentarla en las oficinas de la Sociedad Municipal Zaragoza Cultural SA, Torreón de Fortea, calle de la Torre Nueva, núm. 25, 50003 Zaragoza, indicando en lugar destacado *Ofrenda de Flores 2009*. También puede formalizarse la inscripción en la página Web del Ayuntamiento (www.zaragoza.es). Es obligado indicar el número de participantes por grupo para elaborar las previsiones correspondientes. No se puede incrementar el número después del sorteo. En casos justificados -con aviso anticipado-, se permitirá una variación del número, nunca superior al 20% del total. En caso de incumplimiento, no podrán acceder al recinto en el lugar y horario reservado. Los grupos que, a tenor de la experiencia de años anteriores, presenten problemas para su control, por su tamaño o complejidad, podrán ser fraccionados según se estime necesario. Aquellos grupos que no se inscriban, no gozarán de reserva de hora y posición de salida y deberán incorporarse tras el último grupo. El plazo de inscripción para el sorteo termina el viernes, 4 de septiembre de 2009.

Sorteo del orden de salida:

El orden de salida vendrá determinado por el resultado del sorteo público, que establecerá la pauta para la elaboración del horario y el lugar de inicio de cada grupo. El sorteo se realizará el viernes, 11 de septiembre de 2009. Los grupos interesados en participar a primera hora (de 7:30 hasta las 8:00 h), al final (a partir de las 14:00 h) o por la ribera del Ebro acompañando a la ofrenda fluvial (de 8:00 a 9:00 h), deberán hacerlo constar en la ficha de inscripción. En caso de no poder atender todas las solicitudes para estos horarios, se podrá establecer algún límite antes del sorteo. Con carácter excepcional podrán quedar excluidos del sorteo los grupos que en el momento de la inscripción, en razón de sus peculiares características o necesidades, lo soliciten y la Organización lo autorice. Todos los grupos inscritos recibirán en el plazo más breve posible la comunicación con el horario adjudicado, el lugar de concentración y otras indicaciones.

Recorrido y horario:

Los grupos tienen su salida oficial en el paseo de la Independencia. Un servicio de megafonía y de información quedará a disposición del público durante todo el desarrollo del acto. Los grupos se incorporarán a la Ofrenda según el orden fijado y accederán al recinto desde los distintos puntos de acceso que se les indicará oportunamente. La Ofrenda recorre el trayecto comprendido entre el paseo y la plaza del Pilar. La Ofrenda comienza a las 7:30 h de la mañana y finaliza con el último grupo, según el horario asignado.

El recorrido podría ser modificado, si fuera necesario por razones de movilidad y/o seguridad.

Desarrollo de la Ofrenda:

No está permitido introducirse en el acto durante el recorrido por las calles de Zaragoza. Los participantes deben concentrarse previamente en las salidas establecidas. Coros y rondallas pueden acompañar y amenizar el desfile, con la salvedad de que en ningún caso ocasionen retrasos ni impidan el avance continuado. No se permitirá la interrupción del desfile por las calles con bailes. Aquellos grupos que incumplan este punto podrán ver suspendida su actuación sobre el escenario.

Bailes:

Los grupos que deseen actuar en el escenario dispuesto ante la Virgen en la plaza del Pilar deberán hacerlo constar en la ficha de inscripción, así como todos los datos posibles (tipo de baile, número de componentes, acompañamiento en directo o grabado, etc.). La actuación tendrá una duración máxima de 5 minutos y solo se permite una por grupo inscrito aunque dicho grupo incluya a varias rondallas.

Flores, composiciones florales y canastillas:

Las flores constituyen un motivo de especial importancia. De la colaboración de todos depende el resultado al final de la Ofrenda. Es necesaria la colaboración de todos los oferentes retirando el papel de celofán de los ramos antes de su entrega, depositándolo en los contenedores habilitados al efecto. Se ruega a todos los participantes de las primeras horas que vengan provistos de flores blancas para colaborar en la rápida confección del manto. Las composiciones florales especialmente en cestas y tapices, pueden incluir diseños y símbolos de formas variadas, heráldicos o de otro tipo. Quedan totalmente excluidos los logotipos y los nombres de las empresas o asociaciones comerciales. Estas composiciones, al ser incluidas en el manto, se debe recordar que únicamente ofrecerán una cara útil y visible. La publicidad comercial, de existir, será retirada antes de llegar al altar de la Virgen. Habrá un servicio de custodia en los porches de Correos (Paseo de la Independencia) que recibirá las canastillas hasta las 8:30 h. Se indicará claramente el nombre del grupo y de las personas encargadas. No se recogen ramos. Todas las canastillas deben ser retiradas de los porches de Correos antes de las 15:00 h. De no hacerlo serán consideradas como recibidas de los donantes y la organización facilitará los portadores. En cualquier caso, la Organización no se responsabiliza de extravíos o deterioros. Se entregarán etiquetas que permitan identificar y recuperar las canastillas una vez finalizadas las fiestas y desmontadas las estructuras de la plaza del Pilar. Los interesados deben presentarse en los almacenes municipales de la carretera de Cogullada. El plazo comienza un día después de realizar el desmontaje de la estructura de la Plaza del Pilar y finaliza el 30 de octubre de 2009. Ni la Sociedad Municipal Zaragoza Cultural SA, ni el Excmo. Ayuntamiento se hacen responsables de

posibles pérdidas o deterioros. Bajo ningún concepto se entregarán canastillas de las que no se justifique la propiedad mediante la presentación del resguardo-etiqueta.

Participación individual:

Los participantes individuales disponen de su propio acceso a la Ofrenda. No está permitida la incorporación espontánea en los diferentes grupos. El acceso permanecerá abierto desde las 7:30 h, pero se aconseja evitar el periodo de tiempo comprendido entre las 9:30 y las 13:30 h, que es el momento de máxima participación. Aquellas personas que por razones justificadas (enfermedad, edad avanzada, discapacidad, etc.) no pudieran completar el recorrido propuesto, deberán manifestar su impedimento antes del día 1 de octubre, para asignarles un lugar y una hora apropiada a sus condiciones. En ningún caso la Organización se responsabiliza en el acceso de los participantes individuales de los horarios y esperas al tratarse de un acceso libre y espontáneo.

Organización:

Dadas las especiales características del recorrido de la Ofrenda y de los actos protocolarios y religiosos que interfieren en el discurrir de la misma, se pueden producir retrasos en la salida de los grupos inscritos. La Organización no se responsabiliza del cumplimiento de los horarios establecidos en el sorteo, en tanto los participantes y los responsables de los grupos no respeten las presentes normas, en especial las referidas al número de participantes por grupo y al horario de citación de cada uno de ellos. La Organización se reserva el derecho de denegar la inscripción en la Ofrenda del año siguiente a los grupos que incumplan las presentes normas.

1.11. Shisha Pangma 2009

In extremis, podemos insertar la noticia de la partida hacia el Shisha Pangma (8.013 m) de nuestros dos consocios, Carlos Pauner y Javier Pérez. El pasado 24 de agosto, el director general de Deportes del Gobierno de Aragón, Álvaro Burell, les hizo entrega de la bandera de Aragón que, si todo va bien, emplazarán sobre la cima. Se supone que la aventura finalice coincidiendo con las fiestas del Pilar... Les acompañarán: Juanito Oiarzabal y Tolo Calafat.

Esta expedición hacia el llamado *Trono de los Dioses* supondría el noveno *ochomil* de Pauner. Por su parte, Pérez ejercerá su cometido de cámara de alta cota para el documental encargado por la Televisión Aragonesa. Además del referido ente público, apoyan este *Shisha Pangma 2009* el Ayuntamiento de Zaragoza, la Caixa y Heraldo de Aragón. Ni que decir tiene, recopilaremos los comunicados de nuestros expedicionarios para confeccionar, como viene siendo habitual, el correspondiente Anexo. Entre tanto, os recomendamos que sigáis los avances de nuestros consocios desde: www.carlospauner.com.

¡Mucha suerte, Carlos y Javier!

II. NOTICIAS DEL CLUB

2.01. Notas sociales y culturales

Hemos de destacar el obsequio que llegó recientemente al Club con motivo de nuestro 80 Aniversario: una placa conmemorativa de parte de nuestros amigos del Club de Montaña Pirineos, de Zaragoza. En breve, será colocada en el lugar preferente que merece. Muchísimas gracias por el detalle, compañeros...

Igualmente tenemos que agradecer otro regalo recibido durante el mes de junio; esta vez del *Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón*... Se trata de medio centenar una colección de números antiguos de su revista *Aragón turístico y monumental*. Recordamos a nuestros socios que estamos hablando de la asociación madre de la que salió nuestra entidad en 1929: durante algunos años, fue obligatorio que los *Montañeros* perteneciesen asimismo al *SIPA*. La referida revista arrancó su andadura en 1925, y allí tuvo cobijo la sección *Montañeros de Aragón*; en la actualidad, acaba de sacar a la calle su número 366. Muchas gracias a su presidente, Miguel Caballú, y a su secretario, José María Ruiz, por sus molestias...

Desde el apartado de *Aragón en Fiestas* del *Heraldo* del 5 de agosto, una nota referente a Carlos Pauner, quien fue el pregonero de los festejos de Sallent de Gállego. Además, recibió el Tensino de Oro 2009 "en reconocimiento a su trayectoria". Dos nuevas distinciones que se suman a las ya obtenidas por nuestro consocio, aunque en este caso la localidad que tan justamente lo agasajó posee un valor especial para esta Casa: en los años treinta y de la mano de Antonio Fanlo, *Montañeros de Aragón* tuvo delegación sallentina...

En unos meses estivales bajos en noticias, nada como mantener viva esta sección con una pequeña recolecta de artículos donde los protagonistas son gente de esta Casa, por si se os ha escapado:

VALLÉS, Jesús, "Taladrando los Pirineos", en: *Desnivel, revista de montaña*, nº 275, mayo de 2009.

HERNÁNDEZ, Alberto, y MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Los Gabietos (3.034 y 3.031 m)", en: *Desnivel, revista de montaña*, nº 275, mayo de 2009.

ARISTU, Íñigo, "Así nació el Parque Nacional de Ordesa", en: *Heraldo de Aragón*, 5 de julio de 2009.

LAHOZ, R., "No tengo interés en morir, pero no cambio mi estilo de vida. Carlos Pauner, alpinista", en: *Heraldo de Aragón*, 12 de julio de 2009.

BEL, Ana Rosa, "El Parque Nacional de Ordesa", en: *ABC*, 17 de julio de 2009.

HERNÁNDEZ, Alberto, y MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "El Taillón (3.144 m)", en: *Desnivel, revista de montaña*, nº 277, julio-agosto de 2009.

CORPAS, Alejandro, "Equipo Español de Alpinismo. Concentrados e inspirados", en: *Desnivel, revista de montaña*, nº 277, julio-agosto de 2009.

Dentro aún del apartado de prensa, destacar cierta nota breve con imagen aparecida en *Heraldo de Aragón* del 6 de julio de 2009 que atañe a unos socios nuestros: "La bandera palestina ondea en los Pirineos: un grupo de escaladores aragoneses ascendió a la cumbre del aneto, de 3.404 metros, y

colocó la bandera como expresión de solidaridad". Firmado: Jesús Vallés Gracia.

2.02. Nombres nuevos para calles viejas

Desde el mes de febrero del actual año 2009, lleva el Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza con el cambio de nombre de las 43 calles de nuestra capital que quedaban con el nombre antiguo de la llamada era franquista.

Entre los nuevos nombres figura el de Luis Antonio Oro Giral, socio de *Montañeros de Aragón* y tal como hemos comentado últimamente en nuestras publicaciones, científico y Catedrático de Química en nuestra Universidad, además de los premios y distinciones que se le otorgaron en su debido tiempo.

El Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza se toma al parecer dos años hasta que se cambien los nombres por los nuevos acordados, debido al revuelo acontecido por el nombre propuesto de José María Escrivá de Balaguer.

La calle asignada a Luis Antonio, es la que se denomina actualmente como Teniente Catalán, en el final de Corona de Aragón. Una distinción más que añadir a las numerosas que tiene el científico Luis Antonio Oro Giral, que como todas las anteriores son bien merecidas. Casi nada, tener en vida una calle en la capital de Aragón con su nombre que la rotule.

Enhorabuena por esta nueva distinción, que es tan merecida como, por ejemplo la Medalla de Oro de la Ciudad de Zaragoza, otorgada en las pasadas fiestas del Pilar.

Julián Gracia

2.03. Nuestro autor más prolífico

Sin duda, ese título parecía hasta hace poco disputado, pero parece que ya tiene ganador. Al menos, es lo que podría deducirse de cierta producción literaria a lo largo de este 2009, idel que restan unos cuántos meses aún! Pasen y vean:

MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo, *Imagen de Madrid. Comentarios Geográficos al mapa comarcal 1:50.000 de la Comunidad de Madrid*, Comunidad de Madrid, Madrid, 2009.

MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo, y ORTEGA CANTERO, Nicolás, *los valores del paisaje*, UA Ediciones y Fundación Duques de Soria, 2009.

MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo, AROZENA, María Eugenia, BELTRÁN, Esther, y ROMERO, Carmen, *Los paisajes del Parque Nacional del Teide*, O. A. Parques Nacionales, Madrid, 2009.

MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo, *La belleza del oficio de geógrafo*, UA Ediciones, 2009.

Aprovecharemos para reproducir aquí una reseña de la última de las obras citadas: "Eduardo Martínez de Pisón es Profesor Emérito de Geografía de la Universidad Autónoma de Madrid. esta publicación contiene el texto y la

proyección de imágenes de la lección pública que pronunció el 4 del XII de 2007 en el salón de Actos de la Facultad Autónoma de Madrid, con motivo de su jubilación como Catedrático de Geografía Física y su paso a Profesor Emérito de esta Universidad. En ella, a través de la experiencia del oficio de geógrafo, se repasan y ponderan el aprendizaje y las calidades del objeto, del trabajo y de lo vivido entre los libros, los mapas y los escenarios escogidos”.

No dejaremos a nuestro consocio sin antes refrescar la existencia de un quinto libro, del que ya hicimos reseña en el BD08: *Miradas sobre el paisaje* (Biblioteca Nueva, 2009). Ni sin dejar de recomendar a nuestros lectores que se hagan con toda su colección: se trata de libros de gran calidad que no debieran faltar en nuestros estantes...

Por cierto: ¡nuestra más sincera enhorabuena, Eduardo! Ya estamos esperando tus próximas obras...

2.04. En el ojo del huracán

Recientemente, Jesús Vallés ha sido noticia por sus participaciones, tanto en la sección de Cartas de la revista Desnivel, como desde desnivel.com... La causa: la utilización de taladros para la apertura de vías de escalada. En este sentido, nuestro consocio acaba de enviar una misiva al director del Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido que nos apresuramos a reproducir aquí:

Carta de Jesús Valles al Director del Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido y los alcaldes de Fanlo y Gavarnie: 10 de junio de 2009.

Asunto: Recomendando la prohibición del uso del taladro industrial para la escalada en el ámbito del Parque Nacional.

El uso del taladro industrial, con batería, permite a los escaladores superar cualquier pared a su libre antojo sin verse condicionados, en absoluto, por la morfología y características de la roca que pretenden escalar ya que merced al taladro industrial, el escalador puede colocar, a discreción, tantos anclajes como le venga en gana.

La primera consecuencia es la pérdida irreparable de todo un patrimonio histórico-deportivo, de rutas e itinerarios, fruto de cincuenta años de pirineísmo, ya que aquellas vías se ceñían, de modo natural, a las líneas y rugosidades de la pared, dando lugar a espléndidos trazados que sometían el valor y la audacia del escalador a la realidad física del terreno elegido.

El escalador, armado de sus clavijas, se enfrentaba a un alto grado de compromiso, a una aventura azarosa, tal vez, en ocasiones a una retirada imposible, arriesgando, voluntariamente su integridad, su propia vida, es cierto, pero los accidentes eran extraordinarios toda vez que aquellas vías eran objeto de una profunda e intensa reflexión, de un minucioso estudio previo, y aquellos escaladores sabían por cierto cubrirse las espaldas, y de este modo, la cordada de Navarro y Rabadá instaló una cuerda fija, en previsión de una retirada después de superar la barrera de techos del Espolón del Gallinero.

La apertura de vías, con el taladro industrial es caótica y caprichosa, además de carecer de límites impuestos por la configuración de los paños de

roca. Así se ha "escalado" la pared de Duascaro, invadiendo los predios de nidificación del buitre quebrantahuesos, así se trazan rutas "directas", en "libre", cuando no son más que hileras de taladros colocados desde arriba, por lugares lisos e imposibles de escalar con la técnica clásica, y por ello, extraordinariamente valiosos para la preservación del hábitat de las aves. En unos pocos años, las rutas abiertas sin taladro habrán caído en el olvido, confundidas en una maraña de itinerarios puramente "deportivos", antinaturales, que someten, que violentan la grandeza de las paredes del Valle de Ordesa.

Una reflexión es imprescindible, una moratoria, una prohibición, aunque sea de carácter temporal, se percibe como urgente antes que los taladros invadan todas y cada una de las rocas del parque nacional.

Jesús Vallés

2.05. El refugio de Rabadá y Navarro

Que exista un refugio en el sur de la provincia de Teruel con el nombre de Rabadá y Navarro, debiera de ser una excusa perfecta para visitar el macizo de Javalambre. Así, le hemos pedido a uno de sus guardas, Dani Tortojosa, que nos hable un poco sobre estos decorados que no deberían de resultar extraños a nuestros socios...

El refugio Rabadá y Navarro (Federación Aragonesa de Montañismo), está situado a 1.520 m en la Sierra de Javalambre (Teruel), junto a las pistas de esquí de Javalambre (Aramón) y Camarena de la Sierra. El acceso se realiza a través de una pista forestal, ya sea desde el pueblo o desde las pistas de esquí. Disponemos de 76 plazas en cómodas habitaciones de 6 y 8 plazas, todas con baño completo, agua caliente y calefacción.

A nuestro alrededor podréis disfrutar de la naturaleza en todo su esplendor, ya que estamos rodeados de bosques, prados, arroyos, fuentes, animales, y los picos más altos de Teruel (pico Javalambre) y la Comunidad Valenciana (Cerro Calderón o alto de las Barracas).

Varios son los también los barrancos nos rodean, como el de Amanaderos, La Tejada, Arca Fuerte, Cocioles, Las torcas, etc., así como multitud de trincheras de la Guerra Civil, merenderos (Matahombres, La Miel, El Cabrito...), parajes preciosos como la senda fluvial del río Camarena o los estrechos de la fuente del cabrito y pueblos como Camarena de la Sierra, Riodeva, La puebla de Valverde, Manzanera, Torrijas, Arcos de las Salinas, etc.

Por nuestro Refugio pasa el GR10, y muy cerca el GR8, por lo que podrás llegar andando sin perderte. Para quien quiera practicar actividades deportivas, en la zona donde está situado nuestro Refugio hay multitudes de opciones, como pueden ser: esquí, snowboard, telemark, escalada, descenso de barrancos, senderismo, BTT, orientación, búsqueda de setas y frutos silvestres, observación de las estrellas.

Dentro de nuestro Refugio, ofrecemos alojamiento, comida casera, servicio de bar, TV, proyector, 2 salones, revistas deportivas, información de la zona (venta de mapas, libros y guías), asesoramiento técnico, información meteorológica. Además, para realizar las actividades con total seguridad, podrás contratar nuestro servicio de guías y profesores, que constan con una amplia experiencia en muchas de las disciplinas de montaña y nieve.

Visita nuestra web (www.refugiorabadaynavarro.com) y podrás ver toda la información que necesites (fotos, actividades, tarifas, localización, etc.). ¡Esperamos vuestra visita!

Los Guardas

2.06. 60º Aniversario de MAB

Entre las diversas asociaciones amigas que, como ya se ha reseñado, han cumplido años, es preciso destacar aparte a *Montañeros de Aragón de Barbastro*. En el *Heraldo de Huesca* del 26 de julio, una noticia firmada por Ignacio Viscosillas arrancaba así: "José Masgrau, presidente de Montañeros de Aragón Barbastro. El club celebra este fin de semana en Estós sus 60 años de historia". Puesto que la referida entrevista a Masgrau hacía referencia en varias ocasiones a nosotros, nada mejor que brindar aquí algún extracto:

"P.: Cumplen 60 años de historia. ¿Qué representa Montañeros de Aragón Barbastro en la sociedad barbastrense?"

"R.: Es uno de los Clubs deportivos más veteranos y señeros de la ciudad, con una gran masa social –unos 1.700 carnets- [...].

"P.: ¿Cuándo se produjo el salto cualitativo de la entidad?"

"R.: Hay un año importante que es cuando se independiza de Montañeros de Aragón Zaragoza, en 1976 [...].

"P.: ¿El club surgió como una escisión de Montañeros de Aragón Zaragoza?"

"R.: No, no. Nacimos como una delegación, pero esa idea no cuajó. Fruto de la propia maduración se tuvo personalidad jurídica propia. Ellos son nuestra sociedad matriz y las relaciones son fraternales, compartimos nombre y emblema con el club decano del montañismo aragonés [...]."

Para todos aquéllos que deseen saber más sobre el tema, recomendamos acudir a textos de garantía como éste:

MARTÍNEZ DE BAÑOS CARRILLO, Fernando, *Montañeros de Aragón. 1929-1999 y siempre...*, Montañeros de Aragón e Ibercaja, Zaragoza, 1999. Páginas 53-61.

Además, para los más despistados, añadir que "Montañeros de Aragón de Zaragoza" no existe. Sí que existe, desde mayo de 1929, la asociación *Montañeros de Aragón*, que tiene su sede en Zaragoza. A lo largo de su historia, dicha entidad ha tenido delegaciones en Sallent, Barcelona y, ciertamente, Barbastro. Para conocer un poco los aspectos del club que nos ocupa, no podemos dejar de recomendar cierto libro de fotografías:

VARIOS AUTORES, *Breve historia de una ilusión. El montañismo barbastrense en imágenes*, Montañeros de Aragón de Barbastro, Barbastro, 2000.

En cualquier caso: ¡feliz onomástica a los chicos de Barbastro!

2.07. Tragedia en el Latok

Desde el 5 de agosto, la comunidad montañera hispana ha permanecido atenta a las noticias que llegaban desde las cumbres del Pakistán: un alpinista del club *Peña Guara* oscense, Óscar Pérez, quedaba aislado a 6.300-6.500 metros en el Latok II con diversas fracturas, mientras su compañero, Álvaro Novellón, descendía para buscar ayuda. Tras una decena de días de gran tensión y dramatismo, el grupo de rescate, compuesto por el propio Novellón y lo mejor de los escaladores del momento (Ascaso, Larrañaga, Corominas, Tosas, Elías y Zangrilli, entre otros, coordinados por Álvaro), desistía el 16 de agosto ante la llegada del mal tiempo, cuando se hallaban no demasiado lejos del resalte donde vivaqueaba Pérez... No pudo ser.

Desde aquí, deseamos enviar nuestras más sentidas condolencias a la familia y compañeros de Óscar Pérez, quienes han dado muestras de un valor y sensatez fuera de lo normal. Asimismo, remitimos nuestros ánimos para todos los socios del *Peña Guara*, entidad que ha desplegado unos esfuerzos inauditos para traer a su escalador de vuelta a casa. Muy en especial, deseamos apoyar a su compañero, Álvaro Novellón, quien debe de pasar por momentos terribles.

Os acompañamos en vuestro dolor, amigos...

III. SECCIONES CULTURALES

3.01. El Anexo de Russell y Montañeros

Las celebraciones del *Año de Russell* siguen adelante... Vamos a apuntar las últimas celebraciones. Por un lado, decir que los actos de Gavarnie del 27 de junio pasado, tuvieron representación de esta Casa: Jesús Vallés y un grupo de amigos, quienes pasaron monte atraviesa. En el *book* del evento, puede verse a nuestro *Viejo Perro de Roca* tomando la palabra durante las intervenciones en la Maison du Parc. Jesús, siempre tan amable, nos ha enviado su explicación: "Este sábado 27 te has perdido en Gavarnie un homenaje genial al conde Russell: película, debate, teatro, cena... Con Orús y más gente, fuimos andando por el col de Bujaruelo y el domingo, de vuelta, subimos la ruta nº 19 al collado de los Gabietos: rimaya chungu y caída de piedras; luego llegamos al Taillón y bajamos por La Brecha".

En cuanto a las conferencias: no podemos dejar de reseñar dos de Monique Dollin du Fresnel, sobrina-nieta de Russell... Por un lado, el 22 de julio a las 18:00 h y en la Maison du Parc de Cauterets; por otro, en la Biblioteca

Municipal de Argelès el 25 de julio a las 15:00 h. En ambos casos, con proyección del film sobre Russell y un concierto de violonchelo en su honor...

Los escritores siguen con sus *batallitas russellianas*. En esta entrega, hemos de reseñar dos trabajos más sobre este tema:

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "El monumento de Russell en Lourdes. Vínculos históricos entre el SIPA y el pirineísmo francés", en: *Aragón turístico y monumental*, junio de 2009.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "El año de Russell. Un siglo de la muerte del pionero del pirineísmo", en: *Grandes Espacios*, julio-agosto de 2009.

A modo de adelanto, hemos de anunciar la publicación de otro trabajo en la próxima revista Pyrénées (el venidero nº 240), que llevará por título "Guide pratique du touriste russellien", obra de cierta consocia nuestra...

Nosotros no vamos a bajar la guardia, por lo que hemos preparado una serie de artículos sobre Russell redactados por nuestros socios entre 1992 y 2007. Casi una treintena, para que quienes anden todavía de vacaciones, dispongan de lectura gratuita..., a la par que se aproximan a la figura del *Señor del Vignemale*. Con el *interminable* Anexo del BD10, esperamos ir cerrando este *Año Russell 2009* desde nuestra más que *russelliana* entidad...

3.02. Nuestros autores y sus libros: *La viuda del Eiger*

Eduardo Martínez de Pisón, Marta Iturralde y otros autores, *La viuda del Eiger, relatos de montaña ficción*, Desnivel Ediciones, Madrid, 2007. 152 páginas. 14 x 21 cm. 11 euros.

Sobre 2003, en el curso de una cena en Madrid tras la entrega del Premio Desnivel, surgió la idea de ofrecer al mundo montañero una recopilación de relatos cortos. Como impulsora del proyecto, la editora Beata Rozga, quien comenzó a recopilar un censo de los notables de la Casa. Para confeccionar esta selección, se echó mano de quienes habían destacado en las diversas ediciones del referido Premio, muy reforzados desde otros sectores. A todos ellos se les pidió una narración corta y de ficción, donde se destacaran los aspectos más oníricos del mundo del alpinismo. Éste ha sido el resultado...

Pero es hora ya de servir la lista de quienes fueron seleccionados para un proyecto que inicialmente se tituló "Nuestra pequeña república": Paco Aguado, Alejandro Cartujo, Luis Covaleta, Antxon Iturriza, Ferran Latorre, Marta Iturralde y Alberto Martínez Embid, Eduardo Martínez de Pisón, César Pérez de Tudela, Edu Sallent, David Torres y Juanjo Zorrilla. Como se ve: rondan por aquí varios "Premios Desnivel" y demás escritores reconocidos del gremio, que nos brindan sus doce relatos, a cuál más sorprendente. Porque el objetivo real de esta obra era, sobre todo, remover un tanto los cimientos establecidos de la literatura de montaña más al uso, para captar al lector y que no pueda abandonar la lectura... Misterio, cuerdas y piolets.

¿Y la participación de los socios de *Montañeros de Aragón*? Pues son dos los relatos que se han ofrecido desde esta Entidad: "El paisaje perdido" (pp. 21-38) y "El hombre de las nieves" (pp. 67-80). Pero, para dar una idea de lo que estas páginas contienen, mejor recurrir a Jorge Jiménez, actual gestor de

la página de desnivel.com y, en este otro proyecto, introductor de los relatos. Esto es lo que vería en ellos...

Comenzaremos con la reseña que antecedería al relato de Martínez de Pisón: "Avanzar, sí, pero ¿hacia dónde? Avanzar hacia la *desculturización* de una región, hacia la pérdida de identidad del corazón que vive en cada pueblo donde los siglos se han deslizado dejando su sabio poso, su costumbre inclinada a evocar a los hombres que hubo, a los que hay y a los que debería haber. ¿Avanzar a cualquier precio? Sin embargo seguimos avanzando por ese camino sin preocuparnos del lugar donde desemboca. A veces da miedo. Miedo de pensar en un monigote sembrado de adosados, eso sí, con su tejado de pizarra, su televisión plana para que los niños no se pierdan por el monte, su perro enjaulado en el jardín y su todoterreno para andar rastreando por el asfalto como duendes de la aventura. Este camino nos lleva a un lugar poco acogedor. Shopping culture, vacaciones rurales..., se llaman ahora las nuevas modas. Qué huevos los nuestros. [...] En esta historia se refleja el compromiso con la defensa de la montaña con que ha llenado su vida. Intelectual, científico experto en Glaciología y Geografía, comenzó en el montañismo allá por los cincuenta, llenando de pasos las nieves del Pirineo aragonés y francés, la extraordinaria roca de Riglos, vías clásicas como las crestas del Diablo... Su relato es la crónica de uno de estos pueblos, de tantos pueblos, que se debaten entre la necesidad de crecer económicamente y el instinto de defender su historia, sus ancianos cuentos y su folclore forjado a través de espigas al sol, robles anchos y andanzas por el monte. Viejas enseñanzas las que se encuentran en las letras de Martínez de Pisón. Y viejos temores".

Para finalizar, Jorge presentará el segundo relato, de Iturralde y Cía, de sesgo mucho más inquietante que el anterior: "Hay historias que se enclavan en la memoria, ya sea por su fuerza, por su lección sencilla y carente de pretensiones o por su capacidad para robarle a uno el tiempo y atraparle en su lectura. *El Hombre de las Nieves* demuestra una falta profunda de fe y se muestra como una versión cachonda y dura de la aventura, preciosista y siniestra, revelándose como un cuento auténtico del monte, como una búsqueda del desarraigo y de la vehemencia por lo agreste. Por las noches de estrellas huidizas y de recuerdos frente a la hoguera. Es tan bello, turbador y enigmático que llega a dar miedo por la sencillez con que uno se encariña con el protagonista. Ojo: es una presencia oscura dentro de un universo sin luz. Es emocionante [...]. Sus autores: ambos han sido merecedores del Premio de Literatura Desnivel; ambos tienen muchas papeletas de ser considerados personas non gratas en cierta localidad francesa. Han cogido una leyenda y la han hecho suya, soltándose el pelo y estallando sentimientos que laten, generalmente, en lo más profundo. Contrabandistas, intrigas de una recóndita villa, parajes que se abalanzan sobre el hombre y lo abrazan hasta que cae, sangre, sudor y lágrimas. Una historia con rabia, conectada con lo mitológico y lo animal. Una historia de aventuras".

Tras estos comentarios, ¿habrá narices para enfrentarse con la *Viuda del Eiger*? Ya sabéis: tres socios nuestros metieron por allí el pie...

3.03. Un texto para el cierre: *Sarrios y bucardos russellianos*

Algunos accidentes geográficos tienen un origen tan simpático, que merecerían ser respetados por las nuevas revisiones. Éste parece el caso del col de los Bucardos (2.810 m), puerto situado al sur de los *Montes Malditos*, entre el pico Russell y el Cap de Llauset que comunica Salenques con Ballibierna. La historia de este bautizo arrancó en 1867, cuando Hippolyte Passet guió a Henry Russell hasta el valle de Ordesa por la ruta de Salarons: el pirineísta deseaba avistar allí a alguno de esos *bucardos*, a los que calificaba de "joyas vivas del Pirineo"... en tanto se interrogaba sobre si, dada su escasez, lograría avistar a alguno. La respuesta llegó el 19 de agosto de 1877: en compañía de Célestin Passet, el hijo de su viejo guía, Henry Russell contorneaba el Aneto desde el collado de Salenques, en mitad de unas tormentas. Quedando a la vista del pico de Ballibierna, dos *bucardos* surgieron por un collado innominado, a medio cubrir por las brumas. Esta aparición dejó a los pirineístas petrificados ante su magnífica presencia: un macho grande y una cría, que Russell supuso "un padre sacando a pasear a su hijo". Para ver cómo huían, les gritaron: con estos esfuerzos, sólo consiguieron que el cabritillo tosiese en su dirección, en tanto que el gran *buco* se limitaba "a mirarles con infinito desdén". Los dos animales dieron media vuelta y regresaron con calma por el mismo portillo, siendo tragados al instante por la niebla. Ni que decir tiene, a falta de nada mejor, Russell bautizó dicho collado como *de los Bucardos*. No sería ésta su única relación con los cornúpetos...

Antes de que se fundara el *Club Alpin Français*, la primera asociación montañera gala pudo llamarse *Club des Isards*. Finalmente, la entidad conformada en 1865 terminó por denominarse *Société Ramond* en contra de la voluntad de ese declarado amigo de los *sarrios* llamado Henry Russell. Sus peripecias por el Pirineo aparecen saturadas de alusiones cariñosas hacia nuestra *Rupicapra rupicapra*. En 1867, durante la *primera* al pico de Alba, Russell se maravillaba ante el prodigio de que, merced al calor sofocante, quince *sarrios* desfilaron delante suyo con parsimonia. Tres años después, subía en solitario al pic du Midi d'Ossau, en cuya cumbre encontró a dos rebecos adormecidos que asustó sin querer. En 1872, preparaba el vivaqueo en un aterrazamiento bajo el Perdido, a 2.800 m., bautizado como *Belle-Vue*: once *sarrios* pasaron a su lado dando saltos, sin percatarse de aquella presencia humana tan inusual. También se preocuparía por estos simpáticos rumiantes en 1878, durante su ascensión a la Robiñera: desde esta cima, se asomó hacia la Barrosa, donde se abrían unos abismos desde los que unos rebecos le contemplaban, preguntándose si era o no un peligro... No resulta, pues, nada extraño, que en su campaña de reconocimiento por la sierra Bernera, de camino hacia el Bisaurín, Russell clamase al ver un campamento de cazadores establecido en aquellas campas vírgenes: "¡Quién podía disparar contra unos animales tan graciosos e inofensivos!". La preocupación por la vida salvaje nunca ha sido nueva en casa de los auténticos pirineístas...

Alberto Martínez Embid

EN ESTE ANEXO SE INCLUYE:

I. TEXTOS SOBRE HENRY RUSSELL FIRMADOS POR SOCIOS DE MONTAÑEROS DE ARAGÓN (1992-2007)

- 1.01. Tras las huellas de Henry Russell
- 1.02. La efigie del Pirineísta
- 1.03. Las cuevas de Russell
- 1.04. Anayet, el volcán mágico
- 1.05. El pico de Posets: un *virrey* olvidado
- 1.06. Los picos de Eriste: el paraíso de granito
- 1.07. Monumentos en las cimas pirenaicas
- 1.08. La Rhune
- 1.09. Las cuevas del viejo pirineísta
- 1.10. El pico de las Tempestades
- 1.11. Flores de Russell
- 1.12. Los siempre misteriosos picos de Culfreda
- 1.13. En torno al pico de Alba
- 1.14. La Quijada de Pondiellos
- 1.15. La medición de los glaciares de Literota: una amistosa polémica del siglo XIX

- 1.16. Las misteriosas *primeras* al Perdiguero: los balbuceos de un coloso de granito
- 1.17. Cien años sin *Villa Russell*
- 1.18. Los pinzones del Vignemale
- 1.19. La Tuca de Mulleres: el rostro más amable de un *tresmil*
- 1.20. Las alegres *zambras* del Hospital de Benasque: tres relatos de viajeros durante el siglo XIX
- 1.21. En las entrañas del Vignemale: las siete cuevas del conde Henry Russell
- 1.22. Henry Russell, himalayista: asedio virtual al Kangchenjunga en 1860
- 1.23. Duelo por las montañas
- 1.24. Los picos de Clarabide: balconada de *tresmiles* en el macizo de Oô
- 1.25. Clubs de montaña
- 1.26. ¿Russell politeísta?
- 1.27. Atracción del Himalaya
- 1.28. Desolaciones himaláyicas

I. TEXTOS SOBRE HENRY RUSSELL FIRMADOS POR SOCIOS DE MONTAÑEROS DE ARAGÓN (1992-2002)

1.01. TRAS LAS HUELLAS DE HENRY RUSSELL

Una cima tras el Aneto, unas cuevas en el Vignemale, un refugio en el Marcadau... Su enigmático nombre me aparecía una y otra vez en muchas de mis andanzas pirenaicas. Un amigo, tras su mismo *vivac*, me enseñó al fin un libro del CEC que hablaba de él: un inglés que en el siglo pasado fue el primero en pasar una "noche sublime" en la cumbre del Aneto, enfundado en su saco hecho con pieles de cordero. Maravillado por los juegos de luces dorados y

sangrientos del anochecer, durmió feliz bajo el cálido reflejo de la luna que acompañaba su aventura. Alguien que llegó a amar tanto a los Pirineos y sus cumbres que dedicó lo mejor de su vida a recorrerlos y conquistarlos. Alguien que cada vez me atraía más y a quien me proponía conocer.

El conde Henry Russell-Killough, aunque de origen irlandés, nació el 13 de febrero de 1834 en Toulouse. En 1841 estaba viviendo con su familia en los Pirineos, contacto temprano con estas montañas. Viajó mucho por todo el mundo: se alistó en un velero francés y dobló el cabo de Hornos, hazaña de la que siempre estuvo muy orgulloso. A lo largo de su agitada juventud visitaría Canadá, los Estados Unidos –donde convivió con los indios de las praderas–, China, la India..., y cruzó Siberia en un trineo. Dedicó treinta años a los Pirineos, dejándonos sus huellas románticas por dondequiera que pasase. Son numerosas –más de una treintena– las cumbres famosas que él conquistó por primera vez en el período entre 1858-1883: Bisaurín, Cilindro de Marboré, Astazu, la Munia, Gourgs Blancs, pico Royo de Literola, Eriste Sur, Alba, Diente de Alba, Maladeta Occidental, Coronas, Tempestades, el propio pico Russell, Mulleres, Besiberri Sur... Naturalmente, subió a otras muchas cimas ya vencidas como el Néouvielle, Monte Perdido, Posets, Maladeta o Aneto, dando fe de su extraordinaria actividad. Aunque a menudo utilizaba guías, muchas de estas cumbres las culminó en solitario y fue asimismo de los primeros en atreverse a adentrarse en los Pirineos en invierno. Tal fue su pasión por estas montañas que llegó a vivir largos períodos de tiempo en unas cuevas que talló cerca de la cima del Vignemale –la propiedad más alta de Europa– y adoptó al Pique Longue como *su monte*. El único pesar que tenía era que la altitud del mismo registraba 3.298 m, siendo que él consideraba a las *grandes montañas* a partir de los 3.300 m. Para solucionarlo levantó una torre de piedras de más de 2 m para que *su* montaña sobrepasara esta altura ideal. Poco le duró; una tormenta no tardó en echar abajo la obra, que ya no volvería a alzar: “¡Así es como acaba el orgullo de los hombres!”. En Francia le tienen especial devoción y son muy conocidas todas sus vivencias y sentimientos a través de sus escritos de divulgación: desde *Souvenirs d'un montagnard* hasta *Les grandes ascensions des Pyrénées d'une mer à l'autre* o *Pyrenaica*.

Los abismos del Marboré, las cimas solitarias de Clarabide, las puntas peladas de los Occidentales... Todas me hablaban del paso firme de Henry Russell y de su halo cautivador. Realmente cuanto más iba conociéndolo más me atraía, no tanto por sus hazañas como por su amable personalidad, su precoz ecologismo y su forma filosófica de ver las cosas y de afrontar las situaciones. Los que lo trataron un poco lo recordaban como un personaje de rasgos estilizados y maneras nobles. Pero los afortunados que se contaron entre sus amigos lo consideraban y apreciaban profundamente. Entre éstos destacó Charles Packe, otro enamorado pirineísta con quien realizó gran cantidad de *primeras*. Con él –que le cedía siempre “el honor de la primicia”– conquistó ocho cumbres de las dieciocho que se contaban en aquella época en *las Maladetas*. Quizás Russell en el fondo tenía alma de solitario y de ahí su preferencia a subir solo a las cimas vírgenes, escogiendo el camino que más le

agradaba. Packe prefería ocuparse de otros asuntos –“más honorables”, según Russell– como estudiar orografía, botánica y condiciones ambientales...

Algunas ascensiones resultarían técnicamente difíciles para el Conde, mas en las ocasiones en las que se planteaba abandonar acababa por seguir adelante sosteniendo que “el miedo daba alas a su audacia”. Sin embargo, aunque buen trepador, prefería las vías normales de ascenso ya que no era de su agrado buscar deliberadamente la dificultad: “Las excentricidades siempre han tenido éxito, pero nosotros esperábamos que permanecieran en la llanura. El objetivo de los ascensionistas modernos ya no es el de escalar un pico por gusto y para disfrutar de la vista, sino el llegar a él del modo más difícil posible, a fuerza de brazos, retorciéndose como convulsionados o serpientes y multiplicando voluntariamente los equilibrios y dificultades hasta el infinito”. Y esto era en 1879 –como se ve, inada hay nuevo bajo el sol!–. El innato romanticismo se traducía a menudo en su forma de bautizar o describir los accidentes geográficos que le llamaban la atención. Así fue como nacieron de su mano nombres hoy tan conocidos como los picos del Infierno, a causa de las “furiosas tormentas” que halló durante su ascenso; o de Tempestades, por su aspecto de “fina muralla contra la que se estrellaban todos los huracanes”. El pico del Medio es tal por su posición entre los dos grandes Maladeta y Aneto; así como el Collado Maldito que le dejó tal impresión de “abismo infernal”. En cambio en la cumbre del Marboré “podría hacer maniobrar a un regimiento”. El Casco tenía “un clarísimo aspecto militar” desde Gavarnie; y el de Mulleres se podía subir con un burro con tal de que tuviera “buen carácter, ardor de juventud y algo de amor propio”. Respecto a su propio pico de Russell, él mismo lo bautizaría como Pequeño Aneto, debiendo el cambio de nombre al homenaje que su amigo y cartógrafo Packe le hizo en su mapa.

Henry Russell murió en Biarritz el año 1909. Pero para quienes nos acercamos a sus aventuras, permanece vivo de una forma muy especial: allá donde se dirijan nuestros pasos, seguro que encontraremos un bello rincón que nos grite su nombre. Ojalá su figura –alegre, romántica, amable–, nunca se borre de las memorias de cuantos cruzan *sus* montañas, nuestros Pirineos.

María Eugenia Suárez Lamarca

Anuario de Montañeros de Aragón 1991-92, mayo de 1992

1.02. LA EFIGIE DEL PIRINEÍSTA

La primera vez que pasé a su lado, reconozco que lo ignoraba todo sobre su persona. Pero él, Henry-Patrice-Marie Russell-Killough, inmóvil como la enorme estatua en bronce que era, me perdonó. Callado y pensativo como estaba, absorto en la contemplación de sus adorados Pirineos, me citó para otra mejor ocasión: allí, a la entrada del pueblecito de Gavarnie.

Tampoco era yo el primero, ini mucho menos!, que paseaba su pirineísmo poco consistente a su vera. Y el comprensivo *Señor del Vignemale* llevaba allí anclado mucho tiempo... Un cincel amoroso, el del artista Leroux-Veuvenot, lo había modelado al poco de terminar en Biarritz su existencia

como mortal, un triste 9 de febrero de 1909. Los desolados amigos de Henry Russell pronto pensaron en buscarle algún alojamiento a su espíritu inmortal. Hasta el sobrio escalador Henri Brulle se prestaría a posar para el escultor, el 18 de agosto de 1909, adoptando una pose característica del gran poeta de las montañas. Quizás la ubicación elegida, junto al camino y en la falda del Pimené, no brindaba las mejores vistas del Circo, pero quedaba así al lado de la entrada al valle de Ossoue. Dicen que la inauguración de este monumento, un 15 de septiembre de 1911, cerró la *Edad de Oro* del Pirineísmo, arropado por sus fieles Schrader, Saint-Saud, Brulle, Beraldi... Desde entonces, este corazón de bronce, ¡cuánto ha visto cambiar por Gavarnie!

Mi segunda visita, y aún más las siguientes, fueron ya exquisitamente respetuosas con el conde Russell. Para entonces, yo había ascendido casi todas sus montañas, dormido en sus cuevas del Vignemale, buceado entre las páginas de sus *Souvenirs d'un montagnard*, visitado su Hôtel des Voyageurs, paseado por su predilecta Gave..., e incluso me había acercado tímidamente hasta su casa y su tumba en Pau. Por todo ello, mi vanidad quiere creer que, cuando el sol se oculta por encima de las paredes del Marboré, el rojo tiñe los neveros resplandecientes y el frío se adueña de los espíritus, mi silenciosa compañía no molesta al viejo pirineísta.

Alberto Martínez Embid

El Mundo de los Pirineos, nº 3, mayo-junio de 1998

1.03. LAS CUEVAS DE RUSSELL

Pasar una noche por placer a más de 3.000 m de altitud, debe de ser asignatura del buen pirineísta. El vivaqueo voluntario parece que fue *inventado* por Henry Russell en 1865, quien inició sus *noches de príncipes* en la cima del Aneto, abrigado con su saco de piel de cordero. Los franceses, tan celosos de sus tradiciones montañeras, gustan de repetir las experiencias nocturnas del *Señor del Vignemale* y coleccionan las *nuits russelliennes*: las cumbres del Aneto, Monte Perdido, Cotiella y Pique Longue; el *hipopótamo* de Ballibierna, el collado de Cerbillonar... Nosotros, para animar a quienes quieren ver amanecer desde las alturas pirenaicas (y tengan buen saco de dormir), vamos a proponer una visita a las Cuevas del Vignemale..., ¡con el camisón en la mochila!

Nuestro punto de partida más cómodo será la presa de Ossoue (1.834 m), a la que hemos llegado en coche desde Gavarnie. Para realizar lo que sin duda será una excursión hacia la nostalgia, es aconsejable planearla fuera de las fechas veraniegas y de sus tumultos (las *invasiones filisteas* de las que Russell ya se lamentaba). Tomando el sendero que sube hacia el refugio de Bayssellance, comenzaremos a ganar altura por el valle de Ossoue, antes llamado *Osona...*, cuando era territorio español. En 1 h 30' de marcha, el cómodo camino nos llevará a las inmediaciones de unas grandes rocas de color claro. Una sorpresa aguarda allí al montañero despistado con los desplomes del glaciar de Ossoue: hay tres cavernas alineadas en la pared. Nos hallamos, en efecto, ante las Cuevas de Belle-Vue (2.378 m), primer jalón de las

propiedades del conde Russell-Killough. Estas grutas fueron excavadas entre 1888 y 1894, a consecuencia del crecimiento del glaciar de Ossoue, que no permitía a su propietario disfrutar de sus enterradas moradas de Cerbillonar. Quienes tengan poca experiencia en alta montaña, mejor será que se queden aquí a pasar la noche (hace dos años, podía dormirse en la cueva central, tapizada de piedras planas y con puerta de metal; las laterales servían de refugio al ganado), disfrutando de las maravillosas vistas del macizo del Marboré por el este. Podrán sentarse en el banco de piedra que el Conde allí se hizo construir para revivir sus sensaciones: "Vi escenas inolvidables de cuentos de duendes... Las nubes, allá abajo, iluminadas y blanqueadas por la luna, subían en copos, en fragmentos de todas las formas imaginables".

Los montañeros curtidos deberán encaminarse hacia el glaciar de Ossoue, donde nos aguarda el siguiente punto del *viacrucis*. Desde Belle-Vue se toma el camino hacia el hielo, abandonando la senda a Bayssellance. La ruta en el glaciar, que se aproxima al pico Montferrat para evitar las grietas del *Lomo del Asno*, nos colocará en 2 h a la vista del collado de Cerbillonar (3.195 m). La emoción es fuerte cuando se distinguen por vez primera, en la masa rocosa del Clot de la Hount, las siguientes grutas del Conde, semejantes a los ojos y boca de una calavera (nada queda de los muretes de entrada y de las puertas originales). No siempre están visibles: el glaciar las puede ocultar bajo su hielo aun al final del verano, haciendo imposible el vivaqueo... Si hemos tenido suerte con las fechas (yo la tuve, durante unas Fiestas del Pilar: estaban a la vista, aunque fue preciso escalar 4 m de muro vertical), nos espera una hermosa pernocta a 3.205 m de altitud. La caverna inferior es *Villa Russell*, abierta en 1882, flanqueada por la de *los Guías* y la de *las Damas*, respectivamente horadadas en 1885 y 1886. Recomiendo la primera, seca y confortable (con ganchos en la pared y repisas), y de dimensiones 3'10 por 2'55 m de base, y 2 m de altura. En caso de que las Cuevas de Cerbillonar estén bajo el glaciar, queda el recurso de subir hasta a la Pique Longue (1 h más) por su vía normal: un poco antes de llegar a su cima, nos encontraremos con la última de las grutas: *Paradis* (de 24 m³, con una placa del CAF a su entrada), excavada a 3.290 m en el año 1893, y considerada *la reina* por su privilegiada ubicación. No siempre se halla en buenas condiciones de habitabilidad, teniendo los suelos nevados o encharcados con frecuencia.

Cualquiera que sea la cueva del Vignemale elegida para pasar el vivac (el Conde durmió allí un total de 147 noches), el *turista russelliano* se sentirá más cerca del cielo que de la tierra. Llevad, aunque haga buen tiempo, saco de plumas, plásticos para cubrir el suelo, abundante provisión de agua, aspirinas..., y velas, que darán a vuestra morada troglodita, un toque especial. Si es posible, añadid a vuestra mochila un ejemplar de los *Souvenirs d'un montagnard* (1909), para recibir el amanecer con algo de la poesía de Henry Russell: "A veces, se acaba por amar la nieve y las piedras como si tuviesen un alma, bajo estos palacios en ruinas de la naturaleza".

María Eugenia Suárez Lamarca

Boletín de Montañeros de Aragón, nº 58, julio-agosto-septiembre de 1999

1.04. ANAYET, EL VOLCÁN MÁGICO

Enclavado en la cabecera del Alto Gállego, en la zona más occidental del valle de Tena, el Anayet y su abrupto relieve configura un lugar fascinante para recorrer y sentirse inmerso en un mundo insólito. La belleza de esta montaña, con forma de gran pitón rocoso, merece por sí sola una visita: la cumbre aguda del Anayet, muy frecuentada por la vía normal, resalta sobre las verdes praderas del collado y los lagos del mismo nombre. Los valles y ríos que confluyen alrededor de esta impresionante roca negra atraen a un buen número de excursionistas. La fácil accesibilidad al circo de Anayet y la amplia panorámica que nos regala su cima, hacen, si cabe, más apetecible la marcha.

En un recodo escondido, sobre las suaves laderas del barranco de Culibillas, aparece un extraordinario paisaje dotado de una marcada personalidad geográfica. Nos encontramos en el entorno mágico del Anayet. El viejo volcán preside la amplia meseta de Canal Roya, rellano herboso donde descansan apaciblemente sus lagos. El Anayet (2.545 m), es una antigua roca volcánica, formada hace más de 200 millones de años. Con el paso del tiempo, su actividad *vulcaniana* iría desapareciendo y la fuerza de la erosión actuaría sobre él. Pero habría que esperar a la formación de los nuevos Pirineos actuales (hace apenas 40 millones de años), para que el gran macizo resurgiera de las profundidades de los mares. Así, se mostraría de nuevo a la luz, el esqueleto del milenario volcán.

La escarpada cima de aspecto piramidal, da lugar a una sucesión de caprichosas chimeneas de pizarra, mordidas por el hielo en su cara Norte. El conde Henry Russell, considerado el poeta de los Pirineos, lo calificaría de "pico muy puntiagudo", siendo su silueta de gran montaña visible desde las partes altas del valle: "*Es esta especie de flecha de Catedral es la que se ve tan bien desde el puerto de Peyralún (SO)*". El nombre de Anayet también tiene connotaciones naturales: su toponimia de raíz aragonesa parece insinuarnos "un lugar con arándanos".

Ahondando en la historia de este macizo, se tiene constancia de la primera ascensión *conocida* a la cumbre, que se realizó en 1874. Sus protagonistas: Henry Russell junto con sus guías, el francés Camy y el aragonés Santiago, ganaron la cima en 4 h 30' desde Sallent de Gállego. Sin embargo, el emplazamiento del pico en una zona fronteriza, muy transitada por personas y mercancías entre España y Francia, hace sospechar que las tentativas de subida comenzaron mucho tiempo atrás. Posiblemente, los primeros conquistadores del Anayet, fueron un pastor o un minero tensinos. Hoy en día, es muy evidente la presencia de minas de espato-flúor cerca del Corral de las Mulas (a 3'5 km de la frontera), poco explotadas. A la sombra del apagado volcán, todavía pacen las terneras y los corderos.

Retomando la subida de nuestros conquistadores de hace 126 años, desde el valle de Tena y por la ruta del "Corral de las Arroyetas", reseñar que alcanzarían uno de los collados que comunicaban con el valle del Aragón (2.350 m). La visión del Anayet frente al vecino Midi d'Ossau, los dos imponentes macizos volcánicos de los Pirineos, cautivó para siempre al Conde: "*El Anayet está muy próximo, al ONO, en apariencia inaccesible. Es una aguja*

de 500 m. Encantador contraste entre la superficie horizontal y la calma del lago, y las líneas dislocadas amenazantes, de estos dos picos piramidales". En las lomas del Gállego, dormían serenamente sus dos ibones amplios y poco profundos. La agresiva silueta del pic du Midi, recortada sobre los lagos, imprimía carácter al paisaje... Pero la contemplación de estos dos colosos, quedaría cortada ante la irrupción de un silencioso grupo de pastores armados con sus carabinas..., incidente que se resolvería sin problemas. Russell viajaba siempre con revólver, debido a la presencia de bandoleros en las sierras españolas.

Desde los ibones de Anayet (2.227 m), subieron por rellanos de piedra y hierba hacia el O, hasta un collado de un intenso color rojizo. Por el camino, descubrirían una vieja explotación de mineral de cobre, con restos de construcciones en el ángulo SE del Anayet, y a 2300 m de altura. Una vez en el collado, giraron hacia el NO, donde encontrarían unos enormes bloques de un fantástico tono rojizo, que se interrumpían de repente. Ya en la roca, realizaron una travesía horizontal, en la parte más delicada del recorrido: *"En su base, encontramos un talud de rocas grises y blancas, con un abismo debajo, y con un ángulo bastante desagradable... Es el único paso malo, y aun así no es nada severo"*. En las inmediaciones del pico, el único obstáculo que queda por solventar, sería una estrecha chimenea de piedra y hierba, fácil de trepar. La elección del itinerario, ipoco ha cambiado con el paso de los años!

Una vez en la cima, se encontraron con una fastuosa panorámica. Pero dejaremos que, de nuevo, sea el *Águila de los Pirineos* (como era conocido por sus contemporáneos el conde Russell), el que nos transmita, con su hábil pluma de poeta y montañero, sus impresiones de aquel inolvidable día: *"Vista magnífica; ante nosotros, al S, se despliega la larga cadena de los montes de Bucuesa, comarca de precipicios calcáreos sin un solo árbol, a la cual su espantosa aridez, unida a su altitud, da mucha grandeza. Esta cadena va directa de Canfranc a Sallent. El Bisaurín sube sobre ellas una cortina al O. El Anie está al NO; el pic Midi d'Ossau, justo al N; el Balaitús, ENE; el Vignemale se deja ver al E, entre los picos del Infierno y el de Pondiellos, con la cresta aérea y salvaje de las Argualas más a la derecha. Un trozo del circo de Gavarnie aparece al ESE. Llanuras de España al SO"*.

El itinerario

Pasado el cruce de la entrada a la urbanización de Formigal, continuamos por la carretera del Portalet, hasta 3 km antes de llegar a la frontera. A mano izquierda, tomamos otra carretera que conduce hacia la estación de Anayet: ahí quedará el coche en verano, junto al Corral de Mulas. En el primer puente, seguiremos, por la derecha, una senda con marcas de GR. Pasada la estación de esquí, el camino prosigue hacia el O del barranco de Culibillas, ascendiendo suavemente por la orilla del río entre bloques de piedra. En 1 h 30', se llega por deliciosos parajes a la plataforma herbosa donde se encuentran los ibones de Anayet (2.227 m). Desde estos lagos, comienza la propia ascensión al pico. En una subida cada vez más empinada, se alcanza el "collado rojo" (2.404 m), compuesto por roca de conglomerado (30').

Hacia el S, y por una larga cresta (30'), se puede ganar el Vértice de Anayet (2.559 m), hermano mayor del Anayet. Por la ladera O, ascenderemos en diagonal hacia el N: siguiendo la arista, llegamos al "Pie de la pared vertical del Anayet", fantástica roca de granito. Desde aquí, se realiza una travesía en horizontal, ayudados por una sirga de acero, hasta situarnos a la altura de la chimenea. Ésta lleva a la cima tras una trepada fácil, que puede resultar peligrosa con hielo y nieve: una cuerda será útil, para mayor seguridad. Llegaremos a la cumbre del Anayet (2.545 m), en unas 3 h.

Marta Iturralde Navarro

Heraldo de Aragón, 18 de septiembre de 2000

1.05. EL PICO DE POSETS: UN VIRREY OLVIDADO

El pico de Posets es la segunda elevación del Pirineo y, sin embargo, resulta el gran relegado del favor de los montañeros. En el cenit del listado de la popularidad, nunca ha aparecido junto al Aneto, el Monte Perdido o el Vignemale, las otras cúspides renombradas de la cordillera. Semejante injusticia apenas logra oscurecer la belleza que posee esta fantástica cumbre, situada a caballo entre el Sobrarbe y la Ribagorza. Bucear entre su historia nos ofrecerá el anticipo de un encuentro demasiado tardío con los pirineístas...

Con el final del Siglo de la Razón, las cumbres del valle de Estós irían saliendo, poco a poco, de su marasmo tradicional: unos científicos reputados, los galos Reboul y Vidal, se habían decidido a espiar sus altozanos con el telescopio para tratar de adivinar si entre éstos se hallaba el más elevado de los *Montes Pirineos*. Una prominencia denominada pico de los Posets (por los pozos que se hallaban en sus alrededores) en Chistau, llamaría pronto su atención. Era aquélla la misma cima soberbia que se designaba *punta de Llardana* o *de Eriste*, a orillas del Ésera; o *Mont d'Astós*, en Francia..., iy que Palassou nombraba como *pic Poletto*! En el radiante verano de 1787 y desde la misma cúspide del Midi de Bigorre, los dos sabios le presentarían *los Posets* al gran precursor del Pirineísmo, Louis Ramond, como "la montaña vecina del puerto de la Pez". Sin embargo, nadie pensó en acercarse hasta su zócalo para cotejar tales avistamientos realizados desde la lejanía. Antes de caer de nuevo en el olvido, Posets recibiría, en el año 1813 y de manos de Henri Reboul, un erróneo puesto de tercera cumbre pirenaica: "*Mont Posats* más allá del puerto de Oô: 1.744 toisas= 3.399 m"... De poco le serviría al prestigio de la postergada cima esa rectificación llevada a cabo tres años más tarde por el mismo físico, que la colocó en una correcta segunda posición: "*Pic Posets*, cumbre principal de la montaña de Eriste, valle de Astós de Benasque: 3.437 m". Únicamente el Coronel Coraboeuf acertó, con sus cálculos de 1832, a aproximarse un poco más a la verdad del Posets, fijando su cota en 3.363 m (tiene 3.375 m).

De esta forma tan atropellada, se había presentado en sociedad a la gran montaña esquitosa... El discurrir del tiempo no rectificó los desatinos cometidos: en el año 1823, el geólogo suizo Jean de Charpentier se refería a

“esta protuberancia inmensa, que encierra muchos glaciares que estoy en posición de creer la cumbre más elevada, llamada Punta de Lardana o de Eriste, enfrente al puerto de Oô, no muy inferior a la Maladeta”. En cuanto a los visitantes nacionales, tampoco mostraron excesiva curiosidad por la existencia de los Posets, como demostraría el geólogo José Aldama tras su reconocimiento del sector del Alto Cinqueta en el año 1846. El viajero quedó prendado, más que de las altivas elevaciones que rodeaban el valle (proclamaría que el río Cinqueta “se ha abierto paso por una inmensa montaña”), por otros prodigios naturales *menores* que vislumbró cerca de Plan como una bella cascada calificada como “sublime y sorprendente fenómeno”. Así y todo, el mayor de los vértices de los valles de Estós y Chistau, estaba a punto de salir de su relativo anonimato...

Conquista de la segunda elevación del Pirineo

Sin duda que el destino del Pico de Posets era entrar en las crónicas deportivas de una manera muy discreta, erigiéndose como el gran desconocido de la cadena. Su conquista –tan tardía como fulgurante– se presenta como mérito absoluto de unos guías de Bagnères-de-Luchon: Pierre Redonnet *Nate* y Pierre Barrau. Los dos galos se dedicaron a explorar con tesón sus accesos orientales y a investigar la posible ruta *normal* hasta su cúspide. Cuando creyeron haber acertado con el itinerario más fácil, ofrecieron tal primicia a un adinerado turista británico, Henry Halkett. Los tres ganarían la segunda cima de la cadena desde el valle de Estós y por el collado de la Paúl, con descenso por la vertiente de Batisielles. Era un 6 de agosto de 1856: 14 años separaban este evento de la conquista de su vecino Aneto..., cuya ascensión ya estaba de moda a mediados del siglo XIX. La primera repetición del Posets no se haría tanto de rogar, pues Redonnet y Barrau deseaban rentabilizar al máximo sus esfuerzos por aquellos solitarios parajes: el día 31 del mismo mes, llevaban hasta la cumbre al también inglés Behrens, se cree que desde Escarpinosa y la Piana. Después de ellos, no se conocerían nuevas visitas hasta la que realizara, ya en el siguiente decenio, el pirineísta Charles Packe.

El indiscutible protagonista de la exploración de las vías de acceso al Posets, fue el conde Henry Russell. En el año 1864 acudía hasta sus basamentos orientales tras tomar como guía a un pastor de Estós que no estuvo muy a la altura de su imponente apariencia. Puesto que llevaban brújula pero no mapas, se perdieron por entre los intrincados lagos de la vertiente Este. Desde el collado de la Paúl, Russell logró llegar con su aterrorizado acompañante hasta la cumbre de los Posets “sin penas ni peligros”. Encaramarse hasta aquellas rocas peladas al viento, le resultó fascinante: “La vista desde el pico de Posets es de un esplendor incomparable. Es la más bella y la más extensa de los Pirineos. Una gran altitud y el aislamiento: tal es, quizás, el secreto de esta magnificencia. Ningún vecino: nada, sino el vacío”. Su segunda visita, en la compañía del guía luchonés Firmin Barrau, se desarrollaría un 23 de septiembre de 1873, también desde el collado de la Paúl, en el curso de una nevada terrible. Sólo el vino blanco en la cima atenuó las duras condiciones climáticas; aún así, la generosidad del

corazón del Conde hablaría de “los dos monarcas de los Pirineos”, aludiendo al Aneto y Posets. Pero la ruta desde Chistau a este *virrey* de rocas y hielos, seguía sin ser hollada. Por tal motivo, Henry Russell se acercó hasta los Posets dos veranos más tarde –con su insustituible Firmin–, con el ánimo de ganarlo por Viadós, desde la “arista lúgubre que, de 1 km de larga, y corriendo de N a S, forma la cumbre esquistosa de este bello pico”. Pasó en mulo por “el árido puerto de Chistau, de reflejos saharianos” para descubrir, al atardecer, un valle de Viadós que resultaba triste con los últimos rayos del sol. Al día siguiente, los dos hombres irían ganando altura poco a poco hacia el E, tratando de adivinar por dónde subía la ruta más factible: “Inclinado al SE, y buscando al Posets por la izquierda, vemos de repente la cima nivosa al E, ¡a tal altitud que se habría pensado el Himalaya! He aquí este gran espectro, en lo alto de la garganta tanto tiempo buscada, cuya embocadura está a nuestros pies”. Tras seguir este barranco –dejando los pinos primero, las praderas después–, se adentraron en el reino de las “pedrizas abominables” y, al fin, el cordal cimero: “La arista en principio calcárea que sube a la izquierda de este glaciar, se cambia más adelante en un amontonamiento esquistoso de piedras sueltas, desagradables”. Mas Russell no pretendía desanimar con dificultades imaginarias a posteriores visitantes, reconociendo la carencia de peligro en esta ruta que, en 5 h, le colocó sobre el Posets. Por ende, confesaría que “jamás olvidaría aquella jornada, aunque las haya vivido muy bellas, en todos los rincones del globo”. Siguiendo las costumbres montañeras, no olvidó dejar su tarjeta en la cima: “29 de julio de 1875. Conde Henry Russell con Firmin Barrau. Mi tercera ascensión aquí; subido por Chistau, por el O, muy largo”. De bajada, descubriría cierto lago “como del millar”, hoy de Millaris...

Las balconadas de los Posets

La ascensión a los Posets/Llardana presenta tres opciones *normales*, reservadas a los montañeros de grado medio: por el collado de la Paúl partiendo del refugio de Estós; por la *Vía Real* de Eriste con arranque en el refugio Ángel Orús; y por Chistau desde en el refugio de Viadós. Son éstos tres recorridos muy largos, en los que se impone la experiencia en este tipo de itinerarios de gran desnivel y en el ambiente más severo de alta montaña. Quienes deseen, sencillamente, conocer el entorno que rodea al escondido *Virrey* de los Pirineos, pueden comenzar admirando los esplendores de su vertiente meridional desde las accesibles alturas de Gías, en el valle de Benasque. Un poco antes de llegar al refugio de Estós, se abre al N el barranco de Gías, por el que una senda cómoda nos invita a ganar altura. De forma sosegada, podemos ir descubriendo los ciclópeos muros de Bardamina, que nos irán presentando, poco a poco, las vistas más favorecedoras de la segunda cúspide de la cordillera. La belleza de los fantásticos contrafuertes de la vertiente benasquesa que podremos admirar, nos animará a fijar fecha para una nueva cita, quizás más íntima, con el *Coloso de Esquisto*...

Alberto Martínez Embid
Heraldo de Aragón, 9 de abril de 2001

1.06. LOS PICOS DE ERISTE: EL PARAÍSO DE GRANITO

El Pirineo nos invita a conocer un macizo que pocas veces muestra los tumultos estivales de otras zonas. Nuestro objetivo se presenta claro: huir de todas aquellas regiones saturadas que concentran el 90% de los montañeros. Para suerte de todos los amantes de las regiones solitarias y salvajes, los valles secundarios de Benasque ofrecen tanto un sosiego casi decimonónico como cimas de una belleza y bucolismo poco divulgados...

Guardando el flanco S de los Posets, se alza el macizo llamado de Eriste en Chistau, o de Bagüeñola en Benasque, una montaña soberbia que insinúa claras aspiraciones de independencia. Sin querer entrar en algún enmarañado conflicto toponímico, puede añadirse que su *descubridor*, Henry Russell prefería este último nombre –deformado a *Bagueniola*, pues el Conde parecía tener el oído algo *duro* para las voces locales–, puesto que “le parecía más musical y, a la vez, salvaje”. En cualquier caso, los afilados bloques de granito de estas orgullosas prominencias elevan al cielo las peñas de un trío de cumbres de más de 3.000 m..., que apenas logran hacerse notar cuando se les contempla en la lejanía, ante sus poderosos vecinos septentrionales, alzados más de 300 m. No reparar en los picos de Eriste, es una terrible injusticia.

Otra cumbre para Henry Russell

Una vez más, estamos obligados a aludir a este activo pirineísta, quien no pudo explorar estas elevaciones en el año 1875, al quedarse sin víveres durante su descubierta. Por lo menos, pernoctó en las faldas chistabinas de tan “maciza y misteriosa montaña”, prometiendo regresar lo antes posible. Así lo haría tres años más tarde, si bien subiría por el SE, en el curso de una tan agotadora como sencilla aproximación desde el mismo pueblo de Eriste. Acudía de este modo a su cita aplazada con la montaña escoltado por el guía luchonés Firmin Barrau y el cazador aragonés Andrés Subra. Sin embargo, aquel 17 de julio, tras ganar considerable altura, el infatigable Firmin se puso enfermo, por lo que Russell decidió continuar él solo hasta la cumbre, a la vista de la buena climatología que el día le brindaba. El gran pirineísta creyó desde el zócalo de su objetivo que la más alta elevación del grupo de los *Eristes* era la punta Occidental (3.045 m), que logró hollar sin grandes problemas después de trepar por pedrizas y nieves: “Estaba colgado sobre la cumbre SE, que se ensancha en cilindro. Juzgad mi tristeza, mi humillación, icuando vi al NE la punta Central pasando algunos metros! De muy mal humor y desmoralizado, descendí al lago para pasar allí la noche, pero por completo determinado a no mostrarme por Luchon hasta no haber vencido la más alta de las tres cimas”.

La promesa no tardó demasiado en poderse llevar a la práctica. A la mañana siguiente, Firmin había mejorado de forma notable. Henry Russell volvió a ascender con él hacia la cima que constituía el epicentro de *los Eristes* (3.053 m), llegando enseguida al pie de su cono final: “Dejando allí nuestros zapatos, atacamos de derecha a izquierda (de E a O), en abarcas, con las manos y las rodillas, y acabamos por someter así, pero siguiendo una cresta espantosa, y menos ancha que nuestro cuerpo, entre dos abismos que se veían juntos del mismo vistazo, de tan estrecha que era la arista. Felizmente,

la roca era buena, un excelente granito: ni un guijarro rodó bajo nuestros pies. Pero un soplo de viento se nos hubiera llevado”.

En la cúspide, no deseaban bajar por el mismo sitio, por lo que se asomaron para encontrar otro paso por el O chistabino, que resultó una vía más rápida y sencilla... Mientras, Andrés Subra no permanecía ocioso y había cazado cuatro truchas en uno de los lagos de Bagüña (¡a tiro limpio!), resolviendo sus acuciantes problemas de intendencia.

Visitas posteriores

Mas no había sido el conde Russell el único explorador en destacar, entre el océano de cumbres ignotas del Pirineo, las solitarias *puntas de Eriste*. En 1878, también Franz Schrader hablaba del “espacio vacío y misterioso donde figura hoy el macizo de Eriste”. El bordelés ya había realizado una campaña científica el año anterior, cubriendo las montañas entre Bielsa y el Cotiella. En las completadas en 1878 y 1879, avanzó desde los Posets hasta Benasque, constatando la diferenciación de los picos de Bagüña con las montañas limítrofes por septentrión: “El macizo de Posets se divide en dos partes bien distintas: los Posets propiamente dichos al N, los montes de Eriste al S. Esta segunda región, de unos 300 m de altura menos, es a pesar de todo con mucho la más interesante. Constituye un macizo granítico y lacustre tan importante como el de Néouvielle en el Norte”. Además, Schrader nos trasladó su patente maravilla ante los “cientos de lagos del macizo de Eriste”...

Alberto Martínez Embid

Heraldo de Aragón, 16 de abril de 2001

1.07. MONUMENTOS EN LAS CIMAS PIRENAICAS

Una de las rutas clásicas al Pirineo, la del puerto de Santa Bárbara, pasa bajo las moles de los Mallos de Riglos. Como un nostálgico recuerdo de aquellos viajes de la infancia colmados de curvas y de *biodramina*, aparece visión de la cruz de madera que saludaba desde lo alto del Mallo Firé, la columnata más delgada de aquellas prodigiosas puntas de conglomerados rojizos. A pesar de saberla vieja y desvencijada, lamenté su desaparición a mediados de los ochenta. Acaso éste fuese uno de los monumentos de cimas más fácilmente apreciables del Pirineo aragonés (con el permiso de las cruces de la Peña Oroel y del Tozal de Sabiñánigo); porque la costumbre montañera de alzarlos es más tradicional de lo que se piensa...

En tiempos de masificaciones en las cumbres, no siempre resulta popular hablar de los monumentos que pueblan algunas cimas de nuestras montañas. Para unos *decoran* y para otros *atestan*... Estos vestigios poseen, como casi todo, su pequeña historia. Para la mayoría, estas señales –discretas, las más de las veces– proporcionan sus pequeñas satisfacciones, como todas las que indican que se está sobre una cima. Ya sean de inspiración religiosa –lo más frecuente–, o bien se trate de modestas torres de piedras, constituyen casi siempre el claro objetivo de nuestras cámaras fotográficas. Respetando las

opiniones de los más puristas, hay que alegar en su favor que su presencia no resulta excesivamente sofocante, puesto que, por cada cúspide que posee huellas humanas, hay al menos cincuenta con aspecto claramente salvaje. Además, la dureza del clima y el paso del tiempo suelen aliarse para reducir la vida de estas efímeras construcciones.

La cruz del Mont Valier

Al igual que la piedad o la vanidad humanas, los orígenes de la costumbre de alzar vestigios en las alturas se remontan a lo más profundo de los arranques del pirineísmo. Se cree que fue en el siglo V cuando se levantó la primera cruz en una cumbre pirenaica: en el Mont Valier (2.838 m). Según la tradición, sería Valerius –primer obispo de Couserans, al norte de la muga– quien la subió con él en su mística ascensión en pos de su Creador. Esta elevación de los Pirineos Orientales se vería ornada con una segunda cruz, la de Marmiesse, sobre el año 1672, para relevar la de Valerius. Finalmente, en 1987, este monumento fue sustituido por otro en granito. Sin embargo, este desfile de cruceros sería una excepción en los primeros anales del nuestro deporte. En los comienzos, los hombres se conformaron con dejar constancia de su presencia de una manera mucho más discreta...

En el inicio real de la aventura de la conquista pirenaica, quedó marcado el día 20 de marzo de 1787: un misterioso pastor del valle de Aspe ascendió al formidable pic du Midi d'Ossau (2.884 m) y levantó sobre su cima una bien visible torreta de piedras. Los escasos datos recogidos sobre esta ascensión harían suponer que se trataba de una señal topográfica encargada por los científicos galos Reboul y Vidal: ese verano, ellos mismos construirían otra más sobre el Touron de Néouvielle (3.035 m), conmemorativa de su ascensión. Así, se puede fijar en 1787 la fecha en la que se producía la irrupción de estos amontonamientos de rocas (mojones, hitos, *cairns*) sobre los vértices del Pirineo. Se continuaba de este modo la vieja usanza de pastores y cazadores de ambos lados de la cordillera, señalizando rutas o ubicaciones importantes. Tal costumbre, que permanecería prácticamente inalterada durante casi un siglo, era poco más o menos ésta: mientras los turistas que acababan de superar una montaña –supuestamente, sin hollar por el hombre– descansaban tras su *primera*, los guías construían una torreta de piedras lo más alta posible; a poder ser, que se viese desde algún lugar frecuentado. A menudo, depositaban en un pequeño hueco entre las rocas una botella vacía, donde se introducían las tarjetas de visita de los *conquistadores* y de los sucesivos visitantes..., en tanto llegaba la época de los Libros de Cima. Existen testimonios en contra de estos hábitos: en 1860, el luchonés Nérée Boubée lo censuraba, proponiendo que “los guías, en lugar de erigir pirámides sobre la cumbre del Aneto, terraplenasen poco a poco el Puente de Mahoma”. Pero por todo el Pirineo ya se había asentado el alzamiento estas torretas desde finales del Siglo de las Luces, en la mayoría de las cimas que empleaban los topógrafos como referencia: el Crabère, el Quayrat, las Argualas, Tendeñera, el pico de Brazato, el Tobacor, el Monte Perdido, el pico de Montferrat, la Pique Longue, el Taillón, la Peña Montañesa...

La era de las pirámides de piedra

Quizás, uno de los mojones de piedras más célebre de aquella época heroica, fue el que se levantó en 1826 en la cima que era considerada el *Cervino de los Pirineos*: el Balaitús (3.155 m). Sus discretos conquistadores fueron los geodésicos franceses Peytier y Hossard, quienes ordenaron a sus acompañantes construir una señal: "Un tronco cónico de piedras de 3'42 m de altura hasta el borde, sobre el que se trazaron dos líneas cuyo cruce indicaba el centro de la obra; tenía un pequeño habitáculo que fue cerrado tras las observaciones, para aumentar su solidez". Por aquellas mismas fechas, otros miembros del mismo equipo –Coraboeuf y Testu– construían sus torres de bloques en el Pirineo Oriental: una conocida acuarela inmortalizó la del Montcalm (3.077 m) en 1827.

Un notable aficionado a levantar pirámides de piedras en las cimas, ya a finales del siglo XIX, sería el conde Russell. En el año 1896, hizo levantar una gran torre en la Pique Longue del Vignemale (3.298 m), para que ésta alcanzase los 3.300 m, su cifra adorada. Dos años más tarde, regresaba para ver lo que quedaba: "En la cumbre, encontré mi torre de dos metros demolida por la tempestad y el viento; no era más que una ruina, pero una ruina pintoresca, pues había caído muy graciosamente: puso pose y arte... ¡Las piedras saben caer mejor que nosotros! Tuvo, por lo demás, el honor póstumo de ser fotografiada tras su caída". En agosto de 1902, Russell insistía de nuevo, alzando otra de planta cuadrada (4 x 4 m, y 3 m de altura): mientras le deseaba una vida más larga que la antecesora, su promotor nos revelaba la existencia de otras más anónimas que éstas del Vignemale: "La torre del Balaitús, menos alta y menos gruesa, es ya casi octogenaria; y las del Montcalm y Maupas, han resistido victoriosamente desde cincuenta o sesenta años a la furia de los elementos. Pero es cierto que el público frecuenta poco estas tres cimas: si no, ¡sus torres habrían caído sin duda hace ya tiempo!". En cuanto a la segunda construcción *russelliana*, tampoco tardó mucho en venirse abajo, haciendo filosofar al *Señor del Vignemale* ante sus restos: "¡Así acaba el orgullo de los hombres!".

Imaginería de montaña

Los monumentos somitales más *clásicos* –cruces, vírgenes o placas–, tuvieron que aguardar a los albores del siglo XX. Durante el siglo precedente, acaso se recordase el vano intento de Napoleón Bonaparte de plantar una cruz de hierro en el Mont-Blanc..., que no duró sino una par de días. En cualquier caso, los Pirineos mostraron pronto una buena colección de vestigios de altura, comenzando por los collados: la cruz que marcaba la frontera del Portillón de Benasque (2.444 m) desde al menos el siglo XVIII, la Virgen de Tucarroya (2.660 m) desde 1890... Enseguida subirían estas muestras humanas más arriba, en principio recordando a los desaparecidos, como la efigie de Russell unos metros por debajo de la Pique Longue (3.389 m) desde 1913; la cruz de Sayó en el Puente de Mahoma (3.400 m) desde 1917; la plaquita de Jacinto Verdagner en la cima del mismo nombre (3.143 m) desde 1933. Tras estos

inicios moderados, la proliferación de toda clase de imágenes sobre las cumbres de los Pirineos Centrales, estaba servida. Algunos de estos monumentos, fueron alzados en ocasiones realmente especiales, y en medio de celebraciones montañeras, como la cruz y placa de Jean Arlaud en Gourgs Blancs (1938), la Virgen de la Facha (1942), la cruz del Aneto (1951) o la Virgen del Pilar de la misma cima (1956).

Sin embargo, esta costumbre montañera parece pertenecer al pasado del pirineísmo. La naturaleza se ocupa de acabar con unos monumentos, como la cruz de posguerra del Monte Perdido, que hubiesen precisado de importantes mantenimientos después de cada invierno. Por añadidura, hoy impera en las cumbres cierta falta de respeto hacia estos monumentos: pintadas groseras en la Virgen del Bisaurín, dos despeñamientos de la Virgen del Pisón, la decapitación de las de Posets y Aneto (en este último caso, también con un despeñamiento de la imagen de bronce que sustituyó a la de mármol)..., incluso el *secuestro* y petición de rescate de la del Caball Bernat, en Montserrat. Resulta tentador pensar, al igual que Henry Russell a comienzos del siglo XX: "Es triste constatar que, en los Pirineos, la rectitud pública deja a veces mucho que desear... ¡Todavía quedan vándalos en Europa, y los hay en todas partes!".

Hacia un censo de monumentos de cumbres

Un listado poco exhaustivo debería comenzar por las abundantes cruces alzadas en nuestras cumbres, comenzando por la pionera del Mont Valier, la de aluminio del Aneto, la pequeñita de la Maladeta, la de forja del Occidental de la Maladeta, la modesta de la Munia, la modernista de la Pica de Estats, la *fontanera* del Sotlló, las catalanistas del Carlit y del Canigó, las gigantescas de la Peña Oroel y de la Punta del Mallo de Sabiñánigo... El capítulo de imágenes piadosas montañeras se abriría con la Virgen del Pilar y San Marcial en el Aneto, Virgen Blanca en Posets, Nuestra Señora de las Nieves en la Gran Facha (hoy sube y baja para cada peregrinación), Virgen del Pilar del Anayet y Collarada, Nuestra Señora de los Mallos en el Pisón (en una casa particular), San Francisco Javier en la Mesa de los Tres Reyes, Nuestra Señora de Montserrat en el Cavall Bernat... Pero, antes de proseguir, hay que advertir que algunas de estas imágenes han sufrido importantes destrozos, cambiadas de ubicación e incluso desaparecido en algún caso. Asimismo, quedan vestigios de la placa de Arlaud en Gourgs Blancs, de Raymond d'Espouy en su pico del mismo nombre junto al Cotiella, dos osos en el Montcalm, un buzón en *los Infiernos*... Y, acaso, también debiéramos incluir artilugios como las pirámides de aluminio del Balaitús o del Maupas. O las columnas geodésicas de Peña Telera, Pacino, Pique Longue, Monte Perdido, Aneto, Punta Alta, Como lo Forno, Punta Gabarró y largo etcétera.

Alberto Martínez Embid

Heraldo de Aragón, 1 de abril de 2002

1.08. LA RHUNE

El primer libro montañoso del conde Henry Russell, *Les grandes ascensiones des Pyrénées* (1866), se cierra con cierta reseña sobre una prominencia llamada "la Rhune, 900 metros"... Por otro lado, las *russellianas* reseñas de los *Souvenirs d'un montagnard* (1908) se abren con la excursión inaugural de los Pirineos franceses: de nuevo La Rhune... El encanto de esta cima aislada que inicia la cadena pirenaica, logró que el *Señor del Vignemale*, siempre tan obsesionado por las grandes altitudes, se interesase doblemente por una elevación de cota discreta. Como se trata de una cumbre que no debiera faltarle a ningún pirineísta (junto con el Puig Neulós, en el otro extremo de la cordillera), he aquí un repaso al *ayer y hoy* de esta mole esbelta, tan popular en el País Vasco... No en vano, La Rhune o Larrun (posiblemente: "el pasto") brinda no sólo unas vistas calificadas con tres estrellas en la *Guide Michelin*, sino que muestra unos vestigios de *cromlechs* prehistóricos que la relacionan con los cultos ancestrales de los druidas.

1866, Henry Russell: Excursión CVII.- La Rhune (900 metros)

"Esta montaña maciza, y a pesar de todo graciosa, que se ve tan bien desde Biarritz, y que tiene el aspecto de reinar sobre todo el golfo de Gascuña. Ascensión tan bella y tan fácil que es preciso absolutamente el hacerla. Punto de partida, Saint-Jean-de-Luz.

"Primero, ir a Ascain, pequeño pueblo situado al N de La Rhune, y en su base. Hoy, se va por la ruta carretera que sigue la orilla derecha, y sale de Saint-Jean-de-Luz cerca de la estación de ferrocarril, que deja a 300 m a la derecha. No se pierde jamás de vista La Rhune, y después de haber pasado un pequeño bosque, se llega al cabo de 6 km (1 h) a Ascain, pueblo insignificante. Se llega igualmente a Ascain remontando la Nivelle con la marea. Detrás de la iglesia, se sigue durante 300 m la nueva ruta de coches que lleva a Sare, después, se gira a la derecha y comenzándose a elevarse, se dirige hacia la base de este gran barranco (S) que desgarrar los flancos de la montaña. Lo más corto sería remontarlo (orilla izquierda) hasta su origen; pero existen algunas dificultades. Vale más pasar un poco al O y dirigirse al S-SO. Chalets, árboles achaparrados.

"Tomad ese camino de tierra roja que sube a la derecha (1 h 20') y atravesando pequeños bosques de encinas, elevaos muy hacia arriba por encima del barranco profundo que se abre a la izquierda. Camino detestable, seguido a pesar de todo hasta los dos tercios de la montaña por carretas tiradas por bueyes.

"Casa a la que dan sombra por la derecha (O) siete pequeñas encinas: la ascensión se vuelve más ruda (2 h). Meseta desértica y ondulada (2 h 15'), cubierta de brezos y aulagas: algunas cabañas dispersas, pero ni la más pequeña sombra. El pico está cerquísima, al S, austero y triste: seguid los zigzags suaves que llegan hasta la cumbre (2 h 45'). Vista espléndida hasta lo indecible sobre el mar, las llanuras y las montañas. Del N al E, se ve todo el departamento de los Basses-Pyrénées, en el que se podrían contar sus casas blancas: al SE, se alza el monte Orhy, más orgulloso de lo que se merece

(2.016 m); a su izquierda, el pico piramidal de Anie, y volviendo hacia el E, los picos de Ger, de Gabizos; por fin, al E-SE, la flecha aún más bella del pic du Midi de Bigorre, a pesar de su extrema distancia (140 km): se le ve de maravilla en la claras jornadas de noviembre, e incluso a su izquierda, el humilde Mont Aigu.

"De E a O, por el S, es un mar agitado de montañas sin número y la mayor parte sin nombre. Entre el O y el N, el inconmensurable horizonte del océano. Se puede descender por la vertiente oriental (un poco al N del E) en 1 h 30', al pueblo de Sare.

"La última vez que hice esta ascensión, era el 21 de diciembre de 1865. Pero seguramente no lo hubiera adivinado jamás. Sentado en la cumbre en la más intensa y en la más cálida luminosidad, con un aire inmóvil y sobre una hierba totalmente tibia, no podía creer que éste fuese el día del año en el que el sol subía menos sobre el horizonte. Después de tantas ascensiones y de panoramas, admiraba éste, pensando con una especie de tristeza y de mortificación que estaba todavía menos alto que Cauterets, bastante menos que Barèges, ¡y a 450 m más abajo que el pueblo de Gavarnie! Era como una inundación de sol: los corderos pastaban perezosamente hasta la cima, y el ruido de sus cencerros se mezcló enseguida con el de las campanas que comenzaron a sonar sucesivamente, al mediodía, en todos los pueblos y los valles circundantes: el ruido se elevaba temblando, pero sin sacudidas: el humo de las casas, no sabiendo adónde ir, subía hacia el cielo, y nada más se movía en este cuadro que la larga franja de espuma que dibujaba sobre las costas una línea plateada de 200 km. El terrible océano, él mismo habituado a destruirlo todo, se mostraba tan limpio y tan tranquilo que parecía helado: se veía en él reflejada la imagen inmóvil de Fuenterrabía y se su montaña, en tanto que sobre la llanura inmensa y risueña del País Vasco, el Adour, el río pirenaico por excelencia, arrastraba lánguidamente sus ondas sobre el horizonte de Bayona. ¡Y qué recuerdos de estos lugares! Ninguna montaña de los Pirineos está tan viva en recuerdos como La Rhune: es la última que describo, puesto que el océano me detiene; pero quizás el lector dirá, como yo: ¡afortunados Pirineos! Si les faltan los grandes lagos de Suiza, tienen, en sus dos extremidades, el espectáculo todavía más grandioso del mar, donde su primavera parece eterna".

2002, Miguel Angulo: Excursión 13 - Larrun desde Azkaine (Ascain)

Reconozco que, las veces anteriores, había estado en La Rhune de una forma poco gloriosa: cómodamente sentada, con mi hermana María José, en uno de los dos vagones del pequeño tren de cremallera en madera que, desde el collado de Saint-Ignace (169 m), abierto entre Ascain y Sare, lleva hasta su misma cima (entre mediados de marzo y mediados de noviembre; de 09:00 a 17:00 hrs.; tel. info 08 92 39 14 25). Además de ser aligeradas en 10 euros por cabeza (ida y vuelta), por este medio disfrutamos de un interesante paseo de 8 km siguiendo una vía férrea construida en el año 1924. Y, en su coqueta estación, nos pudimos enterar de la historia de las diversas construcciones que han ido arruinando en los últimos años la cima de La Rhune: la balconada de

comienzos del siglo XX; las primeras ventas en los años veinte; el monumento a la emperatriz María Eugenia de Montijo en los años treinta (destruido por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial; reconstruido en los noventa); la atestada mesa panorámica; la espantosa antena de telecomunicaciones... ¡Ay, si Henry Russell levantara la cabeza!

Sin embargo, para la última visita a esta cumbre para mí tan entrañable, puesto que resulta perfectamente visible desde nuestra terraza en Hondarribia, pensaba seguir más bien las indicaciones del libro *Pirineos I, de Hendaya a Somport* (1995) de Miguel Angulo. La razón: las reseñas que en él se ofrecen sobre cinco itinerarios a esta montaña, a caballo entre Francia y España. El pirineísta de Bayona sugería el ascenso desde Vera de Bidasoa, Trabenia, Sara, Urkila y Ascaín. Opté por esta última ruta, que se *vendía* muy bien como "excursión media, desnivel 780 m, 5 h ida y vuelta". Y, en efecto, resultó una marcha agradable que no ofreció el menor problema...

Tras dejar el coche en el aparcamiento que existe antes de la cantera de Ascaín (170 m), una senda nos internó por un bosque de helechos en plena repoblación. Las marcas verdes de pintura y el anchísimo camino semi empedrado no permitían pérdida alguna; poco a poco, apenas se gana altura, se pueden admirar las olas rompiendo contra los farallones defensivos del puerto de Saint-Jean-de-Luz..., ¡si las brumas marinas son benévolas! Enseguida, un barranco nos condujo hasta las faldas de La Rhune, esa montaña que un desdichado día, TDF decidió coronar con una gigantesca antena... Después de algo más de una hora, llegamos al bosque que sirve de antesala al col des Trois Fontaines (560 m), donde se coincide con la senda GR-10 que sube desde Trabenia, procedente de su nacimiento atlántico en la playa de Bayona. Ya sólo nos restaba atacar la pendiente de tasca de su vertiente N, que nos separaba de la punta de la Rhune, llevando el tendido del tren de cremallera por nuestra izquierda. Rodeadas de rebaños de ovejas vascas *manech* y de yeguas salvajes *potiok*, casi tanto como de domingueros contumaces, alcanzamos los 900 m de nuestro objetivo en poco más de 2 h 30' desde el coche. El remate de La Rhune ofrece un ambiente muy similar al del pic du Midi de Bigorre; ¡pero aquí reina el *txakolí* y el *patxarán*, entre lencería típica de las vascongadas, *lauburus*, *txapelas* e *ikurriñas* varias...! Es importante elegir un día claro para la excursión (tel. météo Pyrénées-Atlantiques: 08 36 68 02 64), con el fin de tratar de atisbar las grandes cimas occidentales de la cadena: como la mesa de orientación destaca, desde La Rhune, se perciben (de N a S) "el Pico de Idusquimendi (a 18 km), Montaigu (a 143 km), Midi de Bigorre (a 150 km), Moule (a 110 km), Maih Massibé (a 97 km), Néouvielle (a 152 km), Gabizo (a 118 km), Ger (a 112 km), Iparla (a 22 km), Sesques (a 102 km), Béhorléguy (a 51 km), Arlas (a 81 km), Anie (a 84 km), Pene Blaque (a 85 km), Mesa de los Tres Reyes (a 86 km), Gorramendi (a 19 km), Bimbalette (a 74 km), Cachilla (a 73 km), Otxogorrigagna (a 70 km), Orhy (a 62 km) y Bisaurín (a 100 km)". ¿Y nuestra Hondarribia...?

Ahora, tal y como Angulo recomienda, ya sólo queda "tratar de encontrar en la cima un rincón tranquilo para meditar sobre la devastación de las explotaciones turísticas de las riquezas naturales de los Pirineos". Al menos,

tras alejarnos del vocerío de las ventas y de sus tortillas de patatas a precio abusivo que denigran “la montaña mítica del País Vasco”, nos resta ese maravilloso océano Atlántico que, con un poco de suerte, se nos ofrecerá como si fuese una cubeta de mercurio...

Marta Iturralde Navarro

Anuario de Montañeros de Aragón 2001-2002, mayo de 2002

1.09. LAS CUEVAS DEL VIEJO PIRINEÍSTA

“Errar solo en las nieves eternas, en medio de las grietas, explorar y ascender, sin guía ni testigos, grandes picos desconocidos, en cualquier momento, sin saber dónde se va, incluso sin estar seguro de poder descender, es un placer exquisito, supremo, inolvidable...”

Henry Russell (1901).

Inexcusable: la primera vez que vi sus cuevas del Vignemale, en el año 1985, pensé que eran más o menos naturales. En cuanto a las inferiores de Belle-Vue, las dimos por una obra más de las fortificaciones militares de la Línea Maginot..., o del último rescoldo del Muro del Atlántico. Y ese Russell del que hablaba el mapa IGN..., ¿quién era? ¿Acaso el espeleólogo que descubrió el trío de cavernas del collado de Cerbillonar? ¡Seguro!: un alumno aventajado de Norbert Casteret. Ay, este Vignemale estaba resultando más poroso que un queso de gruyère... Precisamente, en ese lejano estío de feliz ignorancia pirineísta, acabábamos de ganar la cima de la Pique Longue por el corredor del Clot de la Hount, sin sospechar siquiera que aquella había sido la primera vía de dificultad abierta en este macizo, ¡y en los Pirineos! A pesar de tan bárbaros comienzos, mi interés por el Vignemale y por su *propietario*, el conde Henry-Patrice-Marie Russell-Killough (Toulouse, 1834-Biarritz, 1909) fue aumentando con los años..., y con las lecturas de los mejores textos pirineístas.

Una gruta en el Vignemale

Acercándose ya a la cincuentena, el gran explorador de la cadena, Henry Russell, comenzó a notar cómo su salud se resentía ante la dureza de tantas noches como había pasado al raso, bajo la cúpula de estrellas de las noches pirenaicas. Surgió así la idea de hacerse tallar una gruta donde capear las inclemencias del tiempo en las alturas. El lugar elegido no podía ser otro que el borde superior del glaciar de Ossoue, en su predilecto macizo del Vignemale, pues “tenía tanto afecto, tanto respeto, tanta ternura para esta montaña, que casi podría llamar cariño filial”. En el año 1881, se iniciaron los trabajos de excavación de una cueva en la mole de esta eminencia, muy cerca del collado de Cerbillonar y a 3.205 m de altitud. Tras sufrir algún tropiezo por la dureza de la roca y el tiempo avieso, la morada troglodita estuvo dispuesta a primeros de agosto de 1882. Los esfuerzos de Cantou y de sus cuadrillas de obreros picadores de Gèdre tuvieron que ser considerables. Enseguida, Russell subió

para inaugurar su nuevo alojamiento: "Mi corazón galopaba cuando, por vez primera, me acerqué a la puerta para abrirla. ¿Qué habría detrás? Mas una exclamación de alegría salió de nuestro pecho en cuanto entramos. La pequeña habitación de mármol nos cautivó..., isobrepasaba nuestras esperanzas!". Esta Villa Russell sería la pionera del total de siete cuevas que el Conde mandaría perforar en el Vignemale, y que le darían un total de 100 m³ de alojamientos de altura. Así, desde 1882 a 1904, este noble de ascendencia irlandesa, subió al menos una semana cada verano, llegando a contabilizar bajo sus techos pétreos un total de 147 noches, la mitad de ellas, a más de 3.000 m. Su lema "mirabilis in altis dominus", no era ya una simple frase bonita...

La vida a 3.205 m

En estas memorables permanencias en altura, el reconocido *Amante del Pirineo* aprovecharía para completar cómodas ascensiones a las cercanísimas cumbres locales, desde donde admiraba el amplio paisaje que se podía dominar, y devoraba libros de exploradores de la época... Pero, sobre todo, meditaba: "Me gusta sentarme al crepúsculo como un novio de la naturaleza, sobre las montañas estériles y solitarias donde brillan las frías claridades del Norte, y soñar con el azul de la primavera de mi vida, y rejuvenecer mi corazón con la blancura y serenidad de estas cimas eternas". Por lo demás, la existencia en este su reino no era precisamente espartana, en claro contraste con la llevada hasta entonces. Y el buen apetito de Russell resultaba notorio: en ocasiones especiales, el Vignemale fue escenario de fondo de menús tales como "fricandó de acerera, ternera en salsa de tomate, cordero, pavo, arenques escoceses, buey...".

Desde el principio, la gruta atrajo numerosas visitas, que Henry Russell atendía siempre amable: recibía con gusto a todo el mundo, fuese conocido o no, y lo despedía con su tradicional ponche caliente. Tampoco se molestaba si usaban *Villa Russell* en su ausencia, aun cuando gastaran sus vituallas o quemasen el heno que hacía de colchón: consideraba tal gruta de utilidad general. En agosto de 1884, el Conde preparó con gran ilusión el acto de bendición de su caverna de Cerbillonar, celebrando con el permiso del obispo de Tarbes tres misas ante una treintena de asistentes, seguida de un pequeño banquete montañero. El propietario no podía estar más feliz: "Jamás París o Roma vieron nada parecido, se sentía uno más cerca del cielo que bajo las más bellas bóvedas del mundo".

Las estancias que mejor recuerdo le dejarían, fueron la de 1887, considerada como "la más brillante", y, sobre todo, la de 1888. Durante esta última, sus amigos Roger De Monts y Jean Bazillac plantaron sobre el glaciar de Ossoue una gran tienda, a la que denominaron *Villa Mirande*, justo enfrente de *Villa Russell*. Pronto se les unirían otros camaradas pirineístas como Henri Brulle y su reciente esposa, de viaje de novios en el Vignemale. Russell, que permanecería soltero toda su vida, lamentaba que los buenos montañeros se casasen... Él, por su parte, se sentía desposado con las cimas pirenaicas, o, mejor aún, con el Vignemale: "Nuestra luna de miel comenzó hace cuarenta años y, a pesar de eso, idura todavía!". En cualquier caso, el Conde jamás

olvidó aquellas jornadas de agosto de 1888: "Pasamos tres días deliciosos, con un tiempo ideal, y en medio de lujos asiáticos: tapices, sofás, sillones, perfumes orientales, linternas y vaporizadores... Nunca, en mi pequeño reino de las nieves, se habían visto cosas tan bellas, sin contar los cigarros, los buenos vinos y un jamón descomunal que habría podido servir de banco".

Ciertas costumbres de esta vida de troglodita voluntario en el Vignemale, terminarían por constituir auténticos ritos y tradiciones: levantarse con el sol, la cortesía extrema entre *gentlemen*, las atenciones con las damas... ¡La etiqueta había llegado hasta las alturas! Pero, aún con todo, el misantrópico Russell-Killough agradecía quedarse apartado al atardecer, cuando "la soledad allí retomaba su imperio". Aunque este aislamiento no resultó completo, pues tenía como súbditos a los pequeños pinzones de las nieves... Uno de estos pajarillos, pronto le brindó una amistad especial: "Pasaba todo el tiempo saltando por el glaciar, ante mi puerta, comiendo conmigo, haciéndome ojitos, y, por la mañana, llegaba siempre con el sol para darme los buenos días, después de haber dormido no sé donde. Al año siguiente, eran tres: yo alimentaba a toda una familia".

Unas cuevas artificiales saturadas

Pronto, *Villa Russell* quedó pequeña, a pesar de sus dimensiones de 3'10 x 2'55 m, y 2 m de altura..., con plaza para unas 20 personas de pie y 8 acostadas. La gran afluencia de visitantes, y todos deseando pernoctar en dicha cueva, le sugeriría al Conde la broma de abrir oficinas de alquiler... Hacia 1885, se había visto empujado a excavar una segunda gruta, a la que llamaría *de los Guías*; un año después, coincidiendo con su decimoquinta ascensión al Vignemale, inauguraría la tercera, o *de las Damas*: flanqueando *Villa Russell*, aunque 4 m más elevadas. Pero su alegría resultó efímera, pues los veranos siguientes, los hielos de Ossoue subieron enormemente, cubriendo las entradas de las tres cuevas de Cerbillonar. La costosa solución a su problema de disponibilidad de alojamiento en el Vignemale, pasaría por la apertura, entre los años 1888 y 1894, de las tres cavernas de Belle-Vue: a 2.400 m, y por debajo de tan caprichosos ventisqueros. Henry Russell quedaría al fin satisfecho tras horadar su última gruta, la de Paradis, abierta con grandes dificultades entre 1892 y 1893 mediante dinamita. Como su nombre sugería, se hallaba justo bajo la misma cima de la Pique Longue, sobre los 3.270 m de altitud.

Precisamente, en su cueva de Paradis, el Conde celebraría, en julio de 1894, sus *bodas de plata* con el Vignemale: su vigésimo quinto ascenso. Russell confiaba que todas estas iniciativas excavadoras serían contagiosas y que pronto proliferarían las cavernas-refugio en las montañas: "Espero que mi ejemplo será seguido en otras cimas pirenaicas y que mi paraíso de las nieves no será un paraíso perdido". En tanto que estos nuevos abrigos llegaban a los demás macizos de la cadena, su promotor habría de conformarse con las maravillosas vistas desde tan singular atalaya: "En España, todo estaba puro, incandescente y africano; los picos quemados, estériles y amarillos de Aragón tenían el aspecto austero y calcinado de Arabia".

El Señor del Vignemale

Sin embargo, la felicidad de Russell resultaría completa en el mes de febrero de 1889, cuando los siete municipios de la Comisión Sindical de Barèges, con el beneplácito del Prefecto de Hautes-Pyrénées, le concedieron los terrenos del Vignemale en alquiler durante 99 años: una decena de *tresmiles* y 200 ha de glaciario. Todo ello, al precio simbólico de un franco al año por tal concesión... El conde Russell se tomaría esta *bailía* como un reconocimiento a su labor, de carácter más bien simbólico: "Es la única recompensa que jamás hubiese pedido, la única que ambiciono por todo lo que, desde hace años, he gastado aquí arriba en esfuerzos, tiempo y oro". El Vignemale tenía ahora a su incontestable *Señor*...

Ya en la recta postrera de su carrera pirineísta, la mayor parte de las actividades montañeras de Russell-Killough se desarrollaron alrededor de sus cuevas del Vignemale, de las que se sentía más que orgulloso: "Es, ciertamente, la propiedad más elevada de Francia, y, a pesar de su esterilidad, ino la cambiaría por su más bella heredad!". Tanto por clima desfavorable como por mayor comodidad, durante el periodo de cambio de siglo, Russell pernoctó con preferencia en las tres oquedades de Belle-Vue. Mas, no por rebajar su cota, iba a resultar más tibio su encanto por esta montaña: "Me había hecho construir un banco delante de la puerta y, allí, sentado hasta las once de la noche, vi escenas inolvidables de cuentos de duendes... Las nubes, allá abajo, iluminadas y blanqueadas por la luna, subían en copos, en fragmentos de todas las formas imaginables".

El viejo pirineísta seguía recibiendo en su abierto feudo a toda clase de visitas; una de las más destacables, el abate Gaurier, nos legaría una de las últimas descripciones del *Señor del Vignemale*: "Mirada dulce y voz agradable que sólo dice cosas amables, es muy alto y tiene la nariz pelada; aunque generalmente serio, se alegra con facilidad al relatar sus abundantes historias humorísticas; sus gestos son, por lo demás, sobrios, casi tímidos, moviendo poco sus brazos en tanto que es muy expresivo con las manos...".

El adiós de la Pique Longue

El exultante *Príncipe del Pirineo* se despidió de sus dominios en el año 1904. En ese triste estío, aprovechó para subir por trigésimo tercera vez a los 3.298 m de su Pique Longue, donde había hecho levantar una sólida torre de piedras de 3 m de altura. No regresaría ya más al Vignemale: "Cuando, por última vez, paseé mi mirada sobre las nieves deslumbrantes, sobre sus blancas y espléndidas soledades, donde tantos años había gustado alegrías desconocidas en la llanura, una nube me cruzó el corazón y mis ojos se velaron".

Bien pasados los 70 años, el conde Henry Russell-Killough debió de resignarse dolorosamente a contemplar las montañas desde abajo. Los veranos lo verían con frecuencia en Luz, Argelès, Luchon..., y, sobre todo, en Gavarnie, la antesala de su reino perdido. Sin embargo, el destino quiso que falleciese en 1909 a la orilla del Atlántico, lejos de sus dominios del Vignemale. Con Russell desaparecería no sólo el más brillante de los pirineístas, sino una

época de esplendor y todo un estilo de practicar el montañismo. Su muerte señalaba el final de una *edad de oro* para esta cordillera radiante de luz...

Alberto Martínez Embid

Anuario de Montañeros de Aragón 2001-2002, mayo de 2002

1.10. EL PICO DE LAS TEMPESTADES (3.290 M)

Seguramente, los pastores benasqueses que se movían antaño por la región de Ballibierna llamaban a esta cima de otra manera. Sin embargo, hoy no nos ha llegado lo que quizás hubiese sido conocido algo así como "la Punta Negra" o "las Rocas de más Arriba". ¿Era ésta otra montaña sin nombre, o los primeros excursionistas olvidaron preguntar a los que vivían por sus alrededores? Porque, una vez más, se debió a un montañero foráneo esta denominación tan poética con la que ha pasado a los mapas: pico de las Tormentas o de las Tempestades. Unos nombres terribles que merecen una rápida explicación.

El primer ascenso

Como ya casi es acostumbrado, el pirineísta Henry Russell subió el primero a esta montaña en una época en la que casi nadie se perdía por aquellos lugares, salvo los pastores y algún cazador de *sarríos*. Pero este montañero deseaba, desde hacía tiempo, completar una ruta nueva: llegar hasta el pico de Aneto por su costado oriental, siguiendo una cresta que desde abajo parecía sencilla a simple vista. En el año 1865 ya lo había intentado en solitario, alcanzando el conocido luego como pico de Russell (3.205 m). Sin embargo, los abismos de la después llamada Brecha de Russell (3.155 m) le frenaron en seco, haciéndole aplazar su proyecto. Doce años más tarde, retomaba su idea, aunque ahora llegaba a los *Montes Malditos* con refuerzos: acompañado por un célebre guía de los Pirineos llamado Célestin Passet, del pueblo de Gavarnie.

En la correspondiente aproximación, los dos montañeros tuvieron que sufrir un tiempo espantoso, que casi les hizo desistir de ese sueño de Henry Russell de llegar al Aneto desde el E, sin pasar por el Puente de Mahoma. Bajo unas tormentas eléctricas horribles, tuvieron que cobijarse bajo un gran bloque de granito del Ibón Inferior de Llosás (2.493 m). A la mañana siguiente, el plan original consistía en retomar esa cresta al otro lado de la brecha que detuvo a Henry Russell en 1865. Un vendaval casi les impide la ascensión, llegando a ponerles las cosas muy difíciles. Medio congelados, el señor y su guía llegaron así a una cima de aspecto desolado que, dado el clima tan hosco que imperaba, decidieron bautizar como pico de las Tempestades o de las Tormentas (3.289 m). Todo un gigante de los Pirineos que, hasta aquella mañana del 20 de agosto de 1877, a nadie había seducido.

Russell y Passet fueron muy posiblemente los primeros humanos que se asomaron a sus abismos septentrionales, que daban directamente al vertiginoso glaciar de Tempestades. Sin embargo, su objetivo no podría ser

completado en este segundo intento, pues el pico de Aneto quedaba todavía muy alejado. Además, presentaba otro obstáculo que impedía seguir sin afrontar una escalada terrible: la llamada Brecha de las Tempestades (3.202 m). Así, la cresta integral por el este hasta el *Monarca del Pirineo* sería un nuevo reto para los escaladores de comienzos del siglo XX.

Por ello, Henry Russell tuvo que resignarse por segunda vez y dar la orden de retirarse a Llosás, no sin antes predecir, con poco acierto, que, puesto que los vientos soplaban allí de un modo tan atroz, y la muralla de roca se mostraba tan delgada, no tardaría nada en ser demolida por la propia naturaleza. Porque, evidentemente, el pico de las Tempestades ha sobrevivido a la furia de los elementos y espera a sus visitantes con serena benevolencia.

Si alguien desea conocer más detalles de esta apasionante historia sobre la conquista de una montaña por los *señores de la escalada*, recomiendo que no deje de seguirla a través del libro: *Aneto. El Monarca del Pirineo* (Desnivel, 2002), de nuestro amigo Alberto Martínez. Vale la pena, os lo aseguro.

Un ascenso moderno

Mi encuentro con esta montaña de Benasque, 124 años más tarde que Henry Russell, fue del todo casual: el 24 de junio de 2001, estaba previsto que nuestro club *Montañeros de Aragón* llevase un grupo a la cumbre del cercano pico de Russell. Sin embargo, unos amigos que encontramos en el Puente de Coronas nos dijeron que el corredor de subida a esta última cima estaba en mal estado: sobre el terreno cambiamos de planes, dirigiendo nuestras miradas hacia el cercano y accesible pico de las Tempestades.

Antes de nada, hay que decir que llegar hasta el final de la pista de Ballibierna haría precisa la utilización de dos microbuses que alquilamos en Benasque. Estos vehículos nos dejaron en el lugar convenido del Puente de Coronas, junto al pequeño refugio de pescadores de Ballibierna, sobre las 09 h 35': con sus conductores, se acordó volver a este mismo punto de recogida sobre las 18 h 30'. El lugar traía buenos recuerdos a muchos de nosotros, pues por aquí pasaba la GR-11.

Salimos del Puente de Coronas (2.000 m) sobre las 09 h 50', siguiendo la senda hasta el llano llamado la Pleta de Llosás (2.220 m), con vistas excelentes de los picos de Aneto, de Tempestades, de Margalida y de Russell. Desde este prado encantador, no quedaba muy lejos el Ibón Inferior de Llosás (2.493 m), donde Henry Russell pasó la noche, instalado en una de esas grandes rocas de aspecto de hipopótamo que tanto abundan por allí. En ambos lugares fue preciso que realizáramos sendas paradas de reagrupamiento, ya que las cuestas iban estirando cada vez más a nuestro sudoroso grupo. Además, el sol refulgía con fuerza, sacando tonos rojizos a nuestra piel. El mal estado físico de dos o tres excursionistas iría lastrando sobremanera el ritmo de la ascensión. Sin embargo, el buen tiempo reinante animó a todos a proseguir hacia las zonas altas. Únicamente un poco más arriba del segundo Ibón de Llosás (2.540 m), uno de nuestros compañeros se quedó allí para no retrasar la marcha e hipotecar las posibilidades de hacer cima, el gran deseo de todos los montañeros.

El resto prosiguió por unas rampas de granito hacia la arista S del pico de las Tempestades. Ya a la vista de esta cima, y en el límite de las nieves, se hizo la clásica parada para almorzar, tan agradecida en nuestro gremio. Sobre las 13 h, continuamos la ascensión hacia las laderas del costado SE de nuestro objetivo: abriendo amplias huellas en la nieve por relevos, llegamos con rapidez a la pirámide rocosa del pico de las Tempestades (3.290 m). El tramo final exigiría cierto cuidado, obligando a echar las manos a los bloques inestables de granito, que se empinaban un tanto hacia el final. Sin ningún problema, los primeros ascensionistas hollaron su cumbre allá las 15 h. Los panoramas sobre el cercano Aneto o la cresta de Salenques eran fabulosos. Por no olvidarnos de otras muchas montañas elegantes como el pico de Ballibierna o el Salbaguardia.

En la cumbre, tras las fotos de rigor y el almuerzo en alegre compañía, se nombró *Caballeros de los 3.000 metros* a dos neófitos. Esta tradición consiste en que todos aquéllos que nunca han sobrepasado esta mágica cifra, reciben de rodillas un golpecito en el hombro, por parte del compañero más veterano del grupo. Y, luego, cuando se vuelve al llano, los recién nombrados deberán invitar a cava a sus acompañantes. Aunque, en lo que se refiere a esta última parte de la costumbre, suele más bien olvidarse.

Tras cerciorarnos de que no dejábamos en la cima de esta bella montaña basura ni resto alguno de nuestra presencia, iniciamos el descenso con todos nuestros sentidos en guardia. Porque, ya se sabe: una ascensión no finaliza cuando llegas a la cumbre, sino cuando has alcanzado el valle.

Carmen Gómez Loma

Aragón turístico y monumental, nº 355, junio de 2002

1.11. FLORES DE RUSSELL

Habitualmente, los pirineístas han sido grandes defensores de la flora de las alturas. Abusando, una vez más, de mi declarada fijación *russelliana*, citaré cierta anécdota acaecida en el verano de 1877, en el pico de las Tempestades (3.241 m): Henry Russell y Célestin Passet acababan de apuntarse la primera ascensión a esta cima benasquesa. Puesto que no se podía proseguir hacia el Aneto, Russell decidió retirarse: "Conformándonos, bajamos tan deprisa que ni nos dimos cuenta de que pasábamos por encima de unas pobres florecillas; los pétalos rojos de *Ranunculus glacialis* volaron por todo, haciéndonos sentir poco menos que culpables de asesinato". No sería éste el único testimonio del respeto por las humildes plantas pirenaicas. Así, en los años treinta, el célebre escalador galo Henri Lamathe escribía estas afectuosas líneas en su favor: "Parece que los escaladores, más que los demás, reservan un sitio aparte en su corazón para las flores de montaña. Es así porque la visión que tienen de ellas, en general con las formas más insospechadas y en los lugares más desnudos y austeros, les aporta la más maravillosa de las alegrías: la sonrisa dulce del amigo que comprende y que reconforta, la ternura sencilla del corazón que se entrega sin nada a cambio. Y después, ¿por qué no decirlo?,

estas flores de las cumbres, tan discretas como embriagadoras, las interpretamos a nuestra manera: tan cerca de nosotros por el ciclo de su vida, no dejan de ser un reflejo de nuestra existencia”.

Alberto Martínez Embid

Heraldo de Huesca, 9 de octubre de 2002

1.12. LOS SIEMPRE MISTERIOSOS PICOS DE CULFREDA

Muchas de las montañas del valle de Chistau han vivido en el plácido sueño del olvido hasta fechas no demasiado lejanas. Así, el aislamiento del valle del Cinqueta le supondría una defensa tanto contra las lanzas de las incursiones del Islam..., como contra los más pacíficos *bastones herrados* de los pioneros del pirineísmo. Y es que los montañeros del país vecino sólo podían allegarse hasta las elevaciones chistabinas a través del puerto de Plan (2.527 m): los demás pasos se reservaban para la gente hábil del lugar.

Primeros viajeros en Chistau

En el año 1767, el viajero galo Guillaume Lamoignon de Malesherbes (futuro abogado defensor de Luis XVI), cruzó desde Rioumajou hasta la vega del Cinqueta, con ánimo de estudiar su flora y minería. Refiriéndose al cambio de vertiente efectuado, Malesherbes reseñaría que “las alturas del puerto, o de la gran cresta, son muy estrechas; es sinuoso y las piedras son de roca”. Poco más iba a informar sobre las deslumbrantes montañas que le rodeaban, limitándose a apuntar lo escarpado que resultaba el valle que llevaba hasta San Juan de Plan. Un cuarto de siglo más tarde, este panorama montañoso nos lo hubiese podido describir el capitán Vicente de Heredia, quien penetró en Chistau, pero por el S... Sin embargo, la llamada Guerra contra la Convención estaba a punto de estallar, y el geodésico vería interrumpidos sus trabajos para la Comisión de Delimitación de Fronteras en ese preciso lugar.

Casi coetáneo suyo, el comisario real Francisco de Zamora subió en 1794 para inspeccionar las defensas de la zona alta de los puertos de Chistau, enterándose de que “en lo fuerte del verano, que es cuando el tiempo lo permite, se ponen unos observadores en el elevado pico que llaman el Castillo sobre el puerto de Aura”. De esta forma, podríamos tener noticia temprana de alguna de las elevaciones que daban forma al perímetro de Chistau –la Peña Blanca (2.683 m)–, desde donde los soldados del Ejército de Aragón vigilarían los movimientos del enemigo en los collados de la Pez, de la Madera y de Plan. El mismo Zamora se allegó hasta el puerto de Ordiceto (2.420 m) un 17 de noviembre, no destacando nada en especial de las cimas circundantes... ¡Por allí no atacarían los franceses!

Reconocimiento del cordal del Culfreda

En esta tónica de injusto olvido, puede considerarse a una montaña fronteriza de más de 3.000 m de cota, tan aislada como elegante. Así, el vecino por occidente del pico de Bachimala posee una cima triple y un nombre

doblado: Batoua en Francia; Culfreda en España. Una vez más, hablar de una cumbre pirenaica traerá el recuerdo del conde Russell, su más que posible conquistador. A mediados de agosto de 1864, este explorador de la cadena sitiaba dicho resalte con la ayuda de Firmin Barrau y Exuper Tardos. En el viaje de aproximación, en tanto que pasaba desde el puerto de Aigues Tortes (2.615 m); desde aquí, padecieron cierto descenso complicado hacia el puerto de la Madera por la garganta de la Pez; una región que les parecería "un desierto de pendientes casi nulas pero muy largas".

Conquista del Pico de Batoua

Tras pasar al Hospital de Rioumajou, el grupo de Russell ganaría el pico Culfreda (3.034 m) un 18 de agosto de 1864, en una "ascensión fácil y muy bella, pero larga y fatigosa". En cuanto al vértice conquistado, Russell se referiría a él como "totalmente negro, se diría que es una muralla monstruosa de metal que parece asustar al cielo; tiene la forma de un león recostado, pero amenazador, cuya cabeza está a la izquierda (al nordeste) y la cola al sudoeste". La ruta seguida subiría por Francia desde el bosque de Péguère, recorriendo el torrente de Batoua: ganando la frontera, completaron la larga arista ("interminable pero sin peligro"). Las impresiones de Russell sobre la cumbre, merecen ser reproducidas por su *mística*: "Silencio extraño y absoluto... Me alegré de estar allí a una hora semejante, en una jornada tan bella: durante un instante, parece que éste es el sitio natural del hombre, puesto que su alma aquí se calma tanto y se purifica. ¡Ninguna pasión puede despertarse en las alturas, salvo el entusiasmo!".

Nuevas ascensiones por el Alto Cinqueta

La campaña de reconocimiento emprendida por el conde Russell en el flanco N de Chistau en 1864, no se detuvo en la cima del Culfreda: antes de dejar estas montañas, todavía se apuntaba la *primera* al pico de Lustou (3.023 m), un resalte casi tan misterioso y desdeñado... Después de los tanteos de reconocimiento de su gran amigo, el británico Charles Packe, Henry Russell tuvo mucho que ver en la exploración del Alto Cinqueta, visitando en diversas ocasiones Posets, el pico de Bachimala y el de Eriste, el ibón de Millaris, el Tucón Royo. El futuro *Señor del Vignemale* no se privaría de recomendar la ascensión al Culfreda por la hoy *normal* desde Chistau. Su consejo sería seguido, aunque ya en el año 1892, por su discípulo, el barón Bertrand de Lassus: el noble alcanzó el grupo del Batoua tras encaramarse también al Bachimala en el curso de una larga campaña a través de los Pirineos centrales. Con estas ascensiones, el Alto Cinqueta parecía quedar abierto al turismo francés..., en espera de la arribada del nacional.

Alberto Martínez Embid

Heraldo de Aragón, 11 de noviembre de 2002

1.13. EN TORNO AL PICO DE ALBA (3.118 M)

*Como una llama suspendida
sobre mi jornada, oh pico de Alba,
llevas la llama blanca
de las nieves en su extensión.
Mucho mejor que el sol de agosto,
tú aclaras mis pensamientos.
Todo el ardor de este día,
en tu cielo está concentrado.*

Rosa Bailly, *Pastorale de la Maladetta* (1939)

En el espinazo nordeste de los Montes Malditos, se alza una cumbre que merece mucha mayor atención que la que recibe en la actualidad. Allí, contra sus recortadas aristas, se encuentra el primer baluarte que defiende al macizo del Aneto por occidente; una suerte de vigía adelantado sobre la vega del Ésera, ese río desbocado que casi se enrosca en torno suyo. Sus 3.118 m de granito, cercados por otras eminencias calcáreas, ocupan el centro de tres aristas muy características que los sustentan por el N, desde la Tuca Blanca (2.855 m); por el SO, desde el Diente de Alba (3.136 m); y por el SE, desde su célebre *Arista de los Quince Gendarmes*... Estamos hablando, como casi todos habrán adivinado, del elegante pico de Alba.

Nociones de toponimia

La toponimia de esta montaña caprichosa ha sido propicia para originar, en torno suyo, la confusión: a despecho de lo que popularmente se cree, este contrafuerte occidental de la Maladeta, no recibió su nombre para honrar a la duquesa de Alba en 1801, pues esta aristócrata jamás llegó a concretar su visita a los Baños de Benasque que le preparase su amigo, el ministro Antonio Cornel Ferraz. Dicha denominación existía desde mucho tiempo antes, dado que el mapa de Delisle (1712), ya hablaba del "puerto de Alba"; y tanto Guillaume de Malesherbes (1767) como Louis Ramond (1787) citaron el "valle de Alba" en sus escritos. Por añadidura, el estudioso benasqués, Vicente Juste, que investigó en los archivos de la Casa de Alba, tampoco descubrió referencia alguna de tan aireado como supuesto viaje de la decimotercera duquesa... Por el contrario, la existencia de vetas de mármol en estos contornos, justificarían un apelativo mucho más descriptivo..., que se extiende al cercano Diente, de 3.136 m, y a la Muela, de 3.118 m.

Las invitaciones a su conquista

Pero, a pesar de llamar tan tempranamente la atención de los pirineístas, el pico de Alba tuvo que aguardar bastante tiempo antes de recibir visitas. En el año 1866, su futuro conquistador, Henry Russell, se ocupaba de las indicaciones a los hipotéticos excursionistas hacia esta cumbre tan fuera de los circuitos, y que no había sido *digna* ni de que el ingeniero militar Coraboeuf estimase de forma trigonométrica su altitud... En *Les grandes ascensiones des*

Pyrénées (1866), Russell nos explicaría que “el pico de Alba (3.280 m) es accesible en 3 h desde la Renclusa, dirección sudoeste; el hacha y la cuerda son indispensables”. Por lo demás, aun antes de ser ascendido, en el pico de Alba se iniciaba el *baile* se su cota de altitud...

La primera de Henry Russell

Pasaron los años, y nadie sintió curiosidad por seguir unas indicaciones que, con toda seguridad, Russell pudo obtener de su amigo Charles Packe, un excepcional conocedor de toda aquella región ribagorzana. Decepcionado por el escaso éxito de su invitación para conocer un pico de Alba al que rectificó su altitud y dio 3.096 m respecto al mar, el gran pirineísta se decidió a tentar su primera, dos veranos después. Así, desde su primera edición de los *Souvenirs d'un montagnard* (1878), Russell nos haría partícipes de la primera visita *certificada* hasta su remate..., pues, con toda probabilidad, algún cazador de sarrios benasqués bien pudo encaramarse a sus peñas, ya fuese para reconocer sus terrenos de caza, ya fuese por curiosidad. En cualquier caso, de este modo discurrió la conquista del pico de Alba:

“Bella punta abandonada, la más occidental de los *Montes Malditos*; he aquí la ruta. Dormid en la Renclusa y, al día siguiente, en lugar de tomar al S la dirección del Aneto, subid gradualmente al S del roquedal de Paderna, siguiendo la línea O, en el valle donde, con tiempo tranquilo, no se escucha el menor ruido. ¡Cuán en calma estaba todo, la hierba elástica y suave, cuando subí con Haurillon en una veraniega jornada de julio de 1868, tanto por césped aterciopelado como por bellos neveros que rutilaban al sol! El tiempo era pesado como al mediodía en el ecuador; comprimido entre orillas esmeraldas, corría, sin el más ligero murmullo, cuadruplicando las distancias a fuerza de serpentear sobre sí mismo, un arroyo de una transparencia admirable. Dejando a la izquierda la Maladeta propiamente dicha, cuya cima se escondía bajo la convexidad de su glaciar tristemente azulado, subimos al SO sobre unas colinas graníticas a las que invadía cada vez más la nieve, de forma que fuimos cercados por ella enseguida. Allí, quince sarrios desfilaron ante nosotros, aproximadamente a 500 m. Al fin, a 2 h de la Renclusa, pudimos tocar con los dedos los roquedos del pico de Alba, que ascendimos por el costado N, por una cresta ondulada y más o menos triturada, aunque ancha: por lo demás, la roca era de buen granito, que no calcáreo, como le sucedía más abajo a la Tuca Blanca. En menos de 3 h en total, la cima de Alba estaba vencida. La vista era soberbia, más extensa que desde el Aneto, sobre las regiones de Benasque y de Ballibierna, donde aparecían por el S las tres cuartas partes del bello lago de Cregüeña, con todo un archipiélago de hielos flotantes. El frío se volvió muy vivo, aunque en Luchon hizo aquel día más de 30° C; hicimos un breve alto y descendimos atravesando de O a E todo el glaciar de la Maladeta”.

La ascensión de Mallada

Pero esta montaña sería importante para el incipiente pirineísmo aragonés: su *primera* nacional, bien pudo haberla realizado el ingeniero de

minas Lucas Mallada y Pueyo. El oscense jamás especificó qué cimas había ascendido o no, por lo que resulta complicado saber con certeza si sus informes fueron obtenidos a partir de algún libro francés o de indicaciones realizadas por cazadores locales. Mas el registro que aportó de la máxima en la sombra sobre su cúspide (13° C) y la descripción del panorama, insinuarían que, de ser real, su visita se concretó un 9 de agosto de 1877:

“Generalmente, las nubes altas y las nieblas se extienden más abundantes y espesas por los valles franceses que por los españoles, como naturalmente debe suceder; y entonces no es raro presenciar desde nuestras montañas otro fenómeno tan curioso como el que admiramos desde lo alto del pico de Alba el 9 de agosto del año anterior. Los valles pirenaicos de Aragón y Cataluña, mejor dicho, las provincias de Huesca y Lérida, recibían los ardientes rayos del sol, sin que la nubecilla ni el celaje más pequeño enturbiasen su atmósfera de un azul intenso. En cambio, apretadas nieblas llenaban los valles franceses de los Altos Pirineos y Alto Garona, y todo el espacioso territorio de la nación vecina que se descubría desde aquel pico, aparecía como envuelto en perfecta calma bajo un inmenso manto de nieve, pues sólo a la blancura de ésta era comparable la de sus nubes amontonadas y vistas a más de 3.000 m de altitud al reflejo de la brillante luz del mediodía. Cuando un soplo ligero de viento agitaba algún tanto aquel nublado, emergían cual si se alzaran de las entrañas de la tierra, varios picos aislados que no tardaban en volver a quedar ocultos: yendo en aumento la corriente de aire, algunas nubes se reflejaban en sus redondeados contornos con tenues sombras agrisadas, y una nueva ilusión dejaba embargados los sentidos. En vez de un extenso campo de nieve, olas de un embravecido mar, cien veces mayores que las más agitadas del Océano, parecían estrellarse contra las cumbres de las montañas, que asomaban entre la bruma, como arrecifes, peñones e islotes junto a una costa escarpada. De nuevo cesaba el viento, y otra vez más nos parecía ver sepultado entre nieve al hermoso país cuyas montañas acabábamos de vislumbrar”.

Una excursión al pico de Alba

Quienes, tras estos breves jalones de historia, sientan curiosidad y deseen alejarse de otras cumbres saturadas, y conocer un rincón todavía salvaje del valle del alto Ésera, he aquí algunas rápidas pinceladas... Además de sus evidentes accesos desde el Hospital de Benasque (1.758 m) y desde la Renclusa (2.140 m), los Baños de Benasque (1.670 m) ofrecen un buen punto de partida. El itinerario, que contornea la base del Turonet de Alba (2.025 m), sigue una ruta marcada con hitos de piedra y un sendero hacia el E, que pasa por los ibones de Alba (2.260 m), con la cresta de los Quince Gendarmes por el S, un paraíso para los escaladores más clásicos. Desde los referidos ibones, será preciso apuntar hacia la Brecha Norte de Alba, abierta entre la Tuca Blanca de Paderna y nuestro objetivo. Así ganaremos el fondo de la garganta de Alba, accediendo al pico de Alba desde sus roquedos septentrionales, donde es preciso una breve, aunque divertida, trepada. En total, son 1.450 m de desnivel y 4 h 30' de excursión, por unos parajes en los que, con frecuencia,

sólo saludaremos a los *sarrios* y a las marmotas... Todo un lujo al alcance de nuestras piernas.

Luis Martínez Roche

Aragón turístico y monumental, nº 354, diciembre de 2002

1.14. LA QUIJADA DE PONDIELLOS

—¡Esto es un infierno!

La tempestad asedia a Henry Russell, una de esas tormentas a las que está tan acostumbrado, que casi desea, mientras siente cómo las fuerzas de la naturaleza lo envuelven transformándolo en un elemento más, fuego, aire, hielo, en una armonía tan hermosa como terrible... El Conde, poeta y padre del pirineísmo más romántico, bautizó de este modo, en 1867, a esa inmensa mandíbula que se cierne sobre los ibones helados de Pondiellos y los Azules. El nombre ha perdurado y pocos conocen hoy a estas cimas con otro nombre que el de Picos del Infierno, pero es fácil perdonar a Russell tal desatino, siquiera sea por el amor que siempre mostró hacia nuestros Pirineos.

La travesía circular a la Quijada de Pondiellos es uno de los más hermosos periplos, un encuentro con la alta montaña que labrará en nuestra memoria recuerdos imperecederos. Excursión muy dura, 9 ó 10 h de marcha efectiva, y exigente, pues requiere sólida experiencia y material adecuado si aún persiste la nieve en las cotas altas.

Es casi de noche. Las primeras luces iluminan las crestas por encima de las Argualas; abajo queda el Balneario sumido aún en la oscuridad: sólo hace unos minutos hemos ascendido una amplia escalinata, junto al Hotel Mediodía, en cuyo rellano superior se abre un camino bien marcado que conduce a la Fuente del Estómago y a los ibones de Brazato. Es una pista generosa, con algunos bancos escondidos entre la fronda; tras las primeras revueltas, nace, a la izquierda, una nueva vereda casi horizontal y de piso atormentado, que nos conducirá en un instante junto a un muro para la contención de aludes. Hemos de cruzar, justo por encima, al otro lado del torrente hasta reencontrar el camino que se introduce decididamente en el barranco de Bachimaña. Una señal nos advierte pronto de la proximidad de un mirador sobre la cascada del Pino (Salto dero Pino): merece la pena tomar un respiro prematuro para admirar la caída del torrente que se desploma bravío hacia las praderas de los baños.

Prosigamos; inmediatamente, cruzaremos el río por un puentecillo de piedra y nos uniremos a otro camino que viene directamente de la Casa de Piedra, en el Balneario. Seguiremos ascendiendo, próximos al cauce del barranco, rodeados por un marco fascinante que agua y hielo han tallado en el granito. Las cascadas se suceden entre bloques ciclópeos sobre los que la erosión ha dibujado una curiosa labor de encaje; el pino negro pugna por la supervivencia en este mundo de piedra que, tras cernirse como una bóveda inconclusa sobre nuestras cabezas, se abre de repente en una dulce pradera. Es O Bozuelo, punto estratégico en el que será fácil encontrar algunas tiendas

en cuyo interior se remueven algunos montañeros aún somnolientos. Un estrecho sendero confluye en el llano por la derecha: también sube desde el Balneario, como un alcorce quizá más cómodo pero poco elocuente.

El camino continúa, siempre por la margen derecha del Caldarés, remonta un enorme risco anclado sobre la garganta y desciende al otro lado unos metros; después se dirige sin titubeos hacia el fondo del gran anfiteatro que reprime al circo lacustre de Bachimaña. Habremos de superar su fuerte desnivel por la izquierda, junto al Salto dero Flaire: olvidaremos prisas..., y pausas. Apenas 1 h 30' ha transcurrido desde nuestra partida y dominamos ya el ibón bajo de Bachimaña; un poco más y nos detendremos para admirar la espléndida vista panorámica que rodea al ibón principal: hacia Oriente, agazapadas entre gigantescos domos, desnudos ya de vegetación, se alzan la pared Oeste de O Peñón y la Peña de Xuans; enfrente, un vallecillo tributario de Bachimaña que alberga a los ibones de Gramatuero, sobre cuyo lago inferior se alza el Pico de Patarniello (Peterneille). Al N, una gran cúpula tapizada de prados nos esconde los lagos de Pecico y la impresionante cara S de la Gran Facha, erguida sobre el vecino puerto de Marcadau. Más a la izquierda, punta Zarre se revela majestuosa y, aunque reserva celosa sus mejores perspectivas, guiará nuestros pasos como la estrella de Belén mientras rodeamos el Gran Bachimaña.

En la cola del ibón, el camino, apenas marcado, gira descaradamente hacia el O: en la bifurcación, la rama principal trepa hacia los lagos Azules y hacia el collado de Tebarrai, que nos seduce ilusoriamente próximo. Falta más de lo que parece, pero nuestra ya larga excursión estará constantemente amenizada por sugestivas imágenes: el ibón Azul Baxo, encantador, el Alto, en el que acaso aún persistan grandes témpanos y en el que se refleja, con toda su grandiosidad, la cumbre tricéfala de la Quijada de Pondiellos. Más tarde llegará una visión fugaz del glaciar, todavía surcado por algunas grietas; una reliquia de hielo que se debate con agonía negándose a desaparecer.

El collado de Tebarrai es la puerta mágica que nos abre al mundo de la alta montaña. Si hasta aquí hemos llegado sin más bagaje que nuestro entusiasmo, necesitaremos a partir de ahora toda la prudencia y la experiencia de curtidos montañeros. El ibón de Tebarrai yace dormido a nuestros pies, como un gran pozo cubierto de aguas negras y misteriosas, prestas a engullir la vana prepotencia de los humanos enfermos de necedad y soberbia. Pero si nuestros pies se cobijan en buenas botas, la mano sujeta con firmeza un piolet y la confianza justificada anida en nuestra mente, emprenderemos una juiciosa subida en diagonal, bajo la atenta mirada del Garmo Blanco, al que rodearemos hasta alcanzar la cresta cimera de la Quijada de Pondiellos. Atrás y a la derecha ha quedado el pico de Piedrafita; junto a él, se adivina el descenso hacia la cuenca de Respomuso. A nuestra izquierda, se extienden algunos gendarmes de la arista entre el Garmo Blanco y el pico Occidental de l'Infierno (3.073 m): si no deseamos emplear las manos, conviene evitar la línea de la cresta antes de alcanzar el filo casi horizontal que une esta primera punta con la del pico Central (3.082 m).

La cumbre. Por fin. A nuestra derecha se hunde una placa de roca clara, As Marmoleras, dominando la depresión de los ibones de Pondiellos y, de la otra vertiente, el glaciar nos brinda su faz brillante, abrazado por un collar de rocas. Un poco más allá, el pico Oriental (3.076 me) se dejará vencer en pocos minutos más, una insignificancia, comparada con las 5 ó 6 h que nos habrá costado llegar hasta aquí.

Afrontaremos el descenso en dirección al collado de Pondiellos, entre el pico del mismo nombre y el de Garmo Negro, señor de las Argualas. Podemos descender hacia ese paso directamente por la vertiente S de la cima Central, entre el corredor y la arista. La pendiente se acrecienta y turba nuestro ánimo, pero apenas será preciso recurrir a las manos; por el contrario, es preciso vigilar el asiento de nuestros pies sobre numerosos cascotes sueltos, que pueden desprenderse y dañar a nuestros compañeros. Se alcanza rápidamente el collado y, con él, una majestuosa visión del entorno del Balneario. Hemos de perder altura por la izquierda del barranco, orientados por algunos hitos de piedra, hasta salvar algunos cortados que defienden el acceso a la Mallata Alta deras Argualas. Muy pronto hallaremos trazas de sendero y, enseguida, los primeros árboles que crecen entre arroyos risueños y briosas cascadas por encima del ibón de los Baños, al que retornaremos tras una inmensa jornada, uno de esos días cuyo recuerdo nos acompañará toda nuestra vida.

José Sierra Usón

Aragón turístico y monumental, nº 356, diciembre de 2003

1.15. LA MEDICIÓN DE LOS GLACIARES DE LITEROLA: UNA AMISTOSA POLÉMICA DEL SIGLO XIX

Hubo un tiempo en el que los pioneros de la exploración pirenaica podían medir distancias y superficies, más que con los instrumentos, con el corazón. Así, el inevitable paso hacia la época de los registros científicos conllevaría ciertas tensiones.

Sin duda, uno de los más devotos visitantes de las montañas que separan Benasque de Luchon, fue Henry Russell. Nunca dejó de alabarlas en sus escritos, aunque ello le costase algún *revolcón* por parte de algunos eruditos respondones: "La comparación con los Alpes resulta fastidiosa, y sólo con algo de pena hemos visto a ciertos admiradores de nuestros queridos Pirineos, arriesgarse a formular unas comparaciones un poco forzadas". Era el dictamen de los montañeros más *racionalistas*...

Los fríos registros glaciares

Al menos desde 1870, Jean-Daniel-François *Franz* Schrader estaba interesado en medir las superficies glaciares del Pirineo central. No era tarea sencilla, pues resultaba difícil separar hielos de nieves, en unas superficies muy variables. Las polémicas serían frecuentes: en 1878, tras subir al Perdiguero, Schrader dio unos datos de los neveros circundantes que fueron muy rebatidas por un colega suyo del CAF, que llegó dos años después y

predijo la “cercana desaparición de los glaciares pirenaicos”. Finalmente, los registros del último tercio del siglo XIX, suministrarían ventisqueros mucho más reducidos de lo esperado: “Glaciares de Seil de la Baquo y puerto de Oô (116 ha); Portillon y Perdiguero (104 ha); Literola (48 ha); Lis (232 ha); Crabiules y Maupas (118 ha); S de Boum (44 ha)”.

El enamorado de Literola

Este baile de cifras preocupaba poco al conde Russell. Así, cuando sacó a la calle la edición de 1888 de los *Souvenirs d'un montagnard*, no escatimaría alabanzas a su región de hielos eternos favorita: el sector de Literola-Oô. Aludiendo a su exploración de 1879, le cantarí a los hielos del Lago Helado del Portillón (2.650 m): “A pesar de todos los esplendores de la luz, los montes nevados que se perfilan sobre este cielo negro tienen algo de sepulcral y parecen enormes muertos, solemnemente acostados en la blancura y el silencio. Se dirían inviolables y sagrados”. Para, inmediatamente, encaramarse al pico de Crabioules (3.119 m) y disfrutar de sus glaciares: “¿Cómo no pasear con la vista sobre los millares de picos multicolores o blancos, sobre los neveros sin fin desgarrados por grietas tenebrosas, sobre todos esos lagos helados que, vistos desde semejante altura y desde un punto tan céntrico, dan a esta noble región de los Pirineos el aspecto y el esplendor de los Alpes?”.

Sin embargo, el párrafo que debió de sacar de sus casillas a Schrader, sería el alusivo a la amplitud de los heleros de este macizo: “El glaciar de Literola, que cubre las pendientes meridionales del circo de Lis y precipita en el lago la tierra, las piedras y los escombros de sus morrenas, es muy digno de ser visitado. Forma parte de esta cadena de glaciares que, bajo diferentes nombres, se prolongan sin interrupción sobre una longitud de catorce kilómetros, desde el valle de Caillaouas hasta los abismos floridos de Lis; embalsaman todo con su blancura y su magnificencia, valles, torrentes, lagos y desiertos ondean, se extienden y desbordan, apagados y grandes como la muerte, con el invierno en las entrañas y la gloria en la frente”.

Tratado de paz

Pero la respuesta de Schrader no fue grosera. Muy al contrario, en su trabajo *Sur l'étendue des glaciers des Pyrénées* (1894) le rindió un hermoso homenaje al apasionado Russell:

“Esos glaciares están lejos de las extensiones que antes se les atribuía con los ojos de la imaginación. Hemos llevado a dimensiones más modestas las docenas de kilómetros ininterrumpidos de glaciares que celebraban las generaciones que nos han precedido. Y, a pesar de todo, tenían razón; ellos, que miraban no a través de las cifras, sino a través de su poético entusiasmo. Ellos comprendieron y nos hicieron comprender la particular sublimidad de esos Pirineos. Son ellos quienes nos han hecho brotar del corazón la chispa que nos convirtió en alpinistas y en geógrafos; les debemos nuestro reconocimiento; y, en este momento en que reducimos llanamente a kilómetros y a hectáreas esas blancuras que tantas veces nos proporcionaron el escalofrío de lo infinito, una especie de pesar nos domina”.

Toda una muestra de respeto y de sensibilidad montañera...

Alberto Martínez Embid

Heraldo de Aragón, 29 de enero de 2004

1.16. LAS MISTERIOSAS PRIMERAS AL PERDIGUERO: LOS BALBUCEOS DE UN COLOSO DE GRANITO

De un modo nada comprensible, uno de los gigantes benasqueses, el Perdiguero, resulta una montaña no demasiado visitada. Su estratégica situación, equidistante de los *Montes Malditos* y de Posets, puede tener algo que ver con esta injusticia...

Por desgracia, no se sabe con certeza quién fue el primer humano que holló la cima del Perdiguero. Acaso fuese Friedrich von Parrot, el vencedor de la Maladeta en 1817: sobre el 6 de octubre, justo antes de dejar la región de Benasque, pudo añadir a su palmarés el vértice del Gallinero (2.728 m), así como alguna elevación del sector de Literola, posiblemente el Perdiguero (3.222 m). Sobre 1850, esta cumbre era visitada por otro célebre pirineísta, por el decir de Beraldi en sus *Cent ans aux Pyrénées* (1898-1904): "En las regiones altas de Oô, se sabe que Lézat puso bajo sus pies, con Michot, en ese orgulloso y magnífico observatorio: el Perdiguero. Pero, ¿cuándo?".

El relato más temprano

Los cronistas de las montañas benasquesas han de conformarse con el testimonio de la ascensión de 1863 de Henry Russell al Perdiguero, llevada a cabo "en una época en que era casi desconocido". Partiendo desde el lago de Oô y el lago Helado del Portillón, pasó hasta España y rodeó los abismos septentrionales de esta montaña hasta el collado del Perdiguero (3.110 m): de aquí al remate, sólo le separaba una fácil trepada hacia el S-SO, entre bloques descompuestos. Sobre su punta, Russell hallaría la certeza de que no había sido el primero: "Encontré una torre en la cima. Había sido conquistada, entonces. Esta cima es una de las glorias de los Pirineos; tiene un magnífico aspecto". Por lo demás, su aventura tendría, como colofón, el vertiginoso descenso patinando voluntariamente unos 200 m por una ladera de nieve entre 78° de inclinación, donde se divirtió tanto que "hubiera querido volver a empezar o dejarme resbalar así hasta Luchon". El Perdiguero entraba de un modo afortunado en la historia pirineísta...

La ascensión de ciencia

Su segundo visitante confirmado también sería de postín: *Franz Schrader*. En 1879, accedía a su cima atraído por sus magníficas vistas, "desde donde tanto uno como otro de estos dos grandes macizos, se debían de apercebir mejor que desde cualquier otro lugar; por lo demás, la altitud del Perdiguero tenía que hacer interesante la excursión, y sabía que los dos o tres turistas que ya habían ascendido a esta cima, habían quedado encantados". Pero, una vez arriba, el sabio se dedicaría a realizar las observaciones

científicas que le habían llevado hasta allí: “Esperaba, por lo que decía el mapa francés, hallar el punto culminante del Perdiguero en España; aunque estábamos en la frontera, el lago Helado todavía descansaba a nuestros pies, la cresta de separación de aguas corría en la dirección E-O, sin la menor fractura, por lo que no había ninguna duda: la cumbre del Perdiguero constituía el punto más elevado del departamento de la Haute-Garonne”.

Curiosamente, Schrader utilizaría el mismo sistema de bajada que su antecesor: “Un descenso de 2 h 20’, salpicado de patinazos sobre la nieve y de carreras locas por los pastos, nos llevó hasta las orillas del Ésera, desde donde ganamos, en 20’ más, los Baños de Benasque, ese nido de águilas donde con gusto pasaríamos una semana”.

Se consolida la excursión

La segunda inspección de Russell, en julio de 1881 y junto a Célestin Passet, se llevó a cabo para establecer otra vía por España y el valle de Remuñé. Desde su cumbre, le regaló al Perdiguero una reseña plena de humor: “Este pico es, al mismo tiempo, fácil y peligroso; mejor dicho, pérfido: es un amontonamiento móvil de rocas en equilibrio. Es una ruina gigantesca de piedras planas. Un centenar de hombres podrían demolerlo en menos de un mes (¡imagínad el estruendo!) y un niño podría, con la punta del dedo, poner en movimiento toda una hectárea de piedras, o incluso bloques enormes. ¡El muy traidor! ¡Pero, qué observatorio! ¡Se ven los Pirineos de un extremo al otro!”.

Poco después, esta montaña se incluía en la colección de *invernales* célebres de Roger De Monts y Jean Bazillac: en 1888, Célestin Passet les guió hasta su vértice helado sin grandes problemas. Con semejante padrino, la puerta de la soberbia pirámide del Perdiguero quedaba abierta de par en par...

Alberto Martínez Embid

Heraldo de Aragón, 5 de febrero de 2004

1.17. CIEN AÑOS SIN VILLA RUSSELL

Una vez más, parece que en Aragón hemos sido olvidadizos, para perdernos una excelente ocasión de recordar un evento pirineísta importante. Porque, el 8 de agosto de 1904, Henry Russell realizaba su última estancia en sus cuevas del Vignemale, escribiendo unas bellísimas páginas de despedida de su reino de glaciares eternos: “Cuando, por última vez, paseé la vista sobre las nieves resplandecientes, sobre las blancas y espléndidas soledades, donde tantos años gocé alegrías desconocidas en el llano, una gran nube pasó sobre mi corazón y mis ojos se velaron... A veces se acaba por amar la nieve y las piedras, como si tuvieran un alma bajo los palacios en ruinas de la naturaleza”.

De este modo, todas las asociaciones francesas de cierto prestigio han conmemorado adecuadamente tan nostálgica efeméride: el abandono, por su carismático dueño, de la gruta Villa Russell...

Sin embargo, en esta ocasión, al montañismo hispano le ha salvado la cara cierta iniciativa privada llegada desde Torla. Así, anticipándose al acontecimiento, el 26 de junio se inauguró en el *Hotel Villa Russell* una placa "en homenaje al conde Henry Russell (1834-1909), Señor del Vignemale, escritor, viajero, montañero y enamorado de los Pirineos". El lugar no podía resultar más propicio, pues el novel establecimiento había sido bautizado con el nombre de esa primera gruta del gran pirineísta, que abriera en los flancos de la Pique Longue y sobre los hielos refulgentes de Ossoue en 1882.

Como no podía ser menos, junto al Alcalde de Torla y otras autoridades como José María Mur, presidente de la Comisión de Medio Ambiente del Senado, acudió una importante representación de la vertiente septentrional, encabezada por Monique Dollin du Fresnel, sobrina-nieta de Henry Russell; Louis Lanne, redactor jefe de *Pyrénées*; André y Michelline Labourd...

Por los pelos, el pirineísmo aragonés no ha hecho el ridículo.

Alberto Martínez Embid

Heraldo de Huesca, 28 de septiembre de 2004

1.18. LOS PINZONES DEL VIGNEMALE

En 1882, Henry Russell ya tenía dispuesta la primera de sus cuevas excavadas en los flancos del Clot de la Hount, a 3.205 m de altitud. Un año después, recibía la visita de uno de los más modestos habitantes del glaciar de Ossoue: un pequeño pinzón de las nieves, que acudió para darle la bienvenida. Pero, mejor aún, será permitir al sensible conde Russell relatar estos simpáticos encuentros del Vignemale:

"Después, ya no estuvimos solos... Teníamos un compañero encantador, que venía a almorzar y a cenar con nosotros. Un cariñoso pajarito, evidentemente el mismo siempre, perdido o exiliado en las nieves del Vignemale, venía regularmente a la hora de nuestras comidas, para sacudir vivaz su cabeza ante mi puerta, inclinarla de lado y mirar con ternura como para decir: "¿Puedo comer con vosotros? ¿soy un intruso?", y picotear lo que le echábamos. Como era un polluelo, engordó de un modo inquietante. ¿Me había visto el año anterior? ¿Se acordaba de mí? ¡Oh, cuánto le quería! ¡Uno se vincula tanto a estos pobres animalitos que no tienen idea alguna de la malicia del hombre y que van hacia él sin temor!

"Este pequeño ser, que tanto se fiaba de mí sin conocerme, acabó por enternecerme... Jamás puse mi mano profana sobre estas queridas y confiadas criaturas; eran para mí seres sagrados, y quiero creer que el pájaro del Vignemale conservó de mí un buen recuerdo: la prueba es que, dos meses después, un día que estaba solo en mi caverna, ientró del todo! ¡Se sentía como en su casa!".

Ni que decir tiene, recibiendo tales cuidados, en 1883, Russell tenía toda una bandada de pinzones revoloteando a su alrededor, a los que alimentaba con gusto. Les llamaba: "su familia del Vignemale". La desolación del pirineísta

fue enorme cuando, en una de sus estancias estivales, justo tras un invierno especialmente cruel, no acudieron a verle sus diminutos amigos alados...

Alberto Martínez Embid

Heraldo de Huesca, 3 de mayo de 2005

1.19. LA TUCA DE MULLERES (3.010 M): EL ROSTRO MÁS AMABLE DE UN TRESMIL

Los *tresmiles* de la fabulosa corona de nieve y granito del valle de Benasque, ofrecen todo un abanico de posibilidades de ascensión. Entre las cimas que sobrepasan esta mítica cota, aparece una que destaca de forma rotunda, puesto que reúne factores que suman esfuerzos para atraerle visitantes... Se trata de la Tuca de Mulleres –o Molières–, una prominencia que brinda un fastuoso recorrido entre ibones y parajes extraordinarios, que comporta escasa dificultad y cuya cima premia con unos panoramas de auténtico lujo.

Su nombre –sin relación con las féminas– parece querer apuntar al término *muela* o, lo que es lo mismo, a cierta “montaña de aspecto erizado”..., lo que no se ajustaría en exceso a su benigna orografía. El estudioso Bienvenido Mascaray lo supuso un “topónimo vasco-ribagorzano”. Bien escasamente descriptivo podría ser el uso del vocablo *tuc-tuca* que los toponimistas traducen por *pico*. En cualquier caso, esta elegante mole piramidal se divide en una tríada de aristas que separa vertientes muy distintas: la NE o leridana; la S del valle de Salenques; y la NO de la Escalera de Benasque. Tres universos bien diferenciados que convergen sobre este vértice de granito.

Un poco de historia

La primera ascensión que se conoce sería por iniciativa de Henry Russell y los guías Barrau y Courrège. Un 5 de agosto de 1879, alcanzaron sus rocas cimeras sin ninguna dificultad, lo que hizo comentar al Conde que “se podría hacer subir un asno, siempre que tuviera buen carácter, el ardor de la juventud y algo de amor propio”. Mas para Russell no era la Tuca de Mulleres una montaña para minusvalorar, debido a las vistas excepcionales –“un hallazgo desde el punto de vista pintoresco”, apostillaría el historiador Henri Beraldi– que se observaban desde su remate: “En el horizonte del S, entreveía entre el vapor un rincón de las llanuras caniculares de Aragón. Al sudoeste, el pico de Ballibierna; y todo el espacio comprendido entre él y el Aneto, estaba colmado por las lúgubres y oscuras murallas de la cresta de Tempestades, que en ninguna parte baja más debajo de 3.200 m. El majestuoso panorama de precipicios de los cuales esta arista forma la cumbre en cosa de media legua de longitud, tiene un aspecto verdaderamente espantoso: pocos hay en la naturaleza que estén más cortados a pico, y la blancura de las resplandecientes nieves de las cuales surgen a una altura de 400 a 500 m tan verticalmente como los acantilados del océano, aumenta todavía el horror de

sus tinieblas. Es de una terrible sublimidad. En cuanto al Aneto, hay que verlo desde aquí...”.

El 28 de julio de 1894, Bertrand de Lassus ascendía a la Tuca de Mulleres con Henri Passet y Barthélémy Courrège. En la cima, pocos visitantes habían dejado sus tarjetas desde Russell: Maurice Gourdon y Courrège; Georges Odier y Célestin Passet. Vale la pena reproducir del diario de Lassus cómo discurrió su *cuarta* desde el Plan de Aigualluts: “Subimos rápidamente en dirección al Moulières. Céspedes, resaltes de roca, dos laguitos. Giramos a la derecha, dejando a la izquierda y tras nosotros a la Forcanada. Una serie de largos neveros sin ninguna dificultad; luego un caos de granito nos lleva a la cumbre del pico de Moulières. Muy bella vista hacia el O-SO sobre el macizo de los *Montes Malditos*, picos de Tempestades y de Ballibierna...”.

Acaso, el tercer jalón importante dentro de la pequeña crónica de esta montaña, fuese la inclusión de su itinerario en la parca *Guide Ledormeur* de 1928, lo que le reportaría alguna dosis de popularidad: “Desde Renclusa (4 h): siguiendo la ruta de la Forcanada: primer laguito; larga subida por pendientes suaves hacia el sur, granito, laguitos y neveros. Pic Moulières (3.005 m): vasto panorama, vista destacable sobre los *Montes Malditos*”.

Para entonces, la Tuca de Mulleres ya resultaba familiar a los practicantes del esquí de montaña, merced a las *invernales* de Migot y Prégent (20 de febrero de 1927), y de Guilera, Estasen, Oliveras, Rovira y Roig (25 de diciembre de 1928). Y, enseguida, arribarían las legiones de escaladores, presentes a raíz de la incursión, en septiembre de 1933, del grupo formado por Arlaud, Derrouch, los dos Fazeuilles, Grelier, Lescamela y Marin: abrieron dos itinerarios diferentes, con pasos de IIIº, en un muro de cien metros en su cara E. Un año más tarde, Jean Arlaud y Jean-Victor Parant estrenaban su pared S. La montaña desplegaba así todas sus posibilidades...

Por el valle del Ésera

Ganar esta apacible cumbre desde Benasque, implica partir de la Besurta (1.900 m). El itinerario desdeñará la ruta hacia la Renclusa para dirigirse hacia el sudeste. Pronto descubrimos el enorme agujero calcáreo del Forau de Aigualluts (2.000 m), donde las aguas que se funden del Aneto se pierden en una galería subterránea de 5 km que constituye el origen del río Garona. La cercana cascada de Aigualluts sirve de antesala al Plan (2.050 m) del mismo nombre, desde donde se disfruta de unas afamadas perspectivas del glaciar, pico y acólitos del Aneto. Tomaremos la Valleta de la Escaleta, hacia el E.

Unas rampas cómodas conducen hasta la primera laguna de la Escaleta (2.200 m): aquí desemboca el famoso col de Toro, cuya etimología insinúa que fue por donde penetraron los godos (*gothorum*) desde Arán. El camino lo esquivará para proseguir ganando altura y dejar atrás diversas lagunas menores. Por nuestra izquierda, pasaremos bajo otros dos reputados collados, el de los Aranesos y el de Alfred. Este último portillo es único recuerdo que resta en el Pirineo de Alfred Tonnellé, el conquistador de la Forcanada en 1858..., cima a la que dedicó líneas de amor como sólo se hace con una mujer. Cerrando el circo de la Valleta de Benasque, se alza la prominencia final del

Mulleres, cuyas rocas cimerales ofrecen poca o ninguna resistencia a sus candidatos.

Desde el valle del Noguera Ribagorzana

Por el lado leridano, la excursión brinda no menos encantos. Se parte del mismo Hospital de Viella (1.610 m), para bajar hasta los praderíos de la Pleta de Molières. Es preciso avanzar por la orilla izquierda del torrente de Molières, junto a bellísimas cascadas. Desde el bosque del Espitau, las dulces pendientes comienzan a enderezarse, a la par que se gira hacia el NO. Así se llega a ese circo forrado de piedras y herbazales de la Pleta Nova (1.980 m), donde una muralla sostiene la terraza de los lagos. La venceremos mediante los zigzags que conducen al refugio de Molières.

El sendero desdeña esta pequeña construcción, para apuntar hacia el primero de los cuatro estanquets de Molières (2.349 m). Por nuestra espalda, los Besiberri se reflejan con ostentación en sus aguas, mientras la Tuca de Molières presenta sus impresionantes murallas orientales. Los fuertes repechos apuntan hacia el helero que existe bajo el Cap deth Hèro: tras cruzarlo, se trepará hacia el collado. Plantados sobre el coll de Molières (2.928 m), se materializa el espléndido Aneto, eclipsando a las demás montañas. Proseguimos entre enormes rocas por el lado aragonés de la arista, hasta acceder a la gran torre y la cruz de la cima.

A modo de conclusión

Hoy en día, los amantes del esquí de montaña han incluido a esta montaña –tan propicia para su disciplina– entre sus favoritas. Constituye casi una idolatría... Prueba de ello son esas huellas de esquís presentes en la Valleta de la Escaleta durante todo el invierno. Sin embargo, en la Tuca de Mulleres prevalece su aire de montañismo estival: un *tresmil* amable, ideal para iniciarse o, simplemente, para disfrutar de sus magníficos panoramas. Bien lo preconizó su conquistador, Henry Russell: “La vista es tan espléndida, la ascensión tan simple, que el pico de Mulleres debería convertirse, por excelencia, en el de los montañeros tímidos o delicados que quieren ver maravillas sin mucho esfuerzo”.

La acogedora y generosa Tuca de Mulleres sabe atraerse a la clientela durante todas las épocas del año. Es de justicia, pues le sobran los méritos.

Marta Iturralde Navarro

Aragón turístico y monumental, nº 359, octubre de 2005

1.20. LAS ALEGRES ZAMBRAS DEL HOSPITAL DE BENASQUE: TRES RELATOS DE VIAJEROS DURANTE EL SIGLO XIX

Con frecuencia, las noticias que atañen al Hospital de Benasque, se han visto salpicadas de referencias negativas. Con el inicio de la *era del pirineísmo*, los testimonios hablarían de un albergue poco acogedor para los viajeros: desde Malesherbes en 1767 (“mal acondicionado”) hasta Vaux en 1837

(“miserable cabaña”). Todo ello, sin olvidarse de las alusiones hacia la reiterada destrucción de la casona por cuenta de los aludes que descendían desde Paderna: baste con bucear entre las crónicas de Louis Ramond (1787), de Vincent de Chausenque (1854) o de Henry Russell (1871). No parece extraño que se fueran buscando diversas ubicaciones para dicho cobijo... Sin embargo, a partir de la proliferación de los románticos montañeros de la segunda mitad del siglo XIX, las impresiones sobre las bullangueras veladas del Hospital de Benasque iban a proliferar.

Worms (1859)

En el verano de 1859, el inglés J. Worms emprendía desde Luchon un periplo de traza circular que le llevaría primero hasta Benasque, y luego hasta Viella. Marchaba con un guía y tres compañeros más. Sus *Souvenirs d'Espagne* (1906) retrataron un original Hospital de Benasque, pleno de vida y de sana animación:

“El refugio español, un rústico edificio adosado a la montaña, se utilizaba además como cuartel de guardia de los *carabineros* de la zona. Se componía de una única habitación con una chimenea alta, una mesa y algunos taburetes como toda comodidad. Cerca del fogón apagado, se encontraba sentado un carabinero con su uniforme de cuartel, un quepis, chaqueta amarilla y *alpargatas*. Dicho militar cantaba en voz baja unas canciones extrañas, acompañándose de una guitarra que punteaba, no sin cierta habilidad. Al darse cuenta de que parecíamos estar escuchándole con gusto, pasó a entonar en voz alta una jota vibrante, cuyo ritmo llevaba con la ayuda del pulgar, que golpeaba el vientre de su instrumento. Esta música excitante no tardó nada en producir algún efecto en los demás hombres del puesto, quienes se pusieron a bailar mientras hacían chasquear sus dedos como si fueran castañuelas. Asimismo, se apuntaron algunos civiles de ambos sexos, atraídos por nuestra presencia. Finalmente, nosotros también terminamos por bailar, atrapados por tan deliciosa coreografía, o mejor hubiera que decir saltar a tontas y locas, para gran regocijo de todos los demás. Después de este baile improvisado, ofrecimos a los presentes un almuerzo, que fue aceptado sin remilgos, y nos despedimos de estas gentes garbosas, encantados del inicio de nuestro viaje, que no podría haberse iniciado de forma más simpática, pues bailar con los aduaneros nada más llegar a la frontera, no debe de ser muy habitual”.

Russell (1880)

Nuestro segundo ejemplo está recogido de los célebres *Souvenirs d'un montagnard* (1908) del pirineísta Henry Russell. En el capítulo dedicado al reconocimiento del collado Maldito del 5 de julio de 1880, se detiene para describir el alborozo del Hospital de Benasque. Así discurriría su entretenida pernocta en compañía del luchonés Firmin Barrau:

“Fui a dormir al Hospital de Benasque, emplazado poéticamente en la orilla izquierda del Ésera, en un lugar espléndido –me recuerda mucho al Hospital de Viella–, y a una altitud (1.700 m) donde nunca se sufre por el calor. Siempre hace viento, el cielo está menos nublado que en Francia, y la

elasticidad del aire es tal, que uno se vuelve ligero como un pájaro: esto hace reaccionar incluso al alma. Es un hotel con excelentes camas, cocina a la francesa y vistas magníficas hacia el sur. ¡Qué deliciosa estancia! ¡Qué vida tan tranquila y sana se podría llevar bajo este cielo ideal, sin oír más que el ruido de las cascadas y sin poder leer los periódicos! El Hospital está al sur de un amplio prado horizontal, natural, que se extiende como un lago de verdor en el seno de un mundo de rocas formidables, de abetos seculares, de torrentes, de helechos y de flores; todo ello, dominado por las nieves eternas y por las más altas cimas de los Pirineos. Aunque es salvaje en lo posible, no resulta triste: no es un desierto. En el Hospital, siempre hay aduaneros; su presencia da una animación y una vida extraordinaria: ¡son tan alegres! Por el día, juegan a los bolos; por la tarde, bailan y tocan la guitarra: el resto del tiempo, lo pasan riendo y fumando. Un español melancólico y taciturno es tan raro como un escocés charlatán y buen músico. Existe cierta filosofía en esta manera de tomarse la vida. Es encantadora”.

Oliver-Copons (1897)

Para cerrar estas líneas, disponemos de las vivencias de un comandante de artillería español. Así, a finales de junio de 1897, Eduardo Oliver-Copons pasaba de maniobras con sus cañones Krupp de 75 mm, desde Benasque hasta Arán. En el interior de sus *Impressions d'une marche par la vallée de Venasque et les Pyrénées* (1899), trazaría un cuadro inolvidable de la algarabía en el entorno del centenario albergue:

“El Hospital de Benasque se encuentra en una situación admirable, abrigado de los vientos del norte y delante de un pequeño vallecillo en medio del cual serpentea el río Ésera. El edificio, situado a 1.700 m de altitud y propiedad de la Villa, aparece totalmente carente de belleza y de confort. Es como un gran cuartel desordenado, una mezcla de hotel, de albergue y de casa de obreros, sin otro destino que el de servir de refugio a quienes tienen necesidad de atravesar el puerto en la época de las nieves, por capricho o por las necesidades del comercio. Hay unos establos donde pueden cobijarse unos sesenta bueyes, pero las habitaciones para alquilar son poco numerosas, por lo que debí alojar a mis hombres en unos establos donde, con la hierba seca que para este menester había hecho recoger, pudieron improvisar algunos lechos donde tumbarse. La noche cayó completamente y el espectáculo que ofrecía a esa hora la explanada del Hospital no podría parecer más lleno de originalidad y más fantástico. Sobre unos grandes hornos formados por piedras, se cocían las raciones, en tanto que, más alejados, algunos soldados se habían agrupado en torno a una gran fogata con las mismas ganas con que lo hubieran hecho si hubiesen estado en el mes de diciembre. Con el resplandor rojizo y vacilante de las llamas, se veían dibujar las sombras de quienes estaban al cuidado del material disperso, así como de esos conductores que, tras haber desembarazado a sus bestias de los arreos, iban y venían por el río para darles agua. Quienes no tenían ninguna ocupación, esperaban, reunidos en grupos animados, la hora de comer y la del descanso, tocando la guitarra y la pandereta, cantando alegres coplas con esa jovialidad típica del soldado

español... La humareda, las llamas rojas y temblorosas que describían sobre el terreno las siluetas agrandadas de los objetos, la pálida claridad de la luna que, en algunos momentos salía entre los intervalos recortados de nubes negras, dibujaban los fantásticos contornos de las montañas y hacían momentáneamente tintinear las aguas del río y brillar como un diamante pulido las cimas plateadas del Aneto y de la Maladeta. Los cantos de los soldados, el murmullo de los torrentes y de las cascadas, los relinchos de los caballos que resonaban desde las cuadras; todo ello, formaba un conjunto indescriptible del que con gran dificultad podría uno hacerse idea”.

Ciertamente, el Hospital de Benasque debió de ser siempre un lugar muy festivo...

Alberto Martínez Embid
Guayente, nº 73, invierno de 2005-2006

1.21. EN LAS ENTRAÑAS DEL VIGNEMALE: LAS SIETE CUEVAS DEL CONDE HENRY RUSSELL

Existió un tiempo, no demasiado alejado de nosotros, en el que la pernocta montañera constituía un serio problema. Durante el último tercio del siglo XIX, pasar la noche en los altos pirenaicos suponía el equivalente a una muerte segura: lobos y osos hambrientos, bandidos al acecho, la presencia de los espíritus maléficos de los *loup-garous*... Nadie, en su sano juicio, pensaba en el vivaqueo; ni los contrabandistas más temerarios. Por otra parte, hasta 1860, los contados turistas que se aventuraron por aquellas cumbres se limitarían a ascender, siempre en medio de un gran cortejo de guías y porteadores, los resaltes más reputados como el Aneto o el Monte Perdido. El resto del Pirineo quedaba para las águilas y los rebecos. Con las noches incluidas...

Un aristócrata de ascendencia francoirlandesa llamado Henry Russell-Killough (1834-1909) iba a cambiar tan gris panorama. Viviría una juventud muy agitada como *globetrotter*: cruzó dos veces el cabo de Hornos, recorrió el norte de América desde Québec hasta Nueva Orleans, atravesó Siberia en invierno, exploró las montañas de la Isla Sur de Nueva Zelanda..., ¡y se atrevió a rondar el Kangchenjunga en el temprano 1861! Sin embargo, ninguna de las cordilleras que llegó a cortejar, significaría tanto para él como sus adorados Pirineos. Puesto que el grueso de dicha cadena aparentaba no haber recibido visitas de humanos, el conde Russell se decidió a conquistarla.

Una de las dificultades más severas que debería afrontar este pionero de la exploración pirenaica, serían esos grandes desniveles que entonces brindaban las montañas. Sus cinco primeros años de tanteos le exigieron un desgaste físico considerable. Por fortuna, en 1865 acertó a copiar una especie de saco de dormir confeccionado con pieles de seis corderos que vio a un aduanero benasqués. Con esta *reinención*, por no decir *popularización*, del saco de dormir, buena parte de sus problemas quedaron resueltos. El

conocimiento de las cumbres del Pirineo se aprestaba a conocer su *Edad de Oro* de la mano de Russell y, sobre todo, de su celeberrimo saco.

Aun con todo, vivaquear en cotas altas seguiría constituyendo un reto para los bravos pirineístas de finales del siglo XIX. No es de extrañar que los protagonistas de las *primeras* de sus grandes cimas, soñaran con algo mejor que las precarias cabañas de pastores que hallaban; la mayoría, no demasiado apropiadas... Pronto se comenzó a soñar con habilitar cuevas en las rutas principales de las montañas. Tal sería el caso del *Abri du Mont-Perdu* (3.000 m.) bajo el Cilindro de Marboré; una suerte de visera de roca acondicionada por el *Club Alpin Français* en 1877. Como promotores de tal proyecto, figurarían el omnipresente conde Russell y cierto constructor de Gèdre llamado Étienne Theil. Mas no habían sido los primeros, pues un ruso se les pudo anticipar: el general Chodzko, quien pasó cinco noches a 5.000 m en una cueva excavada sobre la cima del Ararat. ¡La idea no era nueva!: el novelista Henri Beyle *Stendhal* ya dispuso que Julien, protagonista de *Rojo y Negro* (1830), se retirara a vivir a una gruta en las montañas... De cualquier modo, Russell se convertiría en *apóstol* de la construcción de moradas trogloditas. Porque, además de predicar desde sus abundantes trabajos literarios, también se disponía a hacerlo con el ejemplo.

Tras veinte años de pernoctas de altura y de conquistas, el explorador comenzaba a mostrar los primeros síntomas de fatiga. En 1881, decidió tomar una especie de *jubilación anticipada*, para lo cual buscó un digno retiro: el Vignemale, el macizo más alpino de los Montes de Pirene; la primera gran montaña que vieron sus ojos con seis años de edad... Sin meditarlo mucho, llamó a Theil para encargarle que le perforara una cueva a 3.206 m: debajo del Clot de la Hount y a la misma altura que los hielos de Ossoue. Las vistas del glaciar, con el ocaso, iban a ser de excepción!

No resultó empresa fácil. El puñado de obreros de Gèdre que la acometiera, tuvo que retirarse en varias ocasiones hasta su base en Gavarnie como consecuencia de las tormentas. Además, al ser horadada a golpe de mazo y escoplo, fue preciso habilitar una especie de fragua de carbón para reparar las herramientas deterioradas. Por encima de la cota *tresmil*, se entiende... Mas, en el verano de 1882, Henry Russell podía inaugurar un pequeño habitáculo de 2 m de altura al que le añadieron un murete exterior y puerta metálica. No pasaba de ser sino un cubil espartano de 15 m² de superficie: apenas unas repisas primitivas y ganchitos para colgar la ropa; todo, forrado en de mármol. Se bautizaría como *Villa Russell*. Su dueño, creyó alcanzar la felicidad absoluta...

El interés que despertó esta morada cavernícola reactivó todo el macizo, que comenzó a recibir visitas de lo más granado de la *buena sociedad* gala. ¡Russell bromeaba con su propósito de ordenar aquellas pernoctas en el Vignemale mediante oficinas para alquileres! Tal fue el grado de atestamiento, que se vería obligado a seguir con las obras de ampliación: dos grutas más, que pronto flanquearían a la original. En 1885, se estrenaba la *Cueva de los Guías* (8 m²); un año después, la *de las Damas* (7 m²). No fue suficiente... Con el final del siglo XIX, los heleros de Ossoue parecieron volverse locos y crecer:

así, hasta septiembre no quedaban libres de hielo las grutas primitivas. Sin inmutarse por ello, en 1888 el conde Russell mandó excavar tres más al pie del glaciar, sobre la cota 3.378 m. Las designaría como *Belle-Vue* (en suma: 35 m²), por sus magníficos panoramas sobre el Marboré. Finalmente, en 1893 consolidaba su imperio troglodita, tras la perforación mediante dinamita de su cueva más elevada. Se trataba de *Paradis* (24 m²), justo 20 m por debajo de la Pique Longue del Vignemale. En total, su promotor pasaría 153 noches en sus fincas de mármol, sintiéndose a mitad de camino entre el cielo y la tierra.

Mucho hizo el conde Russell en pro de la causa pirineísta. A nadie de su época le resultaría chocante que, como reconocimiento, los municipios del valle de Barèges le obsequiaran en 1889 con una concesión sobre los hielos y las rocas del Vignemale. A cambio del pago de un franco anual, serían suyas durante noventa y nueve años aquellas doscientas hectáreas por encima de los 2.300 m! El viejo pirineísta subió por última vez a sus cuevas de *Belle-Vue* en 1906. Cuando falleció, tres años después, la propiedad de su dominio del Vignemale pasó a su familia, quien se apresuró a donarlo al CAF. Los terrenos fueron devueltos al municipio de Gavarnie en 1988...

Las siete cuevas del conde Russell, aunque en muchos casos desprovistas de sus umbrales de piedras y puertas metálicas, siguen acogiendo a los apasionados de las pernoctas de altura. Nada podría complacer más al gran pirineísta. Bien lo saben quienes le imitan en su búsqueda de intimidad con el Vignemale, cuando las nieves del glaciar de Ossoue se tiñen de rojo con los últimos instantes del crepúsculo...

Alberto Martínez Embid

Revista Ilustrada de Alpinismo Peñalara, nº 516, II trimestre de 2006

1.22. HENRY RUSSELL, HIMALAYISTA: ASEDIO VIRTUAL AL KANGCHENJUNGA EN 1860

En la prehistoria del himalayismo, existen multitud de crónicas sin publicar. Ciertas páginas, redactadas con letra trémula, jamás verán la imprenta, sepultadas en el fondo de algún abismo helado. Con un poco de paciencia, se pueden rescatar otras desde textos insospechados... Tal es el caso de la temprana faceta himalayista del pirineísta por excelencia, el conde Henry Russell (1834-1909). A finales de 1860, estuvo cerca de unir su nombre a la tercera cumbre del Globo.

Los primeros pretendientes del Kangch

Enclavada entre Sikkim y Nepal, el Kangchenjunga (8.586 m), fue siempre una montaña difícil, muy cargada de nieve debido a quedar expuesta al monzón por su flanco sudeste. Antaño, a los *Cinco Tesoros de la Nieve* de sus puntas cimerales, las tribus de su base les llegaron a ofrecer sacrificios humanos... Quien primero se interesó por los valles que rodeaban al *Kangch*, fue el inglés Joseph Hooker. En 1848, este botánico se acercaba al entonces posible *Techo del Mundo* desde el valle del Tamar; un año después, probaría

desde el Rathong y el Teesta. Durante sus infructuosas campañas postreras, pudo contar con la ayuda de otro británico, el doctor Campbell.

En octubre de 1860, Henry Russell se hallaba en Calcuta, con intenciones de "tentar alguna ascensión en el Himalaya". A pesar de lo peligroso del camino, no dudaría en desplazarse hacia Darjiling, planeando asaltar la mayor cumbre que fuese viable: estimaba que ganaría la cota 5.000 m sin problemas, por lo que se juramentó para visitar al menos las bases glaciares de algún coloso. Fascinación inmediata: no bien avistó dicha cadena por el horizonte, se sentiría tentado de "postrarse con orgullo ante tanta sublimidad"... Al fin, en Kursiong podía percibir de frente una montaña que le dijeron se denominaba Kinchinjinga o Kanchanyunga: "Apareció roja como un *iceberg* que se hubiera zambullido en un mar de sangre, alzando verticalmente sus 4.000 m de hielos. Vista a la caída de la tarde, con el fondo azul de las latitudes árticas y sobre su cortinaje de bosques, tenía un aspecto mágico". Se trataba del Kangchenjunga.

En la víspera del asalto

El periplo *russelliano* resultaría sumamente interesante. Viajando de la mano de los *Himalayan journals* de Hooker, pudo recopilar nuevas historias sobre las razas butanesas, nepalíes y tibetanas; crónicas de los porteadores y de los lamas; reseñas sobre las costumbres poliándricas; descripciones madrugadoras de puentes colgantes... En resumen: aventuras que sólo llegarían hasta los lectores con el siglo XX.

La situación política en Darjiling parecía delicada. El superintendente de su Sanatorium era el doctor Campbell, quien llevaba veinte años rondando el Nepal. En aquellos momentos, comandaba una expedición de castigo contra Buthan, al frente de cien cipayos y una pieza artillera. Acampado en Pernionchi, supo de la arribada de Russell, interesándose por su declarado "ardor montañero". Al punto, le prometió, a través de una carta, "proveerle de todo: víveres, porteadores, barómetros, lo que fuese si quería atacar las altas cimas, pues jamás viajero alguno se había situado en una posición tan favorable como él estaba". Para cuando recibió esta noticia, nuestro himalayista había enfermado de gripe y de disentería, debiendo permanecer un mes en la cama...

Durante sus trastornos, Russell no perdería el tiempo. Se dedicó a espiar con un telescopio las grietas y glaciares del Kangchenjunga. También habló con todos los paseantes que pudo, amén de realizar pequeñas excursiones para aclimatarse. Y recopilaría datos del diario de Sherwell, un buen conocedor del entorno de Darjiling. Su ruta quedó trazada por Sikkim: desniveles diarios de 3.000 m, descensos similares, y vuelta a empezar. A modo de ejemplo, se hablaba en la colonia de un grupo de jóvenes ingleses que tardó tres días en trepar con pena hasta el cercano Tonglo (3.300 m).

En cuanto se repusiera, a Russell le aguardaban duras pruebas: tribus revueltas y animales salvajes, idiomas extraños, escasez de agua, cobijos precarios... Pero su moral parecía elevada: "Nada me hubiera impedido tentar un asalto de las defensas terribles del Kinchinjinga". Porque atisbarlo desde su

bungalow constituía un auténtico suplicio... Los avatares bélicos interrumpieron esta empresa: dos mil butaneses habían atacado a la columna de Campbell, matando a un tercio de sus soldados. Tras herir al superintendente, ahora amenazaban con sitiar Darjiling. Y la guerra provocó que arribase la estación menos propicia: cinco o seis meses de brumas y frío. A finales de noviembre, los rebeldes preparaban el cerco de la ciudad, casi sin guarnición. Por ello, Russell decidió volver a Calcuta: un 4 de diciembre, decía adiós al Himalaya desde el collado de Sinchal. Prometió volver algún día, acaso atravesando la cordillera desde Siberia. Sin embargo, nunca llevaría a cabo tal proyecto; el Pirineo le esperaba...

Apóstol del himalayismo en estilo alpino

A pesar de su fiasco, resulta interesante el análisis de Russell sobre el futuro del himalayismo, no carente de cierto candor. Sin saberlo, se erigiría en el primer defensor de las expediciones ligeras: "Cuanto más hombres se añadan, más víveres hay que llevar, más se arriesga uno a ser asaltado o asesinado, y se dispone de menor libertad. Dos hombres deberían bastar a todo explorador, por amplio que fuese su territorio: ni caballos, ni carretas, ni rebaños de corderos o de bueyes... Jamás se hallará suficiente hierba o agua para ellos, y se perderán muchas horas persiguiendo a los que se escapan. Si, tal y como espero, algún día me presento de nuevo en el Himalaya, éste será mi equipo: una mochila con un buen número de botes de carne en conserva suficientemente grandes como para alimentar a un hombre durante un día. Así podría viajar tantas jornadas como botes pudiera portear, añadiendo algunas galletas, un fusil y, finalmente, algunos pares de calcetines y pañuelos en los bolsillos. De ese modo surtido, llevaría conmigo a dos o tres hombres, todo lo más. También acarrearía algún instrumental ligero, sin olvidar la pieza más importante del equipo: una pelliza de piel de zorro comprada en Europa, con la que podría desafiar las noches más frías hasta los 5.000 o los 6.000 m. No tendría necesidad de hacer fuego para cocinar, pues mis alimentos estarían ya cocidos. Con este material, más un poco de valor, perseverancia y buenas piernas, quién sabe hasta dónde llegaría un hombre". Curiosa planificación...

Pero Russell creía tener los pies sobre la tierra: supuso el fracaso en diecinueve de cada veinte ocasiones: isubir a un *ochomil* iba a reclamar paciencia! Y estimaba que sería preciso dedicar al menos una semana para tantear cada flanco de la montaña; entre octubre y enero, cuando el cielo apareciera más sosegado. Mayores dudas expondría sobre el oxígeno en dichas cotas..., a pesar de percibir las voladas de aire sobre la cima del *Kangch* con su telescopio. Pensaba que los peligros reales serían "los precipicios, las crestas como cuchillos y las puntas como agujas de catedrales".

Con estas valientes premisas, no parece descabellado suponer que Russell hubiera podido terminar como un temprano mártir del himalayismo. Sus propósitos marchaban demasiado adelantados a su tiempo. De hecho, el siguiente explorador que intentó acercarse a esta montaña, el teniente Carter en 1861, no logró progresar casi nada. Habrá que situar la planificación de otro asalto en 1883, su contorno en 1899..., y el primer intento realmente serio en

1905. Fue una suerte para el pirineísmo que el idilio de Russell con el *Kangch* no prosperara...

Alberto Martínez Embid

Revista Ilustrada de Alpinismo Peñalara, nº 518, IV trimestre de 2006

1.23. DUELO POR LAS MONTAÑAS

A partir de 1879, muchas cosas cambiaron en los Pirineos... Llegaba una nueva moda: la de trepar hasta las montañas por el lado que, hasta esa fecha, había sido considerado como el *camino erróneo*. El grupo liderado por Henri Brulle y Jean Bazillac descubría los placeres de las caras enriscadas de la montaña. En contraste con las antes preferidas vías *normales*, ahora se buscarían unas emociones que no acostumbraba a brindar el itinerario más seguro, generalmente una pedriza o arista sin dificultad.

En el corredor del Clot de la Hount del Vignemale, sobre el Alto Ara, nació la escalada pirenaica. No todo el mundo la miró con buenos ojos durante sus arranques... Éste sería el caso de Henry Russell, el pronto aclamado como *Señor del Vignemale*. El gran pirineísta sólo aceptaba trepar por una montaña cuando ésta no brindaba otro camino hasta su remate... Así expresó sus ideas desde los *Souvenirs* de 1908:

"No soy –reconocería Russell– de los que en lugar de tratar a las montañas como a amigas y de encontrar en su intimidad una fuente de los más exquisitos placeres, no ven en ellas más que a enemigas pérfidas a las que vencer o a monstruos a los que domar con las armas en la mano, poniendo en peligro su vida y ante las aclamaciones del universo. Para ellos, una ascensión digna de ese nombre no es más que una lucha cuerpo a cuerpo heroica, dramática y casi tan encarnizada como inútil entre el hombre y una montaña.

"Según este nuevo código, no debe de ser más que un duelo a muerte, después del cual todo ha terminado, pues no se vuelve allí jamás. Es bien raro que se repita una ascensión difícil. A lo sumo, la victoria de un día, una acción relámpago y la gloria que sigue. Jamás han tenido otro resultado estas ascensiones vertiginosas. El telón cae y todo queda ya dicho...

"¡He aquí lo que se hace con nuestras montañas! Así, desde hace algunos años, sus nieves se funden a simple vista y hace muy mal tiempo. Están heridas, lloran siempre y están de luto... ¡Ciertamente, no es para eso para lo que Dios las había hecho tan bellas! Es un papel indigno. Es ingratitud, es un ultraje tratarlas así, rechazando la bondad que nos dan y el bien que nos hacen".

Alberto Martínez Embid

Heraldo de Huesca, 21 de noviembre de 2006

1.24. LOS PICOS DE CLARABIDE: BALCONADA DE TRESMILES EN EL MACIZO DE OÔ

En una zona recóndita del Pirineo, se alzan al cielo los tres puntales de los picos de Clarabide. Pero no se trata de ningún osado tridente de granito, emplazado a caballo del valle de Benasque y del Val Louron. De hecho, más de un pireneísta considera excesivo que a su trío de amables vértices, de 3.008, 3.020 y 3.012 m, se les otorgue el honor de ser diferenciados como pico Occidental, Central y Oriental. ¡Se hallan tan próximos, los unos de los otros...! De cualquier forma, en tan particular trilogía del macizo occidental de Oô, la facilidad de acceso desde Estós hace las delicias de no pocos *coleccionistas de tresmiles*. Porque nos hallamos ante unas cumbres acogedoras, siempre dispuestas a recibir a los neófitos para brindarles magníficas perspectivas, tanto de Posets como de Bachimala. Sin olvidarnos del Perdiguero ni de esos colosos que acompañan al Aneto por el este... Es un mirador de privilegio.

Las primeras huellas

No puede decirse que los picos de Clarabide –también llamados de Pouchergues, en Francia– conformen una montaña sin historia. Así, su primera aparición en la crónica del pirineísmo se produciría de la mano del pionero Louis Ramond: un 10 de agosto de 1787, el sabio Henri Reboul le señalaría hacia este cresterío fronterizo desde la cumbre del pic du Midi de Bigorre... “Es la Montaña de Oô y puerto de *Clarbide*, la región de las Sernelhes”, le presentó al explorador alsaciano. Por entonces, se buscaba con ayuda de telescopios al candidato a *Techo del Pirineo*, en unos territorios misteriosos donde las avalanchas lo barrían todo. Ni los cazadores de *ixarsos* más desesperados se acercaban por allí...

La condición de *montañas del demonio* que lucieron las puntas del macizo de Oô desde finales del siglo XVIII, así como sus grandes defensas de hielo azulado y grietas, impedirían todo acercamiento. ¿Y el término *Clarbide* no hacía referencia, en idioma gascón, a la *vista clara* que mostraban sus resaltes relucientes...? Los prudentes viajeros iniciales se conformaron con percibir sus siluetas desde la distancia de los altos puertos: Gabriel-Étienne de Arbanère en 1811 y Vincent de Chausenque en 1849. Con frecuencia, se describiría esta zona como unos “Alpes Boreales alzados entre España y Francia”.

¿Quién pudo ser el primero en plantarse sobre la cima de uno de los picos de Clarabide? He aquí una cuestión que difícilmente se conocerá jamás... Existen indicios de que, hacia 1850, Toussaint Lézat holló todos los *tresmiles* fáciles de aquel cordal fronterizo. Mas, como en otras ocasiones, quien describiera tempranamente su ruta fue Henry Russell. Su ascensión tuvo lugar un 5 de julio de 1882. Acompañado de los guías Firmin Barrau de Luchon y Célestin Passet de Gavarnie, este *irlandés del Béarn* iniciaría su complicado asedio de tres días desde el lago de Oô. Todo aquel sector formaba una gran mancha en blanco sobre los mapas; nadie se había interesado por el acceso hasta sus colosales cumbres de hielo. Por ello, resultó un reconocimiento muy dificultoso, en el curso del cual, uno de sus auxiliares estuvo a punto de caer

dentro de una grieta. Afortunadamente, una vez ganado el amplio puerto de Gías o de Pouchergues, la montaña mostraría su mejor rostro. Merece la pena dejar que el propio Russell nos haga los honores de su *primera*:

“Girando al SO, llegamos en 15’, por pendientes más suaves, hasta la soberbia cumbre a la que el mapa del Estado Mayor francés otorgaba una altura de 3.024 m, aunque sin dar su nombre. Mientras Célestin construía una torre de piedras (pues no hallamos ninguna alzada), bajé una cuarentena de metros hacia el SO, para remontar un pitón de 3.027 m. Nada más sencillo. Esta cresta, que desde septentrión parecía quebradísima, era en realidad tan ancha y redondeada que un mulo la hubiese recorrido fácilmente. Se trataba de una cadena de lomas de color rojizo, donde encontré flores de *Primula intergrifolia* y de *Draba aizoides*”.

El gran pirineísta holló dos de los tres picos de Clarabide, hasta entonces invictos. Ciertamente, esta excursión le pareció de lo más sencilla y recomendable... En la pequeña crónica de estas cimas, también habrá que destacar la descripción física de Lucas Mallada en 1877 y la apertura de la ruta desde el S, por parte de los cinco hermanos Cadier, en 1905. Con una vía servida desde el valle de Estós, la afluencia de montañeros hispanos se iba a acrecentar... En especial, a partir de 1949, año en que se sustituyó la vieja cabaña de pastores del Turmo, por un refugio de montaña. Y, si bien, éste se incendió en un accidente apenas cumplió los treinta años de servicio, en 1987 le tomaba el relevo el hoy refugio de Estós.

Una visita desde Benasque

Nada más recomendable que darse un baño de *altas cotas* desde los picos de Clarabide. El punto de partida ideal es el ya aludido refugio de Estós (1.895 m), sito a unas 2 h 30’ del aparcamiento del comienzo del valle.

Desde detrás de los baños del refugio, parte un sendero que, acompañando a una tubería, accede hasta la toma de agua del refugio. Desde aquí, es preciso ganar cota en dirección noroeste, por la orilla izquierda del arroyo que baja desde Gías, o barranco del Forau de O. Existe una zona donde éste se estrecha, brindando dos posibilidades, según las condiciones de nieve o del régimen de agua. Si el torrente baja moderado y no presenta zonas heladas, se puede remontar directamente, siguiendo una línea de hitos de piedra, siempre por su orilla izquierda y justo bajo unas rocas renegridas. En caso contrario, la *ruta de invierno* lleva a trepar por unas placas de roca clara, por el margen derecho orográfico, en pos de otro sistema de *cairns*. Por cualquiera de estos dos itinerarios, desembocaremos sin especiales complicaciones en el valle de Gías (2.260 m, 45’) propiamente dicho.

Desde las praderas superiores, la traza irá subiendo hacia el noroeste. Con comodidad, superaremos diversas terrazas de tasca y de granito, muy frecuentadas por las marmotas. Sus chillidos de aviso constituirán la banda sonora de este tramo... Una pequeña charca de aguas azules, casi por debajo de la gran mole del pico de Gías, sirve de antesala del ibón de O, o de Gías (2.650 m, 1 h 45’). Se trata de un lugar de aspecto ascético y desolado, a partir del cual comienza el imperio de las nieves y de las pedrizas. En torno a

su cubeta de agua oscura, se despliega todo un cortejo de *tresmiles*: desde el pico de Gías y los de Clarabide, hasta el grupo del Gourgs-Blancs y los puntales de la Baquo.

Es preciso dirigirnos hacia la evidente comba que forma el puerto de Clarabide hacia el O. A su izquierda, los picos del mismo nombre se van mostrando paulatinamente, un tanto eclipsados por sus poderosos vecinos. Tras contornear en el sentido de las agujas del reloj el lago, se vencerán las rampas pedregosas que opone el collado. Varias líneas de torretas de piedras señalan las vías de progresión. Mas este puerto de Clarabide (2.915 m, 2 h 45') no resulta combativo y se deja vencer sin oponer apenas resistencia. Por la derecha, queda la enorme masa pedregosa del Gourgs-Blancs.

Nuestro objetivo se encuentra en su umbral S, ya muy cercano. Tras esquivar la cresta mediante una senda que discurre entre pedrizas, ganaremos el colladito que separa la cima Oriental (3.012 m, 3 h) de la Central (3.020 m, 3 h 10'). Plantados junto a la gran torreta de piedras rojas de este último vértice se pueden desvelar los secretos de la magnífica vertiente oriental de Posets, así como vistas poco usuales del macizo de Bachimaña. Por el E, se ve culebrar toda una sucesión de *tresmiles*, que va enderezándose hasta alcanzar el distante pico de Perdiguero. Posiblemente, este es el epicentro de la mayor acumulación de grandes cimas de los Montes de Pirene.

Nos encontramos en pleno territorio de los *ixarsos*, y lo cierto es que la idea de regresar al mundo de los hombres, resulta escasamente atractiva. Parece preferible permanecer aquí, plantados sobre los picos de Clarabide, disfrutando del rostro más cordial de los *tresmiles*...

Alberto Martínez Embid

Aragón turístico y monumental, nº 361, diciembre de 2006

1.25. CLUBS DE MONTAÑA

Curiosamente, el origen de las asociaciones montañeras del Pirineo, nació en el lejano Himalaya. Y en la segunda mitad del siglo XIX... Un lugar y fechas sumamente exóticas, que van a requerir cierta explicación. Porque, detrás de todo, se hallará como *padre de la idea* al omnipresente conde Russell...

En el mes de diciembre de 1860, este pirineísta se retiraba presuroso del Sanatorium de Darjiling, en la India. Tras sus pasos, llegaba a sangre y fuego un ejército de butaneses en rebelión contra Inglaterra. Escapó por muy poco al asedio de la ciudad. Este suceso bélico provocaría que se anulara su campaña exploratoria en torno al Kangchenjunga (8.586 m), su codicioso objetivo. De regreso a Calcuta, Russell llegaría a unas interesantes conclusiones:

“Mi expedición a Darjiling –reconocía el conde Russell– falló su objetivo, pero no fue inútil. He percibido el Tíbet, para contraer allí el germen de una enfermedad escasamente peligrosa, que un día espero curar con facilidad... Dicha enfermedad, ataca tanto a las piernas como al corazón del montañero que ha debido retirarse ante la cima que iba a ascender. Esa pasión que

satisface sus remordimientos, ese deseo de subir y de dominar, creo que debería palpar incluso bajo los cabellos más blancos. Así, es preciso hacerla llegar tanto a los montañeros veteranos como a los jóvenes. Me encantaría ver fundada en Francia una asociación de montañeros parecida al *Alpine Club* británico, cuyos miembros ascendieran por encima de esa atmósfera donde rugen las tempestades políticas, para trepar en cuerpo y alma hasta el aire rejuvenecedor de las montañas”.

El resultado inmediato: en 1864 se ponían las bases, en Gavarnie, del primer club de montañismo de Francia..., y de los Pirineos. Un año después, nacía en Bagnères-de-Bigorre la *Société Ramond*. Entre los fundadores, apellidos ilustres: Packe, Frossard, Maxwell-Lyte..., y, naturalmente, Russell. La idea no había caído en saco roto. A pesar de su origen *himalayano*, éste sería el origen de las asociaciones de montaña en nuestros Montes de Pirene.

Alberto Martínez Embid

Heraldo de Aragón edición de Huesca, 2 de enero de 2007

1.26. ¿RUSSELL POLITEÍSTA?

Se aproxima el centenario del fallecimiento del pirineísta Henry Russell. De aquí a 2009, habrá avalancha de textos sobre su obra. El grueso, permanecerá en la ortodoxia al uso. Pero no siempre será así: el montañismo y la polémica viajan con frecuencia de la mano.

Con los cien años de su nacimiento, afloró un pequeño debate sobre la religiosidad del *Señor del Vignemale*. No resulta extraño leer en el libro que en 1934 editara Louis Le Bondidier, unas curiosas manifestaciones de monseñor Gerlier, obispo de Tarbes: “Parece que algunos se han visto tentados a suponer que Russell hubiera divinizado a las montañas, para evolucionar hacia una especie de politeísmo”. La discusión estaba servida.

Sin intenciones de entrar en las creencias más profundas del gran pirineísta, parece oportuno desempolvar cierto párrafo de su viaje asiático... De regreso por la India, Henry Russell acertó a distinguir las primeras cimas cerca de Darjeeling, a finales de octubre de 1860. De este modo se produjo tal encuentro:

“En efecto: era el Himalaya –declararía Russell–. Y, sin ser ningún idólatra, ¡hubiera podido postrarme con orgullo ante tanta sublimidad! Sobre estas llanuras que apenas se elevaban 100 m sobre el mar, contemplé regiones temibles donde no había aire suficiente como para soportar ni una nube, ni un pájaro... Allí donde la voz del hombre no se puede escuchar y donde se aprecian, al primer vistazo, más hielos de los que puedan contener los mares polares. Sí; era de una magnificencia que no temo en llamar sobrenatural, pues de tal manera se hallaba por encima de lo que habitualmente se define como magnífico; sobre todo, en esos momentos en los que los rayos del sol adquirían la suficiente fuerza como para enrojecer todas las nieves y dibujar sus grietas en negro, como las venas sobre la frente de un hombre encolerizado, antes de que las zonas inferiores hubiesen aparecido...

Esos fragmentos de la Tierra hacían pensar en los signos terribles que aparecerán con el Fin del Mundo; cuando la admiración llegó para reemplazar al terror, estuve tentado de aplicarle las palabras del Apóstol: El ojo del hombre no ha visto nada en absoluto”.

Nuestro siempre paradójico y admirado Russell...

Marta Iturralde Navarro

Heraldo de Aragón edición de Huesca, 20 de febrero de 2007

1.27. ATRACCIÓN DEL HIMALAYA

Una amiga mía no comprende el himalayismo. Horrorizada ante lo que ha visto en alguna proyección de diapositivas, me pregunta con frecuencia sobre el tipo de locura que impulsa a hombres y mujeres a coquetear con las grandes cotas del Globo. Según ella, tentar el Everest podría equipararse con “subir al Moncayo tres veces, con un mochilón de 30 kg a la espalda, los cordones de ambas botas atados entre sí..., iy una bolsa de plástico atada a la cabeza!”. Pero la verdad es que me resulta complicado saciar su curiosidad...

Por fortuna, esta cuestión ya la abordaron otros. Sin ir más lejos, el explorador pirenaico Henry Russell desde *La acrobacia en las montañas* (1908):

“Cuanto más inaccesibles se presentan las montañas –explicó Russell–, más nos tientan y fascinan. Nos sentimos absolutamente hipnotizados por su altitud y blancura, en tanto que otras cumbres, mucho más agradecidas aunque sean mucho más modestas, nos dejan indiferentes... Es así porque sus cabezas de alabastro y oro tocan el cielo, desde donde aparentan querer llamarnos y solicitarnos... Parece que desean conducirnos hacia la patria serena de las almas, a las que les gusta subir hacia el Azul, tanto como el incienso o el fuego. Tal es la explicación de unas emociones violentas, casi amorosas, que nos prenden siempre frente a esas grandes cimas vírgenes e inviolables de la India o del Tíbet. Esas montañas sacuden todo nuestro ser pero, sobre todo, logran que vibre nuestra alma. Existe en ello algo más que el puro amor a la gloria: se trata del culto imperecedero de la Belleza en la naturaleza. Como emblemas sagrados de la inocencia, estas grandes masas blancas que horadan las nubes simbolizan nuestros impulsos y ascensiones psicológicas hacia el Infinito, hacia el Ideal o, lo que es lo mismo, hacia Dios. Encantándonos a través del sentido de la vista, que siempre termina seducido ante la Belleza, logran que nuestro corazón acabe por batir como si se hallara ante unas Vestales. La pasión por las nieves y por las montañas, una especie de hermana de la Religión que resulta tan pura como ella misma, quizás nos haya sido otorgada para ponernos a prueba”.

Marta Iturralde Navarro

Heraldo de Aragón edición de Huesca, 24 de abril de 2007

1.28. DESOLACIONES HIMALÁYICAS

El gran maestro del pirineísmo, Henry Russell-Killough, intentó ascender al Kangchenjunga en 1860. Si bien, posteriormente, dedicó sus energías a explorar los *Montes de Pirene*, nunca se olvidaría de los gigantes del Himalaya. Así, cuatro años antes de fallecer y cuando más enconados asaltos se sucedían contra los *Techos del Mundo*, el anciano montañero redactó unas líneas exculpatorias. En ellas, trataba de razonar la causa por la cual los occidentales asediaban aquellos colosos de más de 8.000 m, enfrentándose con frecuencia a la muerte o a las encendidas censuras del público:

“Lo que más cautiva de la naturaleza –escribiría Russell un 20 de septiembre de 1905–, no es su belleza: se trata más de su virginidad que de sus atavíos y riquezas. Debido a que ésta no ha sufrido profanación alguna, termina por constituir un ídolo, sin que importe su vestimenta.

“Tal es la prueba evidente de que el hombre ha nacido salvaje, de que aún lo sigue siendo un poco y de que, probablemente, siempre lo será lo justo como para tratar de permanecer, más o menos, en el estado primitivo. Esperémoslo así; de otro modo, la vida no constituiría nada más que una comedia. Gracias a Dios, aún no hemos caído tan bajo: uno todavía puede disponer de sentimientos y emocionarse.

“¡Ved todas esas molestias que ya se han tomado y los riesgos arrostrados, todas las energías y el dinero que se derrochado en esos combates que se libran en torno a las más altas cimas de la tierra! Y, todo eso, ¿para qué? Se sabía que allí no se iba a encontrar nada, ni el más mísero de los guijarros con el que animar a los geólogos! A 8.000 m no hay más que nieve: no existe variación alguna. Entonces, el resultado científico, en cuanto al terreno propiamente dicho, sería *nulo*. Uno habría subido para nada, solamente desde el punto de vista de la utilidad. En cuanto a los problemas atmosféricos, se han podido estudiar cómodamente en globos que ascendieron a grandes altitudes. Parece seguro que no se va a descubrir nada nuevo sobre las más altas montañas del planeta... Si es que alguna vez se alcanzan, lo que tampoco parece muy probable. No obstante, se libran más asaltos que nunca...”.

Marta Iturralde Navarro

Heraldo de Aragón edición de Huesca, 2 de marzo de 2007